Chiara

Gamberale

ADESSO

Ahora

HarperCollins
Narrativa

Chiara
Gamberale

ADESSO
Ahora

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Adesso (Ahora)
Título original: Adesso
© 2016 by Chiara Gamberale.
Published by arrangement with the Italian Literary Agency and MB agencia literaria.
© 2017, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Traducción del italiano de Ana Romeral Moreno

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Ibérica, S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Diseño de cubierta: Feltrinelli
Imagen de cubierta: © Getty Images
www.harpercollinsiberica.com

ISBN: 978-84-9139-066-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Adesso

A hora[1]

[1] *A hora*: en el original «Ad Esso», juego de palabras que dividiría la palabra que da título al libro, y que podría interpretarse como una dedicatoria a «eso».

No puede existir nada único o entero
que no haya sido desgarrado.

W. B. Yeats

…¡Pero infeliz es el que lo sabe ya
todo
y no deja que se le suba a la cabeza,
quien todo movimiento y palabra
detesta
en su real estructura,
quien helado por la experiencia
prohíbe al corazón toda demencia!

Alexandr Pushkin, *Eugenio Oneguin*,
cap. IV, LI

Resulta que hay siete mil millones de
personas en el mundo.
Pero se dividen fundamentalmente
en dos categorías.
Están las que amamos.
Y luego están todas las demás.

—¿Italiana?

—Sí. ¿Tú también?

—*Français*. De Metz.

—Pero hablas italiano.

—*Un petit peu*: italiano de playa.

—¿Primera vez en Santa Cruz?

Con las manos indica veintidós y señala la tabla de surf que hay detrás del mostrador del bar.

—*Je suis André*. ¿Tú?

—Lidia.

—¿Te gusta Santa Cruz, Lidia?

—Me da asco.

—*Pour quoi est-tu ici, alors?*

—Porque hace un mes firmé la separación con mi marido o, mejor dicho, con mi exmarido; y porque en un libro estupidísimo que me aconsejó mi psicoanalista leí que para acostumbrarse a los grandes cambios que nos impone la vida, deberíamos probar continuamente cosas que nunca habríamos imaginado hacer… La primera de ellas, precisamente, ha sido darle una oportunidad a un libro estupidísimo… Y la segunda ha sido venir aquí, a un lugar que identificaba con el Mal, porque mi marido, mi exmarido, me había metido en la cabeza que California era un lugar violento, superficial, hundido ahora bajo el peso de su propia fama; pero…

—¿Pero?

—Pero la he encontrado violenta, superficial, hundida ahora bajo el peso de su propia fama.

—Te gusta beber, ¿eh?

—Es algo nuevo que estoy aprendiendo a hacer…

—¿*Une autre* Bud?

—*Merci*.

—*Plus tard?*

—Más tarde ¿qué?

Más tarde se encuentran en un restaurante mexicano, comen a medias un burrito, por hacer algo, ya que a lo que están es a desnudarse mentalmente, hasta que, finalmente: arriba, trepan por las escaleras de la pensión donde André tiene una habitación, la número 26, perdona el desorden, no te preocupes, *eau?,* una gotita, gracias.

—*Viens ici*.

Los días pasan, más o menos diez. Lidia le confiesa cómo se siente uno por dentro cuando se separa de alguien a quien ha amado de verdad, él no consigue entender realmente todas las palabras, pero le parece que el timbre de su voz está montando olas jamás cabalgadas; ella le pide háblame de ti, no entiende realmente todo lo que él dice, quizá tenga una tienda de zapatos ortopédicos en Metz, quizá haya nacido en junio, pero se ha quedado prendada de los ojos de André, que parecen ventanas recién limpiadas, de los brazos fuertes de André, de lo natural que es André, y de lo intenso, de lo que la desea, cosa que a Lorenzo no le pasaba nunca, de cómo la besa de la frente a los dedos de los pies y después de los dedos de los pies a la frente, mientras que Lorenzo no se dejaba besar ni en la mejilla en los últimos tiempos, ella lo intentaba y él hacía ese gesto feo con la mano, descoordinado, y dale, Lidia, como para borrar el beso.

Es casi el alba del último día en Santa Cruz, y André, un segundo antes de quedarse dormido, le desliza una mano entre las piernas, sin más, para que ella pueda tenerla consigo; y a Lidia le parece sentir, debajo de las costillas, a la altura de la barriga, una bolita que se mueve.

—*À Paris, dans deux semaines* —promete él, en el aeropuerto, antes de ver cómo se la tragan los controles de seguridad.

—En París, dentro de dos semanas —promete ella.

Y pasadas dos semanas, así es: se encuentran en París.

Ya están desnudos cuando entran en la buhardilla que un amigo ha prestado a André, y que a Lidia le parece que está en el Marais, pero podría equivocarse, ya que ni siquiera salen a hacer la compra, comen lo que hay, gofres de chocolate, tortitas de arroz, mayonesa, beben zumo de arándanos y Heineken.

Se vuelven a vestir al cabo de tres días, cuando André le

dice me gustaría llevarte a mi casa.

«Sí, André, vamos, vamos».

Van.

«Metz 12 km», indica un cartel.

Lidia le pide a André que pare el coche a un lado.

—No me siento bien.

—*Que se passe t-il?*

—No te entiendo, habla en italiano, por favor.

—¿Qué pasa?

—Nada.

No es verdad, algo pasa. O mejor dicho: ya no pasa. Porque la bolita que aquella noche en Santa Cruz, con la mano de André en sus bragas, había anidado a la altura de su barriga, una especie de gorrión aún sin plumas, con los ojos pegados, ¡fuera!, ha salido ya volando. Y deja un hueco —el típico hueco— donde por un instante había estado, maldición, ya ves si había estado: una nueva posibilidad.

¿Quién es este tipo que conduce y me coge de la mano como si fuésemos suyas —la mano y yo—, como si el coche fuese nuestro y, por si fuera poco, como si todo esto no fuera un delirio, sino una presuposición?, se pregunta Lidia, doblada para vomitar desde un paso elevado del norte de Francia. ¿Quién es? ¿Es Lorenzo? No, no es Lorenzo. Y entonces, ¿qué estoy haciendo yo aquí? ¿Qué significa Metz? ¿Por qué razón debería encontrarme a doce kilómetros de esta ciudad?

No, no, no.

Yo no, no con él.

No en Metz.

No ahora.

—… Fíjate qué gracia, el hijo de una amiga llama «mamó» al papá. ¡Te puedes imaginar la frustración de él! Mi amiga le ha intentado explicar que no tiene que sentirse mal, que es solo una manera que tiene el niño de…

—Cómo te gusta hablar, ¿eh?

—Cuando estoy bien, sí… ¿A ti no?

Pietro mira por primera vez a los ojos a la mujer que está tumbada a su lado.

—Generalmente, no. Pero depende.

—¿De qué?

—No sabría decirlo.

—Mmm.

—Tienes una espalda tan sinuosa…

—Bobo.

—No, lo digo en serio. Es realmente llamativa, cada vez que paso delante de tu tienda y estás de espaldas, me paro a mirarla. Parece como si de ella fuera a salir música en cualquier momento.

—Gracias, Pietro. Eres muy amable. Normalmente, en lo primero que se fijan en mí los hombres no es en la espalda… ¿Pero qué haces, te pones rojo? Qué hombre más raro eres. No debe darte vergüenza si te gustan mis tetas. Cuando me salieron, a los doce años, las odié. Con decirte que la profesora de religión, en secundaria, me obligó a llevar un babi dos tallas más grandes, y entonces…

—¿Por qué te vuelves a vestir?

—Bueno, se ha acabado mi pausa de la comida, tengo que volver a mi comercio, como tú lo llamas. ¿Nos vemos después y continuamos con todos los temas que hemos dejado a la mitad?

—A las cuatro paso a recoger a mi hija al colegio, y después la llevo a patinaje.

—Vale. ¿Y esta tarde?

—Mi mujer va a salir y yo me quedo con mi hija. En cualquier caso, te llamo.

—No lo harás.

No lo hará.

Porque ahora no me apetece, piensa Pietro cada vez que está a punto de al menos mandarle un mensaje, mientras, sentado en las gradas de la pista de patinaje, por hacer algo, juega con el móvil, recorre el listado de números de su agenda y, cuando llega a VALENTINA HERBOLARIO, se para, luego continúa, vuelve atrás, se para y vuelve a avanzar, rápido, hasta el último número y después arriba, del último al primero. Por hacer algo.

Su hija, en medio de la pista, intenta hacer un salto que le parece que se llama «flip», se cae, le saluda con la mano, se vuelve a caer, le vuelve a saludar, le tiembla la barbilla, no sabe si reír o llorar, mira a Pietro a los ojos, se dicen algo entre ellos sin necesidad de decirlo, después ella ríe y Pietro ríe con ella, quién sabe dónde ha acabado el móvil, en qué bolsillo, en el derecho o en el izquierdo, en el de la chaqueta o en el de los pantalones.

Porque es el clásico cabrón que dice estar pasando una crisis con su mujer, pero que nunca la dejará y que de las otras mujeres busca única y exclusivamente aquel mínimo de consuelo para tirar para delante, piensa unas horas después Valentina, mientras baja la persiana metálica del herbolario, en aquella noche que necesitaría una persiana metálica más que cualquier otra tienda, para cerrarse y ya está, para volver a abrir a la mañana siguiente. En lugar de dejar salir de una alcantarilla cosas extrañas, inoportunas, como la sombra que le susurra al oído «tranquila, estoy yo, ¿qué quieres para cenar, mi pequeña?», Valentina sacude sus rizos, ya es primavera aunque el aire es todavía frío, aprieta sus descomunales tetas y su espalda de la que sale música, y toda ella en el plumífero. Ella lo llama Max, pero sabe perfectamente que no es un hombre de verdad el que ha aparecido de la alcantarilla: es una fantasía, es la típica fantasía, es solo la triste Valentina, «no estoy para nada loca». No, Valentina no está loca. Incluso si se sube la cremallera del plumífero hasta el cuello, se pone el casco, arranca la moto y susurra: «Para esta noche querría un plato de pasta, gracias,

Max. Tomate y berenjenas. Y además querría un beso. Ahora».

De: lidia.frezzani@tin.it
Fecha: 10 diciembre 2012 00:58
Para: lucacanfora@yahoo.it
Asunto: Esto es una declaración

Querido Luca:
Hace año y medio, cuando me separé de Lorenzo, mi psicoanalista me animó a leer aquel librito que a saber a cuántas mujeres en crisis como yo habrás vendido, y que, en resumidas cuentas, aconsejaba a quien intenta superar un trauma hacer durante un mes, cada día, algo que nunca se le habría pasado por la cabeza hacer. Yo lo he intentado, aunque no creo que haya funcionado demasiado, si aún me siento como un hámster que corretea en la rueda de las dependencias y las nostalgias de siempre… Y aun así, hoy me vuelvo a encontrar haciendo algo que nunca antes había hecho.
Porque esto es una declaración.
Me gustas, Luca. Me gustas mucho. Me gusta cómo piensas, cómo mueves las manos; me gusta cuando sonríes, aunque pienses que ya no eres capaz de hacerlo. Pues hala, lo he dicho.
No consigo imaginarme tu dolor, no puedo. Pero sé que cuando nos separamos de alguien a quien se ha amado tanto, nos sentimos también separados nosotros por dentro. Es verdad, aunque Lorenzo y yo ya no estemos juntos, me despierto cada mañana y me duermo cada noche en un mundo donde todavía está él; y, si quiero, puedo ir a buscarlo, ver su cara, ver cómo crece su calva, puedo escuchar su voz y sus gilipolleces… Para ti es diferente. Lo sé, Luca. Lo sé. Lo que sin embargo no sé es si sabes que, desde que apareciste tú, no solo se ha transformado la librería: también me he transformado yo. Porque cada vez que me encuentro pasando delante de ella, busco siempre una excusa

para entrar. Y hacía tanto que todos los lugares me daban igual, en comparación con aquello que llamaba «nuestracasa» y que ya no existe.
Ahí queda eso.
Mi número es el 335301340. Mi dirección: vía Grotta Perfetta, 315.
Estoy despierta.
L.

De: lucacanfora@yahoo.it
Fecha: 15 diciembre 2012 15:04
Para: lidia.frezzani@tin.it
Asunto: Re: Esto es una declaración

Hola, Lidia:
Perdona si te respondo tan tarde. Este periodo es complicado para la librería… Aunque no me quejo. Entre todas las cosas que Federica se llevó consigo para siempre hace tres años, se encuentra también la Navidad. Así que, por lo menos, las peticiones absurdas de los clientes (hoy una señora me suelta: «Querría un libro del que no me acuerdo de su autor. Se titula *Poesía completa*»—) me distraen del aire festivo del cual no puedo contagiarme.
En lo que respecta a tu correo, prefiero ser sincero contigo y espero que no te lo tomes mal: nuestra situación es distinta, no solo porque Lorenzo esté vivo y Federica esté muerta. Nuestra situación es distinta porque, si Federica estuviera viva, nosotros estaríamos juntos en aquel lugar «que llamaba "nuestracasa"», y que apenas habíamos empezado a explorar.
Todo el mundo me repite que, aunque no sea capaz de aceptar lo que ha pasado, debería al menos aceptar que sigo vivo. Pero no puedo y, para serte sincero, tampoco veo la necesidad. ¿Sabes?, a lo mejor puede sonar ridículo lo que estoy a punto de confesarte, pero cuando pedí a Federica que se casara conmigo, le prometí que nunca más tocaría a otra mujer en mi vida.
Cuatro meses después se convirtió en mi mujer, y siete meses después ya no estaba. Pero aquella promesa sigue en mi interior y no tengo que

esforzarme para mantenerla. Me sale natural hacerlo. Y de sincera a sincero, permíteme que te dé un consejo… ¿Por qué no quemas definitivamente las naves con tu exmarido? Estoy seguro de que, en cuanto lo hagas, encontrarás un hombre que sabrá darte lo que te mereces.
Pero ese hombre no puedo ser yo.
Desde luego, no ahora.
En cualquier caso, continúo siendo un fan acérrimo de *Todas las familias felices* (por cierto, el programa en la tribu de los mursi fue memorable), y te espero pronto por la librería.
Con la misma estima,
Luca

—… Y, ¿de qué signo eres, Pietro?

—Libra.

—Lo habría dicho por tu manera de vestir: eres elegante, impecable, pero sin llamar demasiado la atención. También por cómo escribes… Por chat son todos tan escuetos: tú, sin embargo, te tomas la molestia de expresarte correctamente.

—Me sale espontáneo.

—Eso es. Este no ha sido un buen año para Libra, pero el 2013 debería de ser bueno. Quiero comprobarlo. Yo, en cambio, soy Acuario. Ascendente Tauro.

—Ah.

Desde que se han sentado en el bar, Pietro se ha dado cuenta de que su amiga tiene una carrera en la media. Y no consigue apartar la atención de esa carrera.

—Sí. Como «jungiana» convencida, me gusta mucho la astrología, pero nunca te lo he escrito porque me decía: «Quién sabe, él parece tan serio y, si me lo permites, tan encariñado con su seriedad… Quizá tenga prejuicios sobre el horóscopo y piense que soy la típica *radical chic* que se dedica a la psicología como pasatiempo, para sustituir sus problemas por los de los demás, pero que a la primera de cambio se mete en un chat porque…».

—Para nada, Mina. Para nada. ¿Pedimos la cuenta?

—Vale. ¿Vamos a tomar otra al bar de mi hotel? Así te enseño la Polaroid original de Woodman de la que te hablaba, aquella con la que empiezo mi ponencia.

—Quizá mañana.

—Mañana, después del congreso, vuelvo rápidamente a Roma. Deberíamos ir ahora.

—No, mejor no. Ahora no. He prometido a mi hija que esta tarde vería con ella el capítulo de *Crónicas vampíricas*. Y está a punto de acabársele el tique del aparcamiento.

—Entonces adiós.

—Adiós.
—De todas formas, gracias por el aperitivo.
—Ha sido muy agradable, gracias a ti. Hasta pronto.
—Hasta pronto. Sí.

—… Así que… ¿Así que te pasas el día encerrado en un laboratorio?

—Exacto.

—Y te has hecho médico.

—Científico, para ser más precisos.

—¡Oh! La ciencia. Vamos, un poco como observar el mundo desde una distancia de seguridad… Al otro lado del cristal de las intenciones, ¿no?

—Disculpa, Lidia, pero por desgracia mi trabajo me obliga a abstenerme de la imprecisión de las metáforas; aunque, si bien recuerdo, a ti siempre te hayan gustado. En cualquier caso, para ser más exactos, me dedico al dolor. Mi equipo de investigación está estudiando la capacidad humana para distinguir espacialmente los estímulos dolorosos.

—Interesante —dice convencida Lidia. Le parece realmente muy, muy interesante, incluso heroico, que alguien se esfuerce en rastrear precisamente los lugares en los que todo el mundo está destinado a perderse. ¿Y…? ¿Y si? Y si finalmente fuera él. En una quedada de sábado por la tarde con excompañeros de instituto para tomar *pizza*, ¡imagínate! Roberto Zanetti. En su época me parecía el inalcanzable primero de la clase, y punto. Pero hoy, mirándolo bien, con ese pelo sal y pimienta que resalta sus rasgos, no está mal; tiene ojos despiertos, y brillan; una sincera vocación por lo que es importante, por lo que es justo, por lo que es verdadero… No, no: no está para nada mal. Lorenzo intuía, así es más fácil. Roberto Zanetti, en cambio, estudia. Y estudia el dolor. Así que, quién sabe. A lo mejor sí. A lo mejor sabrá encontrarme precisamente allí: donde duele.

—¿Y tú, Lidia? Te has convertido en una estrella, enhorabuena. Reconozco que solo he visto un par de entregas de tu programa, pero no se me ha escapado su profundo valor político. Ético, diría.

—Gracias, pero…

—¿Pero?

Acerca la silla, baja la voz:

—Pero diría que para mí funciona al revés que para ti.

—¿Es decir?

Le susurra al oído:

—Es decir, mientras que tú te ocupas del sufrimiento, desde hace tres años es el sufrimiento el que tiende a ocuparse de mí.

—Muy bueno, Lidia. De verdad, muy bueno. —Ríe con ganas. Le apoya una mano en la rodilla. Repite para sí—: «Es el sufrimiento el que tiende a ocuparse de mí…». —Sin apartar la mano de la rodilla—. Siempre has tenido un chiste preparado, incluso cuando estábamos en el instituto. —Desliza los dedos despacio, arriba y abajo, sobre la rodilla de Lidia.

Y ella piensa. No siente nada. Absolutamente nada. Pero piensa. Piensa: el lunes por la mañana tengo que llevar a Efexor al veterinario, después tengo que pasar por la tintorería, a saber qué estará haciendo Lorenzo esta noche, la cita con la *troupe* es el lunes a las siete menos cuarto en la terminal 3, la escaleta para el programa la tengo ya escrita, el supermercado está abierto mañana hasta la una, tengo que comprar café, está a punto de acabarse, y una bolsa de ensalada, en esto piensa, pero no lo hace aposta, ojalá lo hiciera aposta, desearía con toda su alma sentir algo —un brinco en el corazón, una descarga eléctrica en la rodilla, una bolita bajo las costillas, a la altura de la barriga—, en lugar de pensar: el Scottex, las pastillas para el lavavajillas, mientras quizá él continúa acariciándole la rodilla y le pregunta:

—¿Tienes algo que hacer después de la cena? A medianoche, en el auditórium, dan *El estudiante de Praga,* con la Orquesta Sinfónica de Bamberg en directo… Con frecuencia siento la aspiración a establecer contacto con la belleza que se asume como axioma. ¿Tú no?

A saber qué estará haciendo Lorenzo esta noche, el vinagre balsámico y las compresas.

—No.

—¿No qué?

—Ay, Dios mío, perdóname, Roberto… Es que mañana tengo que levantarme temprano. Si eso, podemos ir en otra ocasión.

—Pero es que es una proyección especial. Única. O vienes conmigo ahora, o dudo que puedas asistir otra vez a algo parecido.

—Pietro, perdona, pero, venga, intenta verlo desde fuera: ¿qué podría ofrecer el director cincuentón, separado, obsesionado con el juicio por la custodia de su hija de diez años (a la cual ofrece, como es normal, toda su dedicación para garantizar su armonía y atención), a su compañera de trabajo inglesa, de veintiocho años y, además, con novio?

—Tengo cuarenta y cuatro años. Y pronto se resolverá el juicio por la custodia de Marianna.

—No cambies de tema.

—Kate, ¿es que se te escapa la arrogancia de la atracción física que hay entre nosotros?

—¿Y a ti se te escapa que no tienes ni la más mínima intención de comprometerte en una relación?

—O sea, que se te escapa la arrogancia de la atracción física que hay entre nosotros.

—Yo no he dicho eso, te he hecho una pregunta. ¿Qué puedes ofrecerme, Pietro?

—Una noche de gracia que recordaremos. El viaje de fin de curso de 2014 a Ámsterdam: cada vez que alguien lo nombre, nosotros sonreiremos. En ese momento, la vida nos parecerá más llevadera. ¿Te parece poco?

—A ver… Incluso si fuese, con todo mi respeto, una persona que se pasa los días esperando casualmente una distracción, quizá incluso así me parecería demasiado. Pero ahora… Ahora, ¿puedo serte sincera?

—Claro.

—Ahora pasar una noche contigo me parecería únicamente un desafío, y más bien inútil, a mi felicidad con Tommaso.

—¿Tommaso?

—Mi novio.

—¿Por qué?

—Por qué ¿qué?

—¿De verdad?

—De verdad ¿qué?
—¿De verdad sois felices?
—Pues claro.
—Anda ya.

Marianna acaba de salir para ir al colegio; la *troupe*, en el salón, ha apagado las cámaras, desmontado las luces, enrollado los cables: casa Lucernari ya no es un plató de televisión, ha vuelto a ser una casa.

«Va a ser un programa importante, ha sido una semana intensa», «El mérito es tuyo, Lidia», «No, no es verdad, el mérito es vuestro. Sé muy bien que no tenías ninguna intención de participar en el programa, pero verás cómo tu abogado tiene razón: el programa te vendrá bien para el juicio y les será de mucha ayuda a todos aquellos padres que están en tu misma situación», «Mi única preocupación es salvaguardar a Marianna, lo sabes», «No te preocupes, Pietro: yo me encargo del montaje, Marianna estará protegida».

Ya se han dicho estas cosas, cuando él le ofrece un último café, antes de que ella recoja su maletín de maquillaje del baño, el pijama de la habitación de los invitados, lo poco que necesita para presentar *Todas las familias felices,* para que se vaya y para que se lleve consigo, en el tren que en breve partirá de Milán hacia Roma, el último trozo de set, es decir, ella misma.

Ya se han dicho esas cosas: siempre es así. Se encienden las cámaras, y es Lidia la que entrevista; se apagan, y es ella la que se desahoga.

—¿… Lo ves, Pietro? Yo estoy obligada a hacerme un examen de conciencia y a preguntármelo. ¿Me pasas el azúcar? Gracias. Tengo el deber de preguntármelo, sobre todo después de la semana que he pasado aquí con vosotros. Tú no has parado de repetir que no te interesa meterte en otra relación, porque lo primero es el equilibrio de Marianna, y porque es evidentemente difícil despertarse de la pesadilla en la cual se había convertido tu matrimonio. ¿Pero yo? Quiero decir, yo no tengo hijos; hace justo un mes, después de diez años, que he terminado mi terapia, lo cual debería significar

que puedo empezar a considerarme más dueña que víctima de mí misma; no me estoy sacando los ojos en el juzgado con mi exmarido, es más, ha costado, pero hoy hemos alcanzado una nueva complicidad… Pero nuestro amor ha sido sincero. Eso sí. ¿Y acaso es culpa nuestra? ¿Es posible que si ya te ha ocurrido algo sincero —y solo faltaría que con treinta y seis años no te hubiera ocurrido algo sincero—, es posible que si eso que te ha ocurrido te ha formado, pero también te ha deformado —y solo faltaría que el amor verdadero no te forme y te deforme, no cure a la niña que has sido, sino que al final no te la devuelva saqueada, otra vez traicionada, otra vez decepcionada, con todas su heridas y quizá con alguna más que no se había dado cuenta que tenía—, es posible que, llegados a ese punto, estés destinada a encontrar solo hombres que nunca podrán entenderte, y que, por eso mismo, te encuentran irresistible, u hombres que te entienden y, precisamente por eso, se alejan asustados y, quizá, muy en el fondo, con toda la razón?

—¿Tengo que limitarme, como de costumbre, a un inciso sagaz, o esta vez que no tenemos los minutos contados y las cámaras a punto de enfocarnos puedo responderte con libertad?

—Respóndeme con libertad.

—Creo que te entiendo, Lidia.

—Pues claro que me entiendes: hace una semana que enveneno tus desayunos con mis perversiones emotivas… Por cierto, ¿de qué me acusaste ayer por la mañana en uno de tus «incisos sagaces»?

—No era una acusación.

—Vale, vale. Pero ¿qué expresión usaste para describir mi relación con los demás?

—Hablé de ensañamiento sentimental.

—Eso es. A lo mejor es verdad. A lo mejor, con mi manera de enfrentarme a la vida, alimento un grotesco ensañamiento sentimental. Por otro lado, también tú podrías haber aceptado que tu exmujer se llevara a Marianna al convento, te podrías haber conformado con verla solo los fines de semana, y sin embargo has luchado; de hecho, te estás justo ensañando, y esto, bajo mi punto de vista…

—Te entiendo y no me asustas, Lidia.

—¿Qué?
—Te entiendo y no me asustas.
—Pietro, ¿eres tonto? ¿Por qué me miras así?
—Cambia de tren.
—¿Que cambie de tren?
—Vete por la tarde.
—¿Por qué?
—Vayamos allí y hagamos el amor.
—¿Quién?
—Tú y yo.
—¿Y cuándo?
—Ahora.

Funciona así.

Llegamos a un punto.

Antes de ese punto, tenemos la certeza absoluta: ya ha pasado todo.

O al menos todo aquello por lo que podía tener un poco de sentido la vida.

Soñábamos con desempeñar un trabajo: no lo hemos logrado.

Soñábamos con desempeñar un trabajo y lo hemos logrado: da lo mismo.

En cualquier caso, la hemos encontrado.

La Ocasión.

Tenía dos brazos, dos piernas, una infancia, un trabajo que soñaba desempeñar y que desempeñaría, tenía dientes, una risa extraña, problemas de estreñimiento, un gato.

Habíamos empezado a pasear juntos; el tiempo, ese viejo sabio, al principio se había detenido, después, gracias a saber qué mágica pastilla azul, se había puesto a correr rapidísimo y, de pronto, todas las noches la Ocasión se quedaba dormida con nosotros.

Pensábamos que era normal.

No lo pensábamos, era lo natural.

Sonaba el despertador, oíamos a la Ocasión trasteando en la cocina con la cafetera, nos levantábamos, íbamos al baño, dejábamos la puerta abierta, me voy, hasta luego, nos vemos esta tarde en casa, acuérdate del impuesto de circulación, y tú de ir a recoger a los niños al colegio que hoy tengo oculista, y tú de reservar mesa para dos en Tavernelle, y tú de que te quiero.

Acuérdate.

Pero luego uno de los dos se ha olvidado. De querer al otro o de acordarse de que el otro le quería: lo mismo da.

Lo que sigue es, en cualquier caso, una tortura.

La Ocasión deja de ser una ocasión, la persona deja de ser una persona y nosotros dejamos de ser nosotros.

Porque ahora entre el nosotros que éramos y este nuevo nosotros está ese punto.

Y antes de ese punto ya ha pasado todo.

Después, nada más puede realmente suceder.

En el momento, incluso, intentamos empeñarnos, eh.

Pero más para oír a alguien trastear en la cocina con la cafetera mientras nosotros estamos en el baño que por otra cosa.

Leemos libros para superar el abandono, vamos a terapia, nos metemos en un chat.

Decimos que follar bien no lo es todo en la vida, y que podremos encontrarnos a gusto con esa tipa sosa pero bondadosa que vive en el campo donde sería agradable descansar el fin de semana; nos decimos que follar bien lo es todo en la vida, y podremos ser felices con ese tipo que nos toca como ni siquiera sabemos hacerlo nosotras mismas, incluso si cuando mencionamos la complicada relación que tenemos con nuestro padre, él sube el volumen de la televisión.

Nos decimos venga, nos decimos que sí.

Muy en el fondo lo sabemos.

Muy en el fondo lo sabes.

Que ya ha pasado todo.

De hecho, la vida te da la razón.

Y no ocurre nada.

Después tampoco nada.

Nada. Tampoco.

Todo gira a su alrededor: idéntico.

Gira, gira y gira.

Despacio incluso cuando va rápido.

Facturas, canciones, se ha acabado la pasta de dientes, es el cumpleaños de tu hermano, ¿qué ponen en la televisión esta noche?, esta mancha no sale, ¿y después?, y después hay recuerdos, mientras tanto es abril, mayo, junio, el gimnasio, el horizonte, las vacaciones, ¡Dios mío, las vacaciones!, las entradas para el cine, ¿cuántas entradas?, no lo sé, está el funeral de la madre de tu jefe, un bautismo, noviembre, diciembre, ¡Año Nuevo!, las felicitaciones, los recuerdos: hay

recuerdos maldición, pero también promesas (por encima de todas hay una, por encima de todas está aquella), el telediario de las ocho, las citas, las ilusiones ópticas, las vacaciones, ¡Dios mío, las vacaciones!, ¿qué hacéis vosotros?, aún tenemos que pensarlo, en cuanto lo sepáis, decidme, así a lo mejor me uno: ¿vale?, hay una amiga de una muy buena amiga tuya que podrías conocer, probemos, un amigo de un amigo tuyo que te ha visto en foto y le pareces guapísima, gracias, pero no me encuentro por la labor, están las promesas y por encima de esas está aquella, para siempre, había dicho yo, había dicho para siempre, él había dicho para siempre, los recuerdos, los recuerdos, los recuerdos, y los cuerpos de los otros, están los cuerpos de los otros (que desfilan cerca del tuyo, se sientan cerca del tuyo, se tumban sobre el tuyo, te acarician, te impregnan de un olor del que quieres librarte inmediatamente, una impronta en la cama que al día siguiente las sábanas ya han olvidado), quería simplemente darte las gracias por la velada, perdona si no te he vuelto a llamar, quería simplemente darte las gracias y perdona, eres excepcional, pero el problema soy yo, domingo lunes, siete ocho nueve, otra vez las vacaciones, Dios mío, ¿qué hacéis vosotros?, ¡ya me diréis!, ¿vale?, ¿me decís?, agosto, septiembre, qué calor, qué frío, ¡cuidado!, cuidado con los corazones, porque también están los corazones (los corazones de los otros que conocemos, los corazones de los otros que no conocemos), la dieta, los partidos, los corazones que no conocemos de los otros que podremos conocer, pero a quién cojones le importan los corazones si no son el nuestro, mordisqueado burlado, albóndiga molusco invertebrado músculo involuntario rojo bufón, está el silencio, están las conversaciones brillantes, y de nuevo miércoles por la noche, ya ha llegado otra factura, otra primavera.

Mientras el desencanto entretiene a la insatisfacción que entretiene al desencanto que entretiene al deseo.

Y el vagabundear de un fracaso se convierte en conquista.

Vivir solos la Real Ocasión.

Morir solos una casualidad.

Total, ya ha pasado todo, ¿no?

Ya ha pasado.

Todo.

Si no fuera porque, mientras tanto, alguien se divierte. Siempre es él, ese viejo demente. El tiempo. Que hace lo único que sabe hacer: pasa.

Así, un día, mientras pensábamos que era normal, mientras lo pensábamos, era solo natural que ya no sucediera nada, así, un día: sin más.

Un día sí.

Entre los siete mil millones de personas que se encuentran a cada instante, se hablan, se besan, se acarician una rodilla, se envían un *mail*, toman un aperitivo, mientras una sigue a otra y esta se sigue a sí misma: sí.

Nos toca de nuevo a nosotros.

¿A mí?

Justo a ti.

¿Por qué a mí?

Porque lo estabas esperando.

¡No! ¡No es verdad!

Una parte de ti es evidente que sí.

Te digo que no.

Da igual: total, ya está pasando.

¿Qué? ¿Qué está pasando?

Que te enamoras.

¿Yo?

Tú.

No, no.

Sí, sí.

No estoy preparado.

Nadie lo está.

Ya no me lo creo.

Eso es problema tuyo.

Será un desastre.

Sí.

Alguien lo pasará mal.

Probablemente todos.

O quizá…

O quizá no.

En cualquier caso, no tengo tiempo.

Lo encontrarás.

No lo necesito.

Sí que lo necesitas.

No me apetece.

¡Pero si te quedabas dormido todas las noches pidiendo al dios en el que no crees que pasara!

Vale, pero era una especie de juego mío, era una mentira.

¿Y realmente?

Realmente tengo miedo.

Total, ya ha pasado.

¿Y cuándo?

Ahora.

—Te entiendo y no me asustas, Lidia.
—¿Qué?
—Te entiendo y no me asustas.

—Perdone, buscaba la *Lonely Planet* de Estados Unidos…

—¿Ha mirado en la sección «Viajes»?

—Sí, pero no la he encontrado.

—Espere un segundo, lo miro en el ordenador.

—Gracias.

—Efectivamente, se nos ha terminado. Pero se la encargo, y en cuanto llegue la llamo. Podríamos tenerla por la tarde.

—… Es que vivo en Milán, estoy en Roma por un curso de Oligoterapia… Empieza en nada y termina a las ocho, luego a las nueve tengo mi tren. Podría pasarme a las ocho y cuarto.

—Nosotros también cerramos a las ocho, pero si es por un cuarto de hora, la espero. ¿Me da su número?

—Aquí tiene. Soy Valentina. Valentina Cervoni. Gracias, es realmente amable.

—No hay de qué. ¿Se va a América?

—Siempre ha sido mi sueño, y una compañera del curso, ayer, me contó que había hecho el *Coast to Coast,* de Nueva York a Los Ángeles…

—Qué maravilla.

«Por supuesto, no voy a ninguna parte sin Max, mi novio»: está a punto de añadir lo que cuenta a sus clientes del herbolario, a su hermano, a sus padres, a sus amigas, a todos. «¿Y cuándo nos lo presentas?». «Un poco de paciencia, todavía es pronto y él es muy, muy tímido». Pero a saber por qué, a este librero de ojos negros y tristes, como de gorila herido, le da por decirle la verdad.

—Iré sola, con Avventure nel Mondo. Necesito realmente hacer cosas nuevas. ¿Tiene presente aquel libro que, para desarrollar la propia autoestima, aconseja…?

—Sí, sí. Lo tengo presente.

—Pues eso, un viaje organizado me parece una buena idea.

—Claro que es una buena idea.

En los ojos de gorila herido aparece de pronto una luz,

dulce. O quizá tremenda, Valentina no lo sabe decir. Está dentro de ella, bajo las costillas, a la altura de la barriga, siente cómo flota una bolita.

—… ¿Sabe?, también mi mujer y yo nos imaginábamos muchas veces que atravesábamos los Estados Unidos.

—Ah.

—…

—Ahora tengo que salir corriendo, pero después si quiere, puedo enviarle por *mail* el programa de Avventure nel Mondo.

—No se preocupe, lo decía por decir. Hasta luego entonces, Valentina.

—Hasta luego…

—Luca, me llamo Luca.

—Hasta luego, Luca.

—Pietro, ¿eres tonto? ¿Por qué me miras así?
—Cambia de tren.
—¿Que cambie de tren?

Lidia abandonó la autoestima hace bastante tiempo.

Es más, para ser precisos, sus intentos de ostentar aquello que la gente llama comúnmente «orgullo» o «amor propio» nunca resultaron demasiado creíbles a nadie. Mucho menos a él.

—Tenía tan solo veinte años: tú metiste tus manos en mi interior y me saboteaste, Lorenzo.

—¿Por qué? Una atarantada como tú, en ese tiempo, ¿qué otra cosa más interesante podría haber hecho?

—Un hijo, por ejemplo. O quizá dos. Ahora viviría en una casa de techos altos, paredes pintadas de rojo cereza y un marido que esta noche, mientras los niños duermen, colocaría conmigo los regalos debajo del árbol de Navidad y después se daría cuenta de que tengo un vestido nuevo, que me lo he puesto para él, es decir, para que él me lo quite, y acabaríamos haciendo el amor delante de la chimenea, porque aunque habrían pasado trece años, me consideraría todavía el ser más follable del mundo.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Colocando los regalos debajo del árbol?

—Eso.

—¿Y quién habría pintado las paredes?

—Él. Bueno… Juntos.

La mira, sacude la cabeza y sonríe. Ya ha superado los cincuenta, pero se empeña en ponerse los mismos vaqueros, las mismas sudaderas dos tallas más grandes, las mismas Converse. Y en irradiar la misma sonrisa. Inocente y maleducada.

—Así que diez años de psicoanálisis no te han servido para nada. Quiero decir, según tú, para esta payasada de la chimenea, ¿de verdad habrías renunciado a todas las ventajas secundarias de las que disfrutas hoy gracias a mí?

—¿Como los kilos que perdí y nunca más recuperé desde aquel buen día en que, como no ocurre ni en los chistes, saliste de casa para ir a la biblioteca y nunca más volviste? —La voz de Lidia debería quebrarse mientras recuerda aquella mañana, pero ahora casi le dan ganas de reír y se pregunta si esto será una victoria o una derrota. Respecto a quién o a qué, además—. ¿O como la barbilla que me rompí al resbalar por las escaleras cuando no llevábamos juntos ni un mes y te pillé en la cama con una rubia de bote?

—Era rubia natural.

—Ah, perdón, entonces eso lo cambia todo. Veamos otras ventajas secundarias de las cuales, estúpidamente, no consigo alegrarme: encontrarme con casi cuarenta años como una estudiante de otra ciudad, que cada tarde tiene que inventarse con sus amigos un modo de no sentirse extraña y perdida en una ciudad que, sin embargo, es la suya; verme sustituida por una serie de lectoras que se sienten muy muy inteligentes porque se acuestan con su escritor preferido que, además, es tan selecto, que no puede estar con una vulgar presentadora de televisión… Pero por lo que más tendría que darte las gracias, de hecho, es por haberme expuesto a todas las humillaciones que tú y yo sabemos para conseguir una verdadera intimidad contigo, para después descubrir que si tú te enamoras de una mujer, esa mujer —¡sorpresa!—, esa mujer de pronto se convierte en la única que no te la pone dura.

—Venga, Lidia… ¿No tuviste suficiente? Seguro que hemos hecho el amor más veces que todas las parejas que conocemos juntas. Y tú, con tus ojos de manga, siempre serás mi pequeño ídolo hindú.

—Y, por tanto, intocable.

—¿No es, quizá, una manera de ponerte por encima de todas las demás, de hacerte pasar de una mujer como tantas a mi estrella polar?

—No tengo intención de seguir con esta conversación.

—Porque sabes que tengo razón yo, Lilo.

—Porque es Navidad y no me apetece discutir, Stitch.

Se dejaron hace más de tres años, pero ni siquiera delante del juez, firmando la separación, dejaron de llamarse así, como los protagonistas de aquel dibujo animado de Walt

Disney: Lilo, la niña sin familia de Hawái, y Stitch, el monstruito azul programado para destruir, con el cual Lilo, sin embargo, forma una familia. La diferencia está en que, en la película, Lilo termina por superar su miedo a ser abandonada y Stitch supera el suyo a estropearlo todo. Mientras que Lidia y Lorenzo no lo han conseguido.

—Es mejor que me enumeres tú las ventajas secundarias de las que hoy disfruto gracias a ti. Venga. Haz que me ría.

Están envueltos en el mismo edredón nórdico, y sentados en el suelo, en el patio de la casa de San Liberato, en el campo, donde volvió Lorenzo después de que se dejaran. Al principio, Lidia no quería pisar ese lugar, demasiados recuerdos, pero lentamente empezó a ir y a visitarlo. En Navidad, en Pascua. Los domingos o porque sí. Si dos como ellos corrieron el riesgo de ser felices, lo corrieron sobre todo allí. Es allí donde vivía Lorenzo antes de conocer a Lidia; es allí donde empezaron, sin darse cuenta, a vivir juntos; es allí donde un día, cuando hacía años ya que se habían mudado a Roma, volvieron una mañana para casarse. Y no porque entonces estuvieran seguros de estar juntos toda la vida. Al contrario. Precisamente porque empezaban a tener miedo de perderse.

Lorenzo termina de liarse un porro, chupa el papel, da una calada. Está a punto de empezar el espectáculo, piensa Lidia.

Empieza el espectáculo:

—Miss Ventajas Secundarias me pide que se las enumere. Perfecto. Empecemos por esa estupidez que presentabas en la radio: *Sentimentalistas anónimos*. ¿De quién era el mérito de tu éxito?

—¿De los oyentes?

—Por supuesto. Pero la empatía con ellos te la garantizaba tu infeliz amor hacia mí. Después: ¿hablamos de los amigos con los que te quejas de vivir como una estudiante de otra ciudad? ¡Cómo sufrís! ¿Cómo os habéis apodado? Los del Arca sin Noé. Oh, pobrecitos… Tan extraños y perdidos. ¡Mentirosos! En realidad os lo pasáis pipa y sois unos privilegiados, tenéis el lujo de hablar única y exclusivamente de vuestras gilipolleces, en lugar de sobre la cuota del seguro o de las alergias alimentarias de vuestros hijos. Si yo hubiera sido Míster Familia, tan pendiente de ti como para darme

cuenta de tu vestidito nuevo, tendrías que haberme correspondido con al menos la misma devoción y no habrías tenido ni un minuto para dedicarles a ellos.

—Mis amigos y yo intentamos mantenernos unidos para proteger nuestras cicatrices.

—Déjame continuar, *miss*. Porque la tercera ventaja secundaria es un argumento indiscutible: tu cuenta corriente. ¿Cuánto ganas, ahora que trabajas en televisión?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tiene que ver, tiene que ver. ¿Pero te has fijado hoy en esa psicótica que nos hemos cruzado en el pueblo? «Lidia Frezzani: ¡oh, es ella! ¡Es ella! ¿Me firma un autógrafo? Desde que estoy jubilada, me siento tan inútil; y *Todas las familias felices* es el único programa que al menos da sentido a una noche de mi semana…». Ahora dime si te he proporcionado más decepciones o son más sus ventajas secundarias.

—Eres ruin.

—Y tú eres una listilla disfrazada de Virgen de los Dolores. Si tuvieras tus paredes rojo cereza y la chimenea siempre encendida, ¿cómo se te habría ocurrido el programa millonario con el que te cuelas en las habitaciones de los otros?

—Mi programa es político.

—¿Qué tiene de político presentarse en la casa de la gente con el maletín de maquillaje en una mano, el pijama en la otra, y hacer que te adopten durante una semana?

Es desde hace cuatro años que, efectivamente, Lidia hace eso. La premisa de su programa, que toma su nombre del ineludible íncipit que expresó todo sobre el amor y la felicidad, es que la presentadora, al contrario de esos programas donde se pide a una niñera o a un entrenador personal que eduquen a una familia, no tiene nada que enseñar. Al contrario, tiene todo que aprender. De esta forma, Lidia come en su mesa, si es que hay mesa; duerme bajo su mismo techo, si es que hay techo; participa en las actividades que hacen todos juntos, desde la carrera del domingo por la mañana por el paseo marítimo de Riccione, al sacrificio de un cebú entre los ormas de Kenia; y de vez en cuando se aparta con el hijo, la madre, el padre, la posible novia de la madre o la del abuelo para entrevistarlos. Que se traslade una semana

junto a una familia campesina patriarcal del sur de Italia, a una *yurta* mongola o a una comunidad de mormones, la voz de Lidia, fuera de campo, al comienzo de cada programa recita: «Tengo casi cuarenta años y sé atarme los zapatos, sé hacer cuentas y sé hablar inglés. He entendido lo que es la evolución, cómo funciona un *router* y cómo se cambia del freno al embrague. Pero cómo se hace para estar juntos, no. Todavía no lo he entendido. Es más, en todo caso tengo las ideas cada vez más confusas. Es por este motivo que cada semana pediré a una familia que me adopte. Para que esa familia pueda, por fin, enseñarme cómo se hace».

«A estar juntos», sería lo que se sobreentendería de esta última frase, aunque en realidad Lidia quiere decir «a vivir».

Porque es eso —es eso— lo que nunca se le ha dado demasiado bien. Y aunque con su programa querría realmente demostrar a un pueblo atontado, todavía con miedo a la idea del matrimonio entre homosexuales, que mientras en Italia y en el resto del mundo existen las realidades más increíbles, y que cada una de ellas, sin darle muchas vueltas, se considera una familia, ella también espera encontrar la inspiración. Aprender, eso es. Cómo se hace para estar juntos. Cómo se hace para vivir.

—¿Te has encabronado?

—No, estaba pensando.

—En cualquier caso, el programa de ayer no estuvo mal.

—¿Lo viste?

—Solo porque estaba resfriado y no me apetecía salir. Pero el espárrago ese de Milán me gustó. El padre de la niña, me refiero.

—Pietro Lucernari.

—Habla como un libreto de Verdi y lleva corbatas de *nerd*, pero es un tipo listo.

—Qué situación increíble, ¿eh?

—Solo una mujer puede ser tan idiota como para encerrarse en un convento, y tan cabrona como para querer llevarse consigo a su hija.

—Estoy segura de que Pietro ganará el juicio.

—Lo esperamos por él, pobrecillo. Y también por su hija. ¿Cómo la llamaba?

—Colibrí.

—Colibrí, eso es. Se ve que esos dos se lo pasan bien.

—¿Así que reconoces que tiene valor político lo que hago? ¿Te parece poco demostrar que no tiene por qué darse siempre la custodia de un menor a la madre después de una separación?

—Está bien. Puedo admitir que, en este caso en particular, el programa de ayer tuviera cierto valor político. ¿Pero admites que, en general, ese programa es un truco para mendigar el amor que crees no recibir y que, sin embargo, no estás dispuesta a dar?

—Tú tan majo como de costumbre.

—Pues fíjate que pretendía ser un cumplido: es precisamente por esta razón que siempre te querré.

—Nos hemos dejado, Stitch.

—Lo hemos hecho para preservar nuestra relación, Lilo. De hecho, hoy es Navidad y mira cómo lo estamos pasando.

—Estoy aquí solo porque, de momento, no tengo una relación estable.

La posibilidad de que llegue otro hombre a la vida sentimental de Lidia es el único tema tabú entre ellos. Si Lidia habla de ello es porque está segura de que Lorenzo no le está haciendo caso.

—Te equivocas. Estamos aquí porque he dicho «basta» al amor, pero no a ti.

—¿Y yo no tengo nada que decir?

—Tú, también en esta ocasión, si estás aquí es porque, seguramente, tendrás tus ventajas secundarias escondidas en alguna parte.

—Eres un manipulador.

—Y tú una diva facilísima de manipular.

Se miran a los ojos y se sonríen como en los últimos tiempos, cuando todavía vivían juntos, ya no conseguían hacerlo. Efexor, hecho un ovillo en el patio junto a ellos, empieza a roncar despacio.

—Incluso aceptando que esto sea verdad… ¿La razón por la que siempre me querrás es porque yo «no estoy dispuesta a dar amor»?

—Sí, porque del tipo de amor del que estamos hablando, del amor de los mayores que hace que pintes las paredes de rojo cereza, tú no tienes ni idea. Exactamente igual que yo.

—No es verdad.

—Es verdad. El que yo diga «basta» al amor y a todos los desastres que este conlleva, te sirve de excusa perfecta para tu incapacidad. Para tu imposibilidad de hacerte adulta. ¿Renunciaría a despertarme cuando me diera la gana, renunciaría a una noche de sexo casual o a la maría que te deja KO durante un día entero? No, soy sincero, ni siquiera por ti lo logré. ¿No he luchado lo suficiente contra los traumas de mi infancia? Puede ser. ¿Llamo elección a mi derrota? Probablemente. La muestra es que tengo cincuenta y dos años, y también yo vivo como un estudiante. Pero un estudiante que se lo pasa pipa y que está haciendo su erasmus aquí, en el País de la Nada. ¿Y tú, Lilo? Tú. ¿Renunciarías acaso a dejarte la piel, a hacer las cosas antes de pensarlas? ¿Renunciarías a viajar por tribus indígenas y a hacerte pasar por Noé en tu arca de amigos, para colocar regalos debajo de un árbol de Navidad? ¿Cuánta energía, cuánta curiosidad pones en las cosas que haces? ¿Cuánto empeño? Siempre has preferido ser libre que feliz. Di la verdad.

Se la queda mirando fijamente con ese telón de polvo que, al final de cada día, después del enésimo porro, le cae sobre sus grandes ojos, uno marrón y uno verde.

— …

—¿Y bien? ¿Eres o no eres como digo yo?

—Tiempo atrás, quizá. Ahora ya no sé cómo soy.

—¿Por qué, ahora qué ha pasado?

— …

—¿Qué ha pasado ahora?

—A lo mejor estoy cambiando, Stitch.

—Las que son como tú no cambian, Lilo.

No hay ni una estrella en el cielo. Y aun así, hace una noche agradable. Efexor se despierta, estira las patas, gira sobre sí, entra en casa, salta al sofá y vuelve a hacerse un ovillo.

—¿Entramos también nosotros y miramos si hay algo para comer en el frigo?

—Lorenzo, escucha…

—Tranquila: he pillado una quiche de calabacín y una lubina para hacer al horno. Ya me sé tus gustos.

—No quería decir eso.

—A ver, ¿qué más pasa?

—Pietro Lucernari.

—¿Quién?

—El padre de la niña. Aquel con la exmujer que se quiere meter a monja.

—¿Y bien?

—¿De verdad te gustó?

—Sí, claro… ¿Por qué?

—Sin más. Venga, vamos a comer.

—Vete por la tarde.
—¿Por qué?
—Vayamos allí y hagamos el amor.

—Feliz Navidad, papá.

—Feliz Navidad, Colibrí.

Acaban de abrir los regalos que cada uno de ellos colocó para el otro ayer por la noche debajo del árbol. Hace mucho que Marianna ya no cree en Papá Noel, pero solo hace dos años que se lo confesó a sus padres. «Ya sois demasiado viejos para creer que me lo creo: tenéis que crecer». Los había dejado helados, antes de la cena de la Vigilia. Todavía estaba Betti con ellos, aunque ya estaba en otro sitio. Quién sabe dónde, quién sabe dónde, piensa a veces Pietro, cuando se despierta de repente por la noche y cuenta los días que faltan para la siguiente audiencia: en el «Quién sabe dónde», donde se van las personas cuando ya no se aman, estaba Betti. Pero quizá, en aquella última Navidad juntos, todavía estaba ella. Todavía estaba Betti. Simplemente, ya no era la Betti enamorada. Ocurre. Él podría haberse dado cuenta y haber manejado la situación, preguntarle ¿qué es lo que no funciona?, hablemos. Nunca hemos sido grandes charlatanes, nosotros dos, pero si ahora hay algo que no funciona, probemos. Desahógate conmigo. Con una mamá de las compañeras de clase de Marianna. Con la niñera de Marianna, tan extrovertida y sensible. Pero no con un grupo de oración, ¡no precisamente con ese grupo de oración! Con don Emanuele: ¿quién diablos es don Emanuele?

—Una persona que primero me ha reconciliado con Dios, y después con mi verdadero yo, Pietro. Una mujer que no conocía y que tú no tienes las herramientas para interpretar. Te perdono, eres un hombre egoísta, pero en el fondo bondadoso. No es tu culpa.

—Betti, estás delirando. Me faltarán un montón de herramientas, pero siempre he estado dispuesto a esforzarme para entender lo que no soy.

—Con mi cuerpo y con mi corazón no has puesto tanto

empeño. Imagínate si ahora lo lograrías con mi alma.

Cuando salía a la luz aquella historia, él se sentía de pronto en jaque mate: no, no en aquella del corazón. Porque sobre el conocimiento de los corazones —músculos involuntarios, rojos bufones— se puede debatir, y hasta Pietro y Betti se habían esforzado en ello en alguna ocasión. Pero sobre el conocimiento de los cuerpos, ¿qué tipo de debate se puede entablar?

—¿No te ha gustado, Betti?

—No lo sé. —Se había echado a llorar.

Así había ido la primera vez.

—¿Demasiado fuerte para ti?

—No lo sé. —Y venga a llorar.

—¿Te hago daño?

—Un poco.

Y, sin embargo, a él le daban ganas de proteger a aquella chica tan delicada como una hoja, aquella mezcla de vulnerabilidad e indiferencia. Le daban ganas de tenerla junto a él. Le había pasado inmediatamente, cuando, después de ocho días de confusión en los cuales evitaba pensar a toda costa, una mañana se la había encontrado en la cola para matricularse en el examen de habilitación para ser profesor de secundaria. Él había aprobado, ella no y nunca más lo había vuelto a intentar.

—No soportaría otra decepción.

Betti tenía una relación pésima con las decepciones. O mejor. Tenía una pésima relación con los intentos. Había perdido a sus padres en un terrible accidente de montaña: llovía mucho, ellos habían insistido en llegar hasta un refugio, pero el sendero se les había deshecho bajo los pies. Y Betti había visto cómo se precipitaban. Tenía siete años. La madre de Pietro había caído enferma cuando Pietro tenía quince años, y había muerto a los pocos meses. El padre había intentado aguantar, se había comprado chaquetas nuevas, de colores, se había matriculado en un curso de jardinería. Pero no había pasado siquiera un año cuando, una noche, sin despedirse, había bajado al garaje, había encendido el motor del coche y se había quedado allí, quieto: a esperar. «Te amo», le había dejado escrito al hijo. Tampoco a Pietro, en realidad, le gustaba tener mucho que ver con los intentos:

prefería las certezas, prefería las soluciones. A ser posible, rápidas.

—Estás conmigo y verás como no te decepcionaré.

Tanto es así que hasta había encontrado una forma para acostarse con Betti: la acariciaba, despacio, a veces durante un tiempo interminable. Entonces había algo que temblaba en ella, se le subía encima, él la cogía por sus inexistentes costados, la hacía subir y bajar, subir y bajar, subir y bajar, hasta que se corría.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí, Pietro. De verdad, todo ha ido bien, he sido feliz.

Una vez por semana, siempre de la misma forma y con imperceptibles variantes: mientras él la mecía, podía ocurrir que ella le chupase una oreja, que le agarrara por la espalda, que le besase la frente.

Luego, cuando nació Marianna, lograban hacerlo, como mucho, una vez al mes.

Pero antes de que Betti entrara en el grupo de oración, Pietro nunca la había traicionado. Después llegaron una herborista con unas tetas descomunales, una tipa que había conocido en un chat, otra, otra más. Pero en todos los años pasados junto a ella, no: aunque de joven no habría tenido ningún escrúpulo en ese sentido, nunca se le habría pasado por la cabeza traicionar a Betti.

Como mucho, de vez en cuando se masturbaba mirando en Internet las fotos de una antigua alumna que trabajaba como modelo para una marca desconocida de ropa interior. O de Rachel Weisz, su actriz preferida. Pero la mayoría de las veces cerraba los ojos y se imaginaba lo que siempre habría querido hacer con Betti, pero nunca había hecho. Giraba una y otra vez entre sus grandes manos a aquella mujer minúscula; hacía que se tumbara sobre la mesa desde la que cada mañana daba clase; hacía que se pusiera de rodillas delante de él a los pies de la cama, mientras él la pasaba los dedos entre sus cabellos rubios, cortísimos, y después le tiraba de ellos.

Eso es todo.

Antes de que a su mujer le diera por ir a aquella parroquia una noche por semana, y después dos noches, y después tres, y después seis, nunca se había atrevido a invitar a otra, ni

aunque solo fuera a tomar un café.

Pero por qué motivo, ni siquiera hoy sabría decirlo.

«¿Quizá siempre a causa de aquella vieja historia?», le había sugerido, sin querer, una psicóloga «jungiana» con la que se había topado en un chat, cuando ya todo se había ido al traste y Betti a un convento. «Dejarse es siempre traumático, pero con frecuencia es la única acción correcta, también para los hijos y su serenidad», había sentenciado la psicóloga cuando se habían visto en persona para tomar un aperitivo. «El problema de los hijos es casi siempre una buena excusa, seamos honestos. Para quien está paralizado por la idea del abandono, un matrimonio infeliz representa una garantía. En resumen, la infelicidad no depara nunca ninguna sorpresa, ¿no?». Él no había rebatido, pero de golpe se había dado cuenta de que una media de aquella mujer tenía una carrera, y de que en su boca había demasiados dientes. Ella habría querido enseñarle una foto, una foto al parecer especial, pero a él le había entrado una prisa tremenda por pagar la cuenta y volver con Marianna, a casa.

¡Betti, Betti! Habrías tenido que decírmelo, si ya no estabas enamorada. Tampoco yo lo estaba, quizá: de hecho, quizá nunca lo haya estado. Pero esa es otra historia. En cualquier caso, podíamos ir tirando de esta forma. O quizá no, tiene razón la psicóloga con la carrera en la media. Al menos, eso sí, podíamos resolver el problema entre seres humanos, sin meter por medio a quien por su misma naturaleza no puede estar en medio de los seres humanos.

—¿Qué es eso, Pietro, de que Dios no puede estar entre nosotros? Si él vive entre nosotros. Si él es lo que hay entre nosotros.

—Perdona, Betti.

Maldita Betti. Es conmigo con quien tendrías que haber hablado.

—Vaya cara de besugo que tienes, papá. ¿En qué piensas?

—En tu regalo, Colibrí.

Pietro le ha regalado a Marianna un nuevo par de patines, un cofre de DVD del Studio Ghibli y dos entradas para el musical *Rapunzel* para Fin de Año.

En esto él y Betti estaban totalmente de acuerdo: está bien que Marianna tenga estímulos para que los pensamientos que

un día elabore, los sentimientos que pruebe, sean suyos y solamente suyos. Pero también está bien que no se sienta excluida de sus compañeros de clase, está bien que escuche la música que escuchan ellos, que vea las series de televisión que ellos ven. ¿Y cómo podría escuchar esa música en el convento en el que te has atrincherado, Betti? Vale, no es un convento, perdona si lo banalizo, es la «hospedería de la parroquia donde una comunidad de mujeres se entrega en nombre de Dios y al servicio del mundo». ¿Pero cómo podría ver Marianna sus series preferidas en esa hospedería? ¿Qué pasaría con los pensamientos que tendrá y los sentimientos que probará? ¿Me explicas, Betti, cómo haría para que fuesen suyos y solamente suyos?

En fin.

Marianna le ha regalado una batidora.

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—Se lo dijiste a la presentadora mientras te entrevistaba.

—¿Qué le iba a decir?

—Ella te preguntó si, cuando mamá se cambió de casa, no habías probado nunca a jugar al juego de las cosas nuevas.

—Ah, sí. Ese juego extravagante… Al parecer es divertido hacer cada día algo que nunca antes has hecho.

—En realidad, la presentadora no dijo ni extravagante ni divertido. Dijo «saludable». «Tras una separación, es saludable jugar a este juego». Eso dijo.

—¿Pero no estabas en tu habitación haciendo los deberes mientras yo hacía esa entrevista?

—¿Y tú no estabas en casa viendo el partido de Italia la tarde que me fui a la pizzería con la presentadora porque tenía que entrevistarme?

—Pues claro que estaba viendo el partido.

—Qué raro. Vimos tu coche aparcado delante de la pizzería cuando entramos y también cuando salimos.

—¿Así que no me sirvió de nada esconderme en los asientos de atrás?

—Me da a mí que no.

Marianna le mira seria, pero le ríen los ojos. Los tiene grises y claros, como los de Betti. Y la cabeza que parece un seto, de la cantidad de rizos que tiene, igual que la de Pietro.

—Venga, papá, intenta hacer un batido ahora.

—Pero todavía no he entendido qué tiene que ver con el juego de las cosas nuevas…

—Cuando la presentadora te dijo «habrá cosas que nunca has hecho», tu dijiste «hay muchas», ella te preguntó «¿por ejemplo?», y tú «por ejemplo, nunca me he lanzado con paracaídas, nunca he comido coliflor, nunca he pasado el límite de velocidad en la autopista y nunca he usado una batidora».

—¿Y entonces?

—Entonces la presentadora vino con la *troupe* a grabar mis clases de patinaje, yo le dije que no sabía qué regalarte para Navidad, y ella me dijo «¿Por qué no le regalas una batidora?». Y me acompañó a una tienda para elegirla.

—¿Lidia?

—La presentadora.

—Se llama Lidia.

—Bueno, se ha entendido que estamos hablando de ella, ¿no?

—¿Te gusta?

—Tiene el pelo muy bonito.

—¿Y?

—Viste raro, con esos chalecos de hombre, las falditas de Winx… Son tan cortas que, una vez que se sentó en el sofá y cruzó las piernas, le vi las bragas.

—Pero es simpática, ¿no?

—Sí. Bueno, ¿hacemos el batido? Si sale bien, podemos llenar una botella y cuando vayamos a buscar a mamá esta tarde se la llevamos. ¿Qué te parece?

—Es una buena idea, Colibrí. Vamos. En la cocina tendría que haber plátanos.

—Vayamos allí y hagamos el amor.
—¿Quién?
—Tú y yo.

—¿Italiana?

—No. Bueno, vivo en Italia desde hace quince años, enseño inglés en un instituto. Pero nací aquí, en Santa Cruz. ¿Tú eres italiano?

—*Français*. De Metz.

—Pero hablas italiano.

—Estuve con una italiana. *Une petite, folle romance. Je suis André*.

—Yo soy Kate. Y también yo tengo un amor italiano.

—*Liaisons dangereuses,* con *le* gente *italiane*…

—La verdad es que mi relación con Tommaso es todo menos peligrosa. Tommaso es mi punto de apoyo.

—Un rollo entonces… ¿No?

—¡Pues claro que no! ¿Qué dices? Tommaso es un volcán de ideas, de inspiración. Esta mañana, por ejemplo, se le ha metido en la cabeza que tiene que aprender a hacer surf. Mírale. —Kate señala un puntito, en el mar.

Estaba sentada en la playa, para ver la primera clase de su marido, cuando se le ha acercado este francés creído, tan seguro de sus ojos transparentes, de sus brazos fuertes, de su atractivo.

—*Et toi?* ¿No quieres un profesor de surf, tú? *Me voici*.

—No, gracias. Por ahora no lo necesito. Y además, en caso de necesitarlo, está mi hermana Rosemary. Ella se quedó en Santa Cruz, trabaja en el restaurante de mis padres y es una surfista extraordinaria. Aquí llega. *Rosemary! Rosemary, here I am!*

Mueve los brazos para llamar la atención de su hermana. Y para librarse lo antes posible de este plasta.

—¿Y cuándo?
—Ahora.

Mira que es fácil decirlo: ahora.

Ahora vuelvo a notar que se mueve una bolita, bajo las costillas, a la altura de la barriga.

¿Segura?

Ahora la invito a cenar.

Venga.

Ahora le pido que se quede a dormir en mi casa.

Cómo no.

Pero ahora no se piensa.

El ahora llega, el ahora lo hace todo solo.

De hecho, lo invocamos.

De hecho, da miedo.

Como un animal que hemos visto solo en foto, como un eclipse, una noticia.

Como algo que nadie nos ha lanzado, pero que igualmente se nos viene encima.

Se apaña solo.

Y no tiene que ver solo con el cuerpo.

También tiene que ver con el cuerpo.

No tiene que ver solo con los ojos.

Pero son tan importantes que podrían estar cerrados.

No tiene que ver solo con las heridas.

Tiene que ver también con el hilo que hemos usado para coserlas.

Tiene que ver incluso con los lunares.

Y tiene que ver con los corazones, cómo no —moluscos invertebrados—, por supuesto que tiene que ver con los corazones.

Tiene que ver con las madres, tiene que ver con los padres. Las personas que hemos visto desnudas, los amigos que hemos conquistado y los amigos que hemos perdido.

Como si no fuera suficiente, para que ahora sea ahora, todo lo que necesita tiene que quitarse de en medio. Dejar espacio.

Justo el tiempo de un suspiro, de un sí, el tiempo para que el tiempo, ese niño descarado que es el tiempo, se convierta en tulipán, se convierta en mineral, se convierta en otra cosa.

Y permita que un momento se convierta en un periodo: pero un periodo en forma de momento.

En el planeta Nosotros se tiene que crear este loco equilibrio entre la atención máxima y el pasotismo.

Pero el milagro está en que este equilibrio loco se tiene que crear también en otro planeta.

Como si no bastara, tiene que crearse de forma natural, por su cuenta, si no, no vale.

Conscientes de sí mismos y distraídos: los cuerpos, los ojos, las heridas recosidas, aquellas todavía abiertas, los lunares.

Los corazones, cómo no, sobre todo los corazones, rojos bufones.

Las madres: ¡daos la vuelta!

Pero ¿será posible que no tuvierais un rincón secreto o el relleno de un cojín para esconder toda esta resignación? ¿En qué se transformará, día tras día, para vuestras hijas, el placer?

Se transformará en algo de lo cual se puede prescindir.

Los padres. ¿Pero será posible que antes de encerraros en un coche, encender el motor y quedaros ahí parados a esperar, hayáis tenido que escribir a vuestros hijos «Os quiero»? ¿Qué significará, día tras día, para vuestros hijos, oír que les dicen te quiero? Significará oír que les dicen «me marcharé».

Qué desastre.

Venga, padres, vendad vuestros ojos. Y de espaldas, por favor.

Quizá este ahora no traerá nada bueno a las vidas a las que está apuntando, pero peor de cómo lo habéis hecho vosotros es difícil que lo haga.

Así que, por lo menos, dejadle paso.

Solo así podrá llegar adonde tiene que llegar. Sorteando las humillaciones, perdiéndose en una herida para reaparecer por un lunar, solo así podrá hacer mella. Entre las barrigas de las personas que hemos visto desnudas, entre los amigos que hemos perdido, que hemos conquistado, entre quienes estamos seguros de ser, entre quienes nos han convencido que

somos —mujeres que siempre han preferido ser libres a ser felices, hombres egoístas pero en el fondo bondadosos, eternas insatisfechas, obsesionados con el coño—, entre una llamada que se evapora en un silencio, entre los años, los rencores, el cansancio, los años, la nostalgia, entre todos aquellos años, la miseria, todo ese cansancio.

Solo así podrá hacer mella.

Así como ahora, un ahora que lo ha conseguido, que ha llegado adonde tenía que llegar, está intentando insistir. A echar abajo las rejas del momento. Se transforma en un mensaje, parte de un planeta Móvil como tantos —son las cuatro de la noche—, baila sobre el humo del último porro liado en una erasmus en el País de la Nada —son las cuatro de la madrugada—, se arrastra bajo el primer Ave María recitado en un convento que no es exactamente un convento, se cuela en una frecuencia televisiva, se desliza por el deseo, se desliza por un misterio, se desliza por un río de batido de plátano y lo consigue, llega a otro planeta Móvil como tantos otros: «Hola, Pietro. De vez en cuando pienso en ti y la próxima semana tendré que pasar el día en Milán. Lidia».

—Te entiendo y no me asustas.
—Pietro, ¿eres tonto? ¿Por qué me miras así?
—Cambia de tren.
—¿Que cambie de tren?
—Vete por la tarde.
—¿Por qué?
—Vayamos allí y hagamos el amor.
—¿Quién?
—Tú y yo.
—¿Y cuándo?

No es verdad que, después de aquella mañana, Lidia pensara en él de vez en cuando.

Ni siquiera es verdad que pensara en él.

Con ella siempre era como una especie de película que embalaba todo lo demás. Un plástico fino, transparente, extendido entre ella y cada pensamiento, entre ella y cada gesto, cada cigarro, cada decisión. ¿Algo que le habían dejado impregnado sus manos cuando la habían desnudado con aquella rabia tan incompatible con la sumisión con la cual Pietro se había sometido a las entrevistas, con la que hablaba y se movía, con la cual, en resumen, aparte de la audiencia, parecía entregarse a la vida? Quizá. O quizá era algo que le había dejado dentro cuando habían hecho el amor. Ningún preliminar, ninguna caricia. Sin embargo, una vez dentro de ella se había transformado. La rabia se había transformado en ardor. La sumisión, en ternura.

Y qué, ¿me basta con tan poco?, se preguntaba Lidia desde este lado de la película. ¿Me basta con un buen polvo?

El final de su matrimonio le había enseñado a no dar por descontado el sexo cuando es natural, cuando sale solo.

Pero tenía bastantes historias que la habían resarcido del rechazo que, a partir de determinado momento, Lorenzo había ejercido sobre su cuerpo. El francés que había conocido en Santa Cruz, por ejemplo.

Así que no podía ser eso.

No podía ser solo eso.

Entonces, ¿qué tenía Pietro de diferente con respecto a los hombres que había conocido después de Lorenzo?

Los zapatos, claro. Eso sí.

Y las corbatas.

También antes de Lorenzo, volviendo hacia atrás hasta los años de primaria, hasta el primer niño que le había colocado una bolita a la altura de la barriga, entre los varones que la

habían atraído en su vida había una ligera semejanza. Todos eran hombres fracasados. Niños viejos o, en el caso del niño de primaria, una mezcla de tartamudez y asma psicosomática y nnn… no p… puedo s… salir con… contigo Lili… Lidia, ya e… estoy s… saliendo con mi ma… mamá, destinados a envejecer. Un compañero de universidad, un corresponsal de guerra, un tatuador, un investigador de relieves oceánicos: no importaba a lo que se dedicasen, el trabajo que habían elegido era solo un tacatá para aprender a andar en la guardería que para ellos era la existencia. Y, sin excepción, en los pies llevaban puestas sandalias franciscanas, botas militares, botas texanas, zapatillas de deporte rotas. Si alguna vez tenían que ponerse una chaqueta, parecían esos niñitos que, para hacer reír a sus padres, le roban al papá una del armario y hacen el payaso. Todos, a su manera, eran niños mimados, irresistibles, irresponsables, eran, en resumen, unos inadaptados: exactamente igual que ella. Habitantes de aquella isla de la Vida Imaginada que para Lidia siempre había servido de refugio, pero que después —la doctora La Scala, su psicoterapeuta, se lo había repetido durante años— se había transformado en una prisión. Porque, saltando de un niño viejo a otro, Lidia se había encontrado inevitablemente con él, en persona. De los niños, el más niño; de los viejos, el más viejo. Aquel con los zapatos más costrosos, con los calcetines desparejados, la barba siempre mal afeitada, las camisetas arrugadas, los ojos sucios de sueño a cualquier hora. El más experto de la isla, el mejor para hacerle descubrir cascadas, escondites y secretos: por encima de todos, uno. «Chist, ¡míralo! El mundo que tanto miedo te da, en realidad no es más que una broma. Un dibujo animado. Fíate, Lilo. Fíate de tu Stitch».

«Estoy salvada», había pensado Lidia. Con sus zapatos de eterno niño, con los libros que escribía para dejar fuera de juego a la realidad, Lorenzo la había llevado lejísimos de Aquella Vida Real y de sus amenazas.

Como, de hecho, había sucedido al principio.

Hasta que, año tras año, Lorenzo había decidido no llevarla más a ningún lado. Al contrario. Como mucho, se hundía en el punto exacto de la Vida Imaginada donde lo había encontrado. Ella le rogaba que se moviera y que continuara,

que buscaran juntos nuevas cascadas y nuevos escondites; y él le rogaba que se hundiera con él.

Así, con el corazón hecho trizas —porque incluso si es un molusco, incluso si es un rojo bufón, se hace trizas—, sin dejar nunca de amar a Lorenzo, Lidia se había embarcado en aquella Arca sin Noé, atrapada por una eterna tempestad en el mar que separa la Vida Imaginada de Aquella Vida Real.

Un arca donde se había quedado sorprendida al encontrar otros animales de su misma especie: pasajeros que huían de un sueño que les había traicionado, y que buscaban una promesa que ni siquiera ellos sabían cuál era.

Personas que a su edad deberían haber tenido hijos, personas sin hijos, personas hijos.

Personas heridas, confusas, en el fondo convencidas de no haberse vacunado correctamente para resistir una vez que el Arca atracase definitivamente en el puerto de Aquella Vida Real.

Personas que, una vez puesto fin al matrimonio con Lorenzo, se habían convertido en el único referente para Lidia.

Estaba Tony, el director del programa que ella había presentado en la radio: tres años antes se había casado con Billy, un australiano que siempre se estaba riendo, con el que había abierto un restaurante italiano en Brasil, en Morro de Sao Paolo. A los pocos meses, sin embargo, Billy le había anunciado a Tony que esperaba un niño. «A lo mejor de Ramona, de la tienda de bolsos. O quizá de su gemela. *I don't know. I only know that I'm finally happy*». De esta forma, Tony se había despedido de la isla de Morro y de la Vida Imaginada, y se había embarcado en el Arca. Una vez en Roma, había alquilado un apartamento, en el mismo edificio que Elisa, y lo compartía con Greta. También ellas, animales que huyen y buscan. Y después estaba Michele, que desarrollaba videojuegos para PlayStation y trabajaba entre Roma y Barcelona (donde vivía su primera mujer, con la cual mientras estaban casados no congeniaba en el plano sexual, pero que después se había vuelto a casar y se había convertido en su amante menos prejuiciosa).

Cuando no estaba dando vueltas por el mundo con su programa o no había ido a buscar a Lorenzo al campo, Lidia

pasaba todo el tiempo con ellos.

«¿Y si estar siempre juntos fuera una equivocación?», se preguntaban por turnos. «¿Si tuviéramos la sensación de tener ya una familia y, por tanto, la enésima excusa para no intentar realmente formar una? ¿Si la complicidad que nos une no fuera una salvación, sino una desgracia, si fuera la tempestad que impide al Arca atracar definitivamente en Aquella Vida Real?».

A lo mejor era así.

A lo mejor, compartiendo fatigas, en realidad dejaban espacio a los temores.

Pero si no, ¿cómo haremos para soportar esta travesía?, se decía Lidia. Nos lanzaríamos al mar y volveríamos a nado a la Vida Imaginada, si cada uno de nosotros fuera el único animal de su especie.

Porque, en lugar de real, la otra vida es despiadada.

Todavía más si ese rojo bufón se te ha hecho trizas, y cada pedacito hace lo que le da la gana. Toc toc, toctoctoc, to-oc to-oc, tooooooooc, toc.

A ti, en el silencio que acompaña algunas noches, te parece tener un ruido de muebles que se cambian de lugar en vez de latidos de corazón.

Te parece que no estás huyendo, que no estás buscando: que estás, sencillamente, a la deriva.

En medio del mar agitado por la tempestad de tus excusas y de tus nostalgias, que costea esa vida tan real, tan despiadada.

Donde un día el Arca hace escala.

Tú bajas e, inesperadamente, te encuentras haciendo el amor con un tipo.

Lleva corbatas.

Y sus zapatos son diferentes a los de todos los hombres con los que has hecho el amor en tu vida: ¿mocasines?, ¿oxford?, ¿zapatos de oficina? Ni siquiera sabes cómo se llaman, pero son marrones, son serios. En resumen, son de hombre.

Te fijas en estos detalles, porque de otra forma, ¿cómo te explicas la película con la cual después te toca hacer cuentas?

Sin embargo, en el fondo del fondo de cada uno de los pedacitos de tu músculo rojo, bufón, roto e involuntario,

sabes que esa película se debe solo al modo en que ese tipo te ha tenido abrazada después de haberse corrido.

Lidia lo sabía.

No entendía nada de lo que había pasado, pero sabía que en aquel abrazo —un abrazo asustado, un abrazo seguro, estrecho, un abrazo en el cual había sido bonito quedarse, al cual sería bonito volver, aunque solo sea para darse cuenta de que tampoco había para tanto, y venga, y dale: no era más que un abrazo— había algo que tenía que ver con ella.

No tenía que ver con la Vida Imaginada.

Aunque quizá un poco sí.

No tenía que ver con el Arca.

Aunque también.

No tenía que ver con Aquella Vida Real.

Aunque sí.

En resumen, era un misterio.

O quizá una verdad: por tanto, en cualquier caso, un misterio.

Habría querido hablar con él de todo esto.

Pero cada vez que cogía el móvil y recorría la agenda hasta la letra «p», acababa bloqueándose.

—No sé qué me pasa. Ayer me obligué: lo llamé, pero oculté mi número. Él respondió y yo colgué —confesaba a los otros animales del Arca, y encendía el enésimo cigarro.

Tony estaba atónito.

—¿Cómo es posible? A ti nunca te faltan las palabras, sobre todo si es para expresar algo que sientes. ¡Eres tu propia CNN, Lidia!

Y sin embargo, precisamente ella, que las palabras las vomita incluso antes de que las autorice una emoción o un pensamiento, precisamente ella, que de su incontinencia ha hecho su trabajo, en la radio y ahora en la televisión, precisamente ella —su propia CNN—, de las ganas que tenía de hablar con Pietro, no conseguía decir nada.

—Está bien —había cortado en seco irritada—. Eso significa que en ese hombre hay algo que no me convence.

—Por otro lado, no hay que olvidar que es un tipo que se ha casado con una monja.

—A lo mejor fue simplemente un accidente, por Dios, una variable que no puede permitirnos ninguna ecuación con lo

que sucedió entre él y tú. Pero si el álgebra no es una opinión, su atracción por una mujer como su exmujer podría ser también una constante. Un rasgo distintivo y decididamente inquietante de la personalidad de este Pietro —había hecho notar Elisa, en una de las infinitas cenas improvisadas en casa de Lidia. Después de su larga historia con un compañero de instituto al cual, terminada la universidad, no le quedaba otra que casarse con ella o dejarla, y la había dejado, le había dado por una especie de manía por el estudio, animada solo por la obsesión de acumular títulos. Después del de Derecho, Filología Clásica, Filosofía y Biología, ahora había pasado a las Matemáticas. Vivía todavía con sus padres, y los fines de semana trabajaba en un *pub* irlandés.

—Su hija siempre ocupará para él el primer puesto, lo sabes, ¿verdad? Tendrá que darle confianza; hacer no solo de papá, sino también de mamá; recordarle que ella tiene una mamá, pero prestando atención a no transmitirle los sentimientos enfrentados que siente por la exmujer… ¿De verdad quieres meterte en una relación así? ¿Quieres convertirte para esa niña en la pesadilla que, precisamente a su edad, se convirtió para ti Maléfica? —había añadido Greta.

—¿Pero eso qué tiene que ver? Mi padre había dejado a mi madre por Maléfica. Pietro estaba ya más que separado cuando nos conocimos.

—Puede ser… Yo lo único que quiero es que no te hagas daño. Ya has sufrido bastante, ¿no?

Greta hablaba por Lidia, pero no solo: era profesora en una guardería y tenía debilidad por los padres de sus alumnos que entraban en crisis con sus mujeres porque, después del nacimiento de los hijos, se sentían excluidos. Greta los escuchaba, los consolaba, a veces llegaba a tener una relación con ellos. Que normalmente, antes o después, arreglaban la crisis familiar. Los que tenían mejor fondo se lo agradecían de todo corazón: «Greta, ¡¿te imaginas?! Si no te hubiera conocido, si no hubiera vuelto a descubrir la importancia de sentirme interesante para alguien, hoy estaría probablemente divorciado».

—Además, habría que ver qué le pasa por la cabeza a este tipo cuando vea a su ex con el hábito. Le parecerá otra mujer o de golpe podría excitarlo… Fíjate lo que nos pasó a Carmen

y a mí. —Michele tenía la mala costumbre de colar a su primera mujer en cualquier conversación.

—Y hablando de ex, Lidia: ¿podría Pietro entender tu relación con Lorenzo? Deberías empezar a tener en cuenta que vuestra relación va a ser difícil de aceptar para cualquiera. Imagínate para alguien tan rígido. —Una vez más, Elisa.

Ellos tienen razón, reflexionaba Lidia.

¡Es alguien que se ha casado con una monja!

Alguien tan rígido.

Alguien que a lo mejor se empalma con un hábito.

Además, con esos zapatos, con esas corbatas: Dios mío.

Su cara también es rara, con los ojos de ese verde inaccesible, la nariz grande, de cómic, y los labios bonitos… Siempre he tenido debilidad por los brazos largos, lo admito, y también por los rizos y por las caras raras. Pero…

Pero ¿y por qué no hablar de su absurda, inútilmente rebuscada forma de hablar? De libreto de Verdi, como bien dijo Lorenzo.

¿Qué podría tener en común con él? ¡Es un padre de familia! Y como todos los padres de familia, egoísta, conformista a la fuerza, aborregado con cualquier compromiso.

Maléfica: tiene razón Greta, siempre he llamado así a Helena, la tipa por la cual el mío, mi padre, había dejado a mi madre. E incluso si mi padre volvió a casa, incluso si Pietro estaba más que separado cuando me conoció, Helena siempre será para mí Maléfica y yo podría ser Maléfica para su hija Marianna.

Y dale.

Y venga.

Seamos serios.

No, sí.

Luego.

Luego volvían las ganas.

Y estaba aquella película que envolvía todo. Los problemas de los animales del Arca, la voz de Lorenzo, escribir el guion del programa, el café, la agenda, el hocico de Efexor.

Entonces:

—Solo basta con esperar ese día, ¿no? —había concluido

Tony—. Lo más seguro es que cuando retransmitan el programa dedicado a él y a su hija, te llame.

Y Lidia había encontrado una especie de paz.

Hasta que el programa fuera retransmitido.

Había pasado un día. Habían pasado cuatro. Había pasado una semana. Habían pasado tres semanas.

Un mes.

Aquella llamada no había llegado nunca.

Pietro, mientras tanto, se dedicaba a apartar los cabellos de Lidia.

¿Tenía que firmar una circular? Negros, largos, brillantes y lisos, caían sobre la circular como una cortina y lo oscurecían todo. Entonces él cerraba los ojos, respiraba profundamente, desplazaba los cabellos y conseguía firmar. Pero frrrr. A la mañana siguiente llovían sobre la taza donde daba vueltas a la leche con cacao de Marianna. Se colaban como serpientes en el espejo donde se afeitaba, en la pantalla de la televisión, en las cartas que le enviaba el abogado y que él debería haber estudiado con detalle, pero que le daba pereza simplemente leerlas porque estaban aquellos cabellos, tantos cabellos, había cabellos por todas partes. Cabellos de los que librarse, cabellos que daban sombra, cabellos que no tenían nada que ver con todo lo que tenía que hacer, que pensar, que arreglar, cabellos inoportunos, cabellos ridículos, demasiado largos para una mujer de casi cuarenta años, cabellos de presentadora de televisión, nido para murciélagos, maleza trepadora, flores venenosas, cabellos estupendos que lo habían acariciado, consolado, transportado, serpentinas que había encontrado en su boca mientras hacía el amor con ella, que había encontrado sobre su pecho y entre los brazos cuando, al final, la había apretado contra sí. Y le había ocurrido aquella cosa extraña.

Para explicárselo a sí mismo, quizá debería habérselo contado a alguien, pero ¿a quién? Perdido el padre, Pietro había perdido también a su confidente, al único dispuesto a hacer el esfuerzo de escuchar lo que al hijo le pasaba por la cabeza y le costaba explicar.

—¿Qué te pasa, Pietro?

—Nada.

—¿Estás seguro?

—Nada, papá.

—¿Salimos a tomar una hamburguesa?

O a dar un par de patadas al balón o a echar un vistazo a la obra en la que trabajaba en ese momento. Su padre, arquitecto en la vida real pero también de la vida, capaz de sacar de la nada construcciones, lo llevaba con él para hacer algo. Lo que fuera. Y de esta forma las palabras salían solas.

Manchas enormes se convertían en puntitos, al desahogarte con él. Siempre conseguía transformar un problema en una oportunidad: ¿vas mal en Matemáticas? No tendrás dudas a la hora de elegir modalidad en Bachillerato. ¿Que esa chica se ha puesto a salir con otro? Piensa el tiempo que habrías perdido intentando averiguar si le gustabas o no. ¿Que el mundo no tiene sentido? Pues vaya coñazo si lo tuviera.

¿Mamá tiene cáncer? Mamá tiene cáncer.

En aquel terreno su padre no había conseguido construir nada.

Incluso antes de que se matara, Pietro se había dado cuenta de que ya no tenía nadie a quien poder decir simplemente: «Hoy me encuentro de un humor pésimo». Después había llegado Celeste, es verdad… Pero la condición era no pensar en Celeste, así que no. Celeste no había llegado.

Y con Betti ni lo había intentado, era ella la frágil, era ella la que había que proteger.

Después había nacido Marianna y había dado la vuelta a todo, mandando a paseo toda necesidad y todo deseo que no fuese una necesidad suya, un deseo suyo.

¿Y ahora? Ahora no bastaba que Betti se hubiera marchado al convento, o como quisiera ella llamar a aquel sitio, no bastaba el juicio por la custodia de Marianna. Lo que faltaba era una cuarentona en crisis adolescente y con el pelo largo hasta el culo.

Realmente bonito, por otro lado.

Lo que faltaba era encontrarse pensando cosas tipo «qué culo más bonito».

Qué pelo más bonito.

Qué ojos llenos de cosas.

Qué voz más original, de niña que fuma.

¿Esperaba que esa presentadora neurótica, una vez

desnuda, se pudiera abandonar completamente a los besos que daba y a los que reclamaba?

Sí.

Precisamente por esto, nada más verla entrar en su casa, el primer pensamiento que le había venido era: «Me gustaría arrancarle esa falda», demasiado corta, tenía razón Marianna.

El segundo era: «Una así, mejor tenerla lejos». El tercero no había sido un pensamiento, y solo lo había analizado después de haber hecho el amor con ella y haberla tenido entre sus brazos.

Que sí, que sí, buenos días, profesor, buenos días, profesora, dígame usted, abogado, ¿vamos a tomarnos un helado, Colibrí?

Que sí: yo tengo mi vida, se repetía, abriéndose camino entre el bosque de cabellos.

Por otro lado, ¿qué tiene de diferente esta egocéntrica y «verborreica» mujer de aquellas con las que he salido después de que Betti se fuera detrás de su don Emanuele?

Es cautivadora, y con eso me basta.

Es bastante cautivadora, con esos ojos que corren, escapan y que, al mismo tiempo, fisgonean en tu interior sin necesidad de mirarte.

Es realmente cautivadora, con ese aspecto de que en cualquier momento podría estallar en llantos o en risas, pero, en cualquier caso, estallar.

Y ese ridículo ensañamiento sentimental con el que le había entrevistado, con el que se enfrentaba a los cámaras, con el que le había escuchado, con el que le había contado retazos de su confusa existencia.

Ese irresistible ensañamiento sentimental.

Pero las personas cautivadoras son peligrosas. Son mentirosas, son frágiles, te matan, se matan, las personas cautivadoras no existen, son reflejos que pasan por un espejo embrujado que te hace ver lo que necesitas ver.

Sin embargo.

Sin embargo, cuando la había tenido entre sus brazos, le había sucedido aquella cosa extraña.

Que luego se había convertido en un recuerdo incontaminado.

Este soy realmente yo: abrázame. Le había parecido que le

decía el cuerpo de Lidia.

Este soy realmente yo: te abrazo. Le había parecido que respondía su cuerpo.

Y los cuerpos no son para nada rojos bufones.

Si hubiera escuchado el cuerpo de Betti, todo habría estado claro desde el principio.

Los cuerpos no se equivocan.

Pero, atención.

Atención: una cosa es ilusionarse con que entre esa mujer y yo haya pasado algo intenso, y otra saber que me ha pasado algo con una mujer intensa.

Una mujer que, por tanto, precisamente en este momento a lo mejor estará acariciando con su pelo a otro hombre con la misma intensidad que me acarició a mí.

Estará entregando su cuerpo a un abrazo con esa misma verdad desprejuiciada.

Estará regalando a algún otro la posibilidad de un recuerdo incontaminado.

Si la llamara, me respondería al teléfono con la voz sudada de quien está haciendo el amor.

O con la voz educada de quien apenas se acuerda de quién soy, ocupada como está con todos sus viajes.

Todos los hombres.

Aquella relación incomprensible con el exmarido.

¡Un escritor! Nada de un director de instituto como tantos otros.

También él, un hombre como tantos otros que cada mañana acepta cumplir con su deber.

Un hombre acostumbrado a renunciar a sí mismo: un padre.

Una persona seria, vamos.

No un *artistucho* que puede pasar sus ratos libres corriendo detrás de los deseos de una presentadora de televisión.

Era por esto que no la había buscado, a pesar de que cada mañana descubriese que tenía algo que decirle.

«¿Has visto qué sol esta mañana?».

«Esta noche he soñado que iba a pie desde mi casa hasta Angkor Wat. Qué curioso, ¿no?».

«Parece que Betti se ha vuelto más razonable, a lo mejor ha sido después de ver tu programa, ¿sabes?».

«Y además plenamente respetuosa».

«El programa, entiendo».

«¿Qué haces?».

«Hoy he ido a recoger las notas de Marianna, ha sacado nueves en todo».

«Me gustaría volver a verte».

No la había vuelto a buscar porque él la entendía, se lo había dicho. Pero también le había dicho que no le asustaba: y esto era mentira. Una mentira inocente, porque después de una semana en la cual había sido ella la que le había animado, entrevista tras entrevista, creía que lo correcto era devolverle el favor.

Y porque tenía ganas de follársela, también es verdad.

Como había tenido nada más llegarle aquel mensaje, por la noche.

Como tiene ahora.

Ahora que la ve bajar del tren. Ha cogido un día de vacaciones para quedar con ella. Desde que era director, nunca lo había hecho, pero todavía no se ha dado cuenta de ello.

—Hola.

—Hola.

Como siempre, cuando debería usarlos, Pietro no sabe qué hacer con los brazos. Lidia lo besa en una mejilla. Se enciende un cigarro.

—¿Andando?

—Andando.

Andan, hablan, no se escuchan.

—No hace mucho más frío que en Roma, aquí en Milán.

—Estoy releyendo a Plutarco. Es siempre sorprendente.

—He visto la nueva película de Clint Eastwood. Así así.

—Se ha incorporado un nuevo profesor de Física con el que, de golpe, los chicos han entablado una malísima relación. Todas las mañanas bajan a dirección a quejarse.

Andan, hablan, se escuchan, guardan silencio.

—Marianna ha tenido varicela.

—Pobrecita.

—Ya está recuperada, pero no volverá al colegio hasta

mañana.

—¿Le gustó el programa?

—Muchísimo. Imagínate, al día siguiente en clase, una compañera le pidió un autógrafo.

—¿Y a ti?

—¿Qué?

—¿Te gustó el programa? No me has dicho nada…

—Pues claro que me gustó.

Andan, guardan silencio.

Se escuchan, hablan.

—¿Cómo va el juicio?

—En dos semanas habrá otra audiencia. Esperemos que sea la última.

—¿Alguna novedad?

—Mi abogado ha hablado largo y tendido con el de Betti.

—¿Y?

—Parece que la está ayudando a entrar en razón.

—Fantástico.

—Gracias a la nueva ley, el divorcio será inmediato y esto la calmará.

—Así después será libre para tomar los votos.

—Exacto. Castidad, pobreza y obediencia. Lo ha decidido. «Por primera vez en mi vida no tengo ninguna reserva», ha dicho.

—Me parece una buena noticia. Quiero decir, no que la primera decisión sin reservas de Betti sea tomar los votos, obviamente. Quería decir…

—Claro que es una buena noticia.

—Claro.

—Claro.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cómo estás?

—Como siempre.

—Mmm.

—Sí.

—Entrevistarte sin cámaras es un lío, ¿sabes?

—¿En qué sentido?

—Era una broma.

—Ah.

Andan, andan.

—Si Betti, en lugar de declararme la guerra, se concentrara ahora en sí misma, quizá volvería a razonar. Marianna se quedaría conmigo y podría pasar con ella todos los fines de semana y la primera mitad de las vacaciones de verano.

—…

—¿Por qué te ríes?

—Me da vergüenza.

—No hay de qué tenerla.

—Vale. Pero es una gilipollez, te advierto.

—Adelante.

—… No sabía que las monjas se fueran de vacaciones. ¿De vacaciones de qué, si Dios lo es todo? Ya está, lo he dicho.

Lo ha dicho, ha dicho una gilipollez. Y, finalmente, Pietro ríe. No había notado que supiera hacerlo de verdad, piensa Lidia. Durante las grabaciones, a lo sumo regalaba una sonrisa nerviosa o complaciente. Me gusta cuando ríe. Sus mejillas hundidas de repente se rellenan y se le elevan.

—La parroquia del mal afamado don Emanuele organiza cada año un campamento de verano para los niños de una casa de acogida: Betti iría a echar una mano y se llevaría a Marianna con ella.

Andan, andan.

—¿Lidia?

—Pietro.

—¿Juzgarías indecoroso si, considerando que en mi casa están Marianna con varicela y la niñera, hubiera reservado una habitación en un hotel y, en lugar de llevar media hora paseando contigo sin rumbo, te hubiera llevado directamente a ese hotel?

—No. No lo consideraría indecoroso. Al contrario. Me parecería bonito.

—¿Hasta qué hora estás libre?

—Hasta las cinco.

En la piel de Lidia, una cicatriz y tres tatuajes; en la piel de Pietro, dos cicatrices; en las manos de Pietro, lo que ha perdido; en las manos de Lidia, lo que nunca perderá, lo que ha perdido y los rizos de Pietro; en las manos de Pietro, lo que nunca perderá y las muñecas de Lidia; ¿pero tú quién eres?, ¿y tú? ¿tú quién eres?, no sé quién eres, cabellos,

cabellos por todas partes, finalmente fuera de la cabeza y ahora, ahora que no es antes de una audiencia y no es después de un matrimonio, no es antes de nada y después de nada, es solo ahora, después del dolor, antes del dolor, finalmente es ahora, un momento en el que quedarse mientras exista, sin huir, porque en sí mismo es fuga, sin esperar, porque en sí mismo es esperanza, ¿yo?, tú, no no, sí sí, no estoy listo, nadie lo está, ¿y realmente?, realmente tengo miedo, total ya ha pasado, ¿y cuándo?, ahora.

Esta soy realmente yo, abrázame.

Este soy realmente yo, te abrazo.

—¿Por qué has venido a Milán?

—Me han pedido que participe en el guion de un documental sobre tres familias (una italiana, una de Nueva Delhi y una de Riad), que vivirán durante un mes en el mismo rellano.

—Interesante.

—Mucho. El condominio donde vivirán estará en Milán. Si acepto, tendré que quedarme aquí al menos hasta finales de año.

—¿Aquí en Milán? ¿Hasta diciembre?

—Sí.

—¿Y tu programa de televisión? ¿No tenías que empezar a rodar la nueva temporada en marzo?

—Tenía, efectivamente.

—¿Pero?

—Pero ya no puedo más.

—¿Y eso?

—Su intervención sobre la necesidad del dolor me ha despertado curiosidad, doctor Zanetti.

—Se lo agradezco, ¿doctora…?

—La Scala. Mina La Scala. Pero me imagino que usted alimentará un montón de prejuicios sobre nosotros, los «jungianos».

—Yo no tengo prejuicios, soy un científico. Mi profesión ni siquiera prevé juicios, imagínese. Solo datos e interpretaciones.

—Es un modo amable de decir que desprecia la psicología. Pero tenga en cuenta que también nosotros consideramos importante la experiencia del dolor para el desarrollo interior del individuo.

—En mi intervención yo me refería al dolor físico…

—… que es lo mismo respecto al dolor emotivo.

—Desde el punto de vista estrictamente científico, no, en absoluto, doctora La Scala.

—Y sin embargo yo tengo una Polaroid original de Francesca Woodman, donde es evidente que las heridas sobre nuestra piel sirven de espejo a las que tenemos en nuestro interior. Me gustaría tenerla aquí, ahora. En cualquier caso, me gustaría enseñársela… ¿A lo mejor esta noche?

—Tengo que ir a la inauguración de una exposición que se anuncia excepcional, sobre el Barroco. Estará expuesto también el *Atalanta e Hipómenes*, de Guido Reni. Nunca lo he visto en vivo y, ¿sabe?, con frecuencia siento la aspiración a establecer contacto con la belleza que se asume como axioma. La foto me la puede mandar por correo electrónico, encontrará mi dirección en la página de la universidad. Pero me permito insistir, doctora, ¿por qué, en su opinión, el dolor físico ha sido seleccionado desde un punto de vista darwiniano? En primer lugar, porque es un mecanismo de defensa, y la sensación desagradable que experimentamos nos

enseña cómo comportarnos para evitar en un futuro la circunstancia que la provocó. ¿Nos damos un golpe contra una esquina? A partir de ese día estaremos más atentos a esa esquina. En segundo lugar: el dolor facilita la curación. Si un animal se hiere la pata, la pata se vuelve hiperalgésica, es decir, más sensible, e inmediatamente un zona que, hasta que no se cure, se tiende a proteger de manera instintiva incluso ante un estímulo que normalmente no haría daño a aquella zona circunscrita. ¿Y por tanto?

—Y por tanto el dolor es una experiencia excepcional que nos enfrenta cara a cara con nuestra identidad más profunda.

—No, doctora: por tanto, el dolor es algo normal. Y nos sirve para tirar adelante.

La reacción del director de la cadena, al día siguiente, había sido idéntica a la de Pietro:

—¿Y eso?

—Ha llegado el momento de intentarlo.

—¿El qué, Lidia?

De tirar adelante, querría responderle.

De hacer como ellos.

Como todas las familias felices.

Querría responderle, en resumen, que de vivir. ¿Cuánta energía, cuánta curiosidad pones en las cosas que haces? ¿Cuánto empeño? Siempre has preferido ser libre que feliz. Di la verdad. Ha llegado el momento de descubrir si Lorenzo tiene razón, director. Hace treinta y siete años que intento ser libre, ahora querría intentar esa otra empresa. Poner la misma energía, la misma curiosidad, el mismo empeño que, por ejemplo, he puesto en el programa estos años. Ver si soy capaz, si se me da bien o si esta necesidad de amor que no me abandona nunca —nunca— no es otra cosa que el nombre más cómodo que puedo dar al vacío que llevo dentro. Una pequeña malformación genética, una tara, ya un vicio. Una ilusión óptica por la que me da por pedir todo a los otros, mientras que en realidad no pido nunca nada, si pedir es también, inevitablemente, dar. Tiempo, espacio. Confianza. Posibilidad.

Responde:

—Hace cuatro años que el programa es siempre el mismo y, si yo empiezo a cansarme, pronto empezarán a cansarse también los espectadores. Buscaremos juntos una nueva presentadora, quizá más joven, más entusiasta… ¿Qué piensa de Maddalena, de redacción? Tiene garra y personalidad. Yo la ayudaré, podría hacer de guionista.

—¿Pero por qué ahora? —insiste el director.

Porque Pietro tiene un olor que me gusta muchísimo.

Porque en el techo de aquella habitación, ayer, vi pasar una sombra, y quizá era precisamente la sombra de aquella cosa, indecible sobre todo cuando la dices. Y yo qué sé por qué ahora, director. He dicho a Pietro que me trasladaría a Milán y que dejaría el programa, así, para engañar al silencio que aumenta cuando las ganas, después de haberse hecho con todo, disminuyen. Podía ser simplemente una mentira, una de tantas que el sexo dice por boca nuestra cuando nos atrapa y nos lleva, cuando nos llena y nos vacía. Pero después, en el tren de Milán a Roma, se le había aparecido su vida de los últimos años. Su vida, sí. Dividida en dos columnas: vida profesional y vida privada. La columna de la vida profesional, floreciente de aventuras y satisfacciones. La de la vida privada estaba seca. Languidecía en los falsos movimientos, en los infinitos palos de ciego que habían dado al final de su matrimonio. De esta forma, la mentira que había dicho a Pietro se le había antojado, de improviso, una idea.

Una bonita idea, y ya lista por aquel improbable documental inventado en el momento sobre las tres familias obligadas a vivir en el mismo descansillo. Una excusa perfecta para no parecerle una loca, para no agobiarlo con mi presencia, pero al mismo tiempo para mudarme a su ciudad. ¿Para hacer qué?

Para dedicarme a la vida de la otra columna.

Es decir, para vivir, y punto.

Para ver si me enamoro.

Para comprender si quizá ya estoy enamorada.

Para permitir a un momento convertirse en un periodo.

Porque me gusta su olor, por la sombra. Porque él es el director de un instituto, es el padre de una niña, no puede moverse, evidentemente, de Milán. Yo sí, yo puedo. Yo soy libre. Maldita sea, si soy libre. Tan libre que ya no sé qué hacer con ella, con toda esta libertad. Y, por tanto, quizá haya llegado el momento de hacer algo. Por ejemplo, dejar de dar vueltas por el mundo y por hogares que, últimamente, me recuerdan que el mío no existe, que es una parada entre un viaje y otro, es una alfombra voladora. Pietro no, Pietro no puede. Yo sí, yo puedo. Puedo y quiero ir al encuentro de lo que está sucediendo, puedo y quiero darle la oportunidad de que me muestre lo que es. En lugar de cruzarme con este

hombre de vez en cuando y por casualidad en un hotel anónimo, para que siga anónimo también lo que hay entre nosotros, ahora también alquilo mi casa de Roma. Y después me busco un estudio en Milán. Hasta final de año, el tiempo justo para que el tiempo, ese adolescente insolente y consentido que es el tiempo, esté obligado a darme una respuesta, en lugar de ir arrastrando los pies, perezoso y distraído, y confundir entre sus pliegues también este encuentro, arrastrarlo durante años y deformarlo, robarle la inspiración, la aspiración, reducirlo al enésimo conato de existencia.

Así quizá quedará claro si el problema es el amor, que es solo el sueño de un borracho, o soy yo la que ahora a la altura de la barriga, bajo las costillas, estoy rota.

¿Por qué ahora? ¿Por qué precisamente ahora, director? Porque existe un arca, entre la Vida Imaginada y Aquella Vida Real, donde antes o después todos podremos volver a encontrarnos. Y donde nos sentimos extraños y perdidos. Por tanto, sería justo que todos, y más aún a partir de determinada edad, tuviéramos al menos un bono extra para jugárnosla cuando, en la infinidad de personas con las que nos vamos a encontrar para después volver a nosotros mismos aún más extraños y aún más perdidos, nos parece reconocer una.

Es la primera vez que sucede desde que estábamos seguros de que no podría volver a suceder: es un evento tan extraordinario que merecería nuestra total atención. Pero en ese momento, el mundo debería ayudarnos, debería darnos la baja. Nos pedimos la baja porque nuestros cuerpos enferman o se embarazan. Porque las cabezas enloquecen. Pero ¿y los corazones? Por esos músculos involuntarios, rojos bufones, no se coge ninguna baja especial.

Problemas familiares, gripe, luto; en los justificantes para saltarse un día de clase, en los carteles colgados en los cierres echados nunca aparece escrito «ENAMORAMIENTO». Profesor, se me mueve una bolita en la barriga, profesora, he conocido a Mario, he conocido a Maria y me ha parecido el primer Mario, la primera Maria: ayer no pude estudiar latín. Disculpe, pero hoy la farmacia estará cerrada, hoy no abro el restaurante: es que he conocido a Mario, he conocido a Maria.

Quería que lo acompañase a la playa y después a bailar, ¿entiende? Y yo, claro está, no podía decir que no.

Así es como debería ser, así es como todos deberíamos ser educados, todos tendríamos que estar autorizados a hacerlo, desde niños. Y no para ir detrás de todas las emociones que se cruzan en nuestro camino. Sino porque parando una, podríamos ocuparnos solo de ella, podríamos tomárnosla en serio como se nos pide que hagamos primero con el colegio, después con el trabajo, e impediríamos que las demás emociones nos asaltasen, que armasen alboroto, que nos destinasen al Arca sin Noé y a una eterna tempestad.

Mamá, hoy no voy a natación porque me voy a quedar en la cama pensando en ese niño que tartamudea; papá, hoy no voy al colegio porque quiero dibujar a esa niña de la trenza larga que se sienta en el pupitre delante del mío.

Es así como deberíamos crecer, para ser un poco más hábiles y no perder a quien, en medio de la homogeneidad, marca la diferencia.

Reconocer su valor cuando todavía está y no cuando ya se ha alejado, para siempre lejísimos, como me pasó con Lorenzo, como le pasó a Lorenzo conmigo, y quizá a Pietro con Betti, a Betti con Pietro, como nos pasa a todos.

Director, escuche, he perdido mi gran ocasión, aquella que en el fondo estoy segura que era única para mí, y sin embargo ahora he conocido a Pietro y, por primera vez desde la separación, me entra curiosidad por saber la cara que tiene un hombre cuando se despierta por la mañana. En qué posición duerme. Si prefiere los gatos o los perros. ¿Me concede esos meses? No solo no me los concedería. Se indignaría y no me dejaría siquiera colaborar en el programa como guionista. Así pues, entienda que estos meses me los tengo que coger por mi cuenta. Tengo que ser yo la que renuncie a algo, si este algo está entre el todo y la nada, ahora.

—Porque de vez en cuando está bien cambiar, director. A lo mejor equivocarse. En cualquier caso, tirar para adelante.

Y después, después hay que hacer esa llamada de teléfono.

—¿Diga?

—Soy yo.

—Lilo.

—Stitch.

—¿Va todo bien?

—Sí. Pero tendré que mudarme a Milán, durante un tiempo.

—¿A Milán?

—Dejo el programa.

—Ya era hora, Lilo. ¿Al final te has convencido también tú de hacer tu erasmus en el País de la Nada?

—No exactamente. Voy a rodar un documental sobre tres familias: una católica, una budista y una musulmana. Ya te lo explicaré. Pero en los próximos meses tendrás que quedarte con Efexor en el campo.

—…

—¿Stitch?

—Sí.

—¿Qué pasa, algún problema?

—Qué va, cómo va a ser un problema Efexor. Para mí nada es un problema, ya lo sabes.

—… Como nada es un remedio.

—Exacto.

—Y entonces, ¿a qué viene esta voz?

—¿Qué voz?

—Esta.

—Porque también tu voz es diferente. Es eléctrica, como siempre que, por alguna gilipollez que se te ha metido en la cabeza, te parece que la vida puede tener un significado. Y me pregunto simplemente en qué nueva ilusión estás metiendo el morro, Lilo.

—No lo sé, Stitch. No lo sé. Lo entenderé cuando esté allí.

—En Milán.

—Sí.

—Esta tarde paso por Roma. Hay una exposición sobre el Barroco, que será la típica horterada, pero me apetece ver el *Atalanta e Hipómenes* de Guido Reni. ¿Vamos juntos y después te vienes conmigo aquí al campo, así hablamos un poco?

—Pero si tú y yo nunca conseguimos hablar en serio de aquello que ocurre en serio. Este ha sido el problema entre nosotros.

—Yo creo que ha sido y sigue siendo nuestra suerte. Sabes

que, vayas donde vayas, a Milán a rodar un documental o al vientre de la ballena con Pinocho, siempre tendrás un lugar al que volver.

—Un lugar que, sin embargo, es tu casa. Ya no es mi hogar, ya no es nuestro hogar.

—¿Y eso no sirve de consuelo? Este ni siquiera es mi hogar. El hogar es algo perverso, decía Bruce Chatwin.

—Está bien, nos vemos luego, Stitch.

—¿Italiana?

—Sí. ¿Tú también?

—*Français*. De Metz.

—Pero hablas italiano.

—Italiano de playa. Estuve con una italiana. *Une petite, folle romance.*

—¿En serio?

—*Oui.*

—¿Primera vez en Santa Cruz?

—*J'habite ici.* —Señala con la barbilla la barriga de una mujer embarazada, que parece una Barbie talludita, que charla y ríe junto a un grupo de surfistas en la orilla—. Soy André. ¿Tú?

—Valentina.

—¿Te gusta Santa Cruz, Valentina?

—Es fantástico. He venido con un viaje organizado. Hemos hecho el *Coast to Coast*.

—¿Has *disfrute*?

—Mucho. Me ha encantado Nueva York: es una ciudad enorme, pero no me ha hecho sentir sola porque…

—*Je n'ai jamais été là*. Siempre en Santa Cruz, exclusivamente *pour le surf, avant de…* —Vuelve a señalar la barrigota de la Barbie talludita.

—¿Cómo es que habéis decidido mudaros aquí, tu mujer y tú?

—¡No, no! No es *la mía* mujer: conocí a Rosemary aquí… *Tout de suite*. La mejor súper surfista que jamás había visto en Santa Cruz. Yo la miraba, solo podía pensar en lo que me gustaría besarla… *et voilà*.

—Qué maravilla.

—*Oui, merveilleux: tant que ça dure…*

—¿No crees en el amor, André?

—*L'amour, l'amour…* Quizá yo creía. Después: ¡choc! Mi

amor italiano… *Une femme totalement dangereuse*. ¡Loca!

Se da unos golpecitos con un dedo en la sien.

—Madre mía.

—No *guapisma*, *une petite chose*, como se suele decir… Delgada, fibrosa. Pero para mí: ¡tsunami! Nunca había pensado: «*c'est toi*, te encontré, *quiero hacer boda*, infante, todo; y para empezar, *ven juntos* a mi casa, a Metz, yo te presento a la *famille*…».

—Qué tierno.

—¿Tierno? Estábamos yendo en coche y ella… Ella *vomir*. *Vomir*, ¿entiendes? —Se pone una mano en la frente e imita el gesto. Valentina hace gesto de que sí, que ha entendido.

—¿Y después?

—Después, puf. Fin.

—Qué historia más fea.

—*Horrible*.

—Pero ahora está Rosemary.

—Ahora está Rosemary. *Oui*. Toda una complicación… Trabajo *del* cocinero en el restaurante de su papá, he alquilado mi tienda en Metz… Pero después *qui sait*. ¿Tú tienes *los* hijos?

—No.

—Tú eres guapa.

Tú también eres guapo, querría susurrar ella. Tú también. Y me encantan tus hombros, como a ti te encantan mis tetas, no digas que no. No les quitas los ojos de encima —ojos transparentes, ultraterrenos— desde que te has sentado a mi lado, en la playa. Pero no me acostaré contigo. No. No me acostaré. Porque quieres darme a entender que la tal Rosemary no es en absoluto la mujer de tu vida, pero esta noche volverás junto a ella y al niño que está por llegar, mientras que yo me volveré sola a mi hotel junto a Max. Eso, sola. Y sobre todo no me acostaré contigo porque este viaje con Avventure nel Mondo es una búsqueda de la nueva Valentina. Una Valentina que, para empezar, dejará de fijarse en esos que solo son buenos para seguir a una loca y convencerse de que con ella, finalmente, podrán sentar la cabeza y cambiar. Los que son así no sientan la cabeza, los que son así no cambian. Y cuando encuentran una mujer madura que no vomita en la autopista, sino que está lista para

construir realmente algo, una como Rosemary, una como yo, o se casan con ella y la traicionan, o si no la usan para traicionar a aquella con la que se han casado. Para esos, el amor es como mi novio Max: no existe.

—Gracias.

André sonríe, le quita el móvil de las manos, teclea algo y se lo devuelve.

—Esta es la dirección de Poet and Patriot, un *pub* que está cerca del restaurante. Espérame ahí y cuando termine te invito a una Bud, ¿vale?

No. No y no. La nueva Valentina sabe que tiene que responder que no.

Pero…

—Sí. Vale —responde. «Total, después no me presentaré», se dice. «O, si me presento, estaré a mi bola. O si lo beso, no me acostaré con él, en cualquier caso. Si nos acostamos, a lo mejor él sentirá algo por primera vez, después del rollo con aquella italiana. Una bolita bajo las costillas. Una pequeña ola anómala, dentro, que lo convencerá de que tiene que cambiar. Y de que tiene que quedarse conmigo».

Aquel hombre que corre porque cree que está huyendo, y que en realidad está buscando, se llama Roberto y es un científico, se llama Luca, hizo una promesa, se llama André y espera un hijo.

Nace hoy, todavía no tiene nombre.

Aquella mujer que corre porque cree que está buscando, y que en realidad está huyendo, se llama Valentina y está de viaje con Avventure nel Mondo, se llama Rosemary, y su hermana se llama Kate, es psicóloga y se llama Mina.

Nació en la noche de los tiempos y se llamaba Atalanta: pero su padre deseaba con todo su ser un heredero hombre y, ofendido con el destino, la abandonó en el monte Pelio, hasta que un día unos cazadores tropezaron con la pequeña y decidieron criarla como a una hija. O, mejor dicho, como a un hijo. Con solo cinco años, Atalanta mató con su arco dos centauros y, ya jovencita, participó en la batida para capturar al terrible jabalí de Calidón. Fue la primera que lo hirió, y el eco de la hazaña llegó hasta su padre que, conmovido y estupefacto, terminó por reconocerla. Pero mujer era y mujer seguía siendo, así que la única preocupación, por el momento, era encontrarle un marido. Sin embargo, la oscura predicción de un oráculo pendía sobre Atalanta: una vez casada, perdería la velocidad en la carrera y la habilidad en la caza. Así pues, fingiendo acceder a los deseos de su padre, pero con la intención de protegerse a sí misma, Atalanta prometió casarse solo con aquel que la venciera en una carrera. Y por el contrario, mataría a todo pretendiente derrotado. Le había llevado una vida ser libre y fuerte como el hombre que su padre había deseado, por lo que no sería un hombre nacido hombre el que aprisionara su fuerza y la privara de su libertad.

Pasaban los años y Atalanta corría, corría. Ningún cortejador conseguía ganarle y, persiguiendo el amor, todos

acababan al encuentro de la muerte.

Pero el joven Hipómenes, de bellos ojos y ánimo profundo, observaba desde lejos, loco por aquella chica inalcanzable, hasta que pidió ayuda a Afrodita. La diosa, conquistada por tanta pasión, le regaló tres manzanas de oro y le aconsejó que las dejara caer durante la competición.

De esta forma, Atalanta empezó a correr, e Hipómenes con ella. O, mejor dicho, detrás de ella: hasta que dejó caer una manzana. Atalanta se paró, embelesada, a mirar cómo brillaba. Dejó caer la segunda manzana. Atalanta volvió a pararse. Cayó la tercera, Hipómenes ganó la competición y Atalanta se enamoró de él, perdidamente y para siempre. Su matrimonio fue tan feliz que hizo enfurecer a la misma divinidad que los había ayudado cuando las cosas iban mal, pero esa es otra historia.

Lo que nos interesa, ahora, es que puede pasar: puede llegar alguien y lanzarte a los pies tres manzanas de oro.

Vete tú a saber si son las manzanas las que te encantan, o si eres tú que ya no puedes correr más.

La cuestión es que te paras.

Como se ha parado una mujer que se llama Lidia.

Ha pasado ya un mes desde que, el mismo día que habló con el director, puso en alquiler su casa de Roma en Airbnb, hasta diciembre; y hasta diciembre pilló un estudio pequeño pero luminoso, cerca de la estación Central.

En Milán, donde ahora se despierta cada mañana.

Se despierta, ¿y qué hace?

Nada, todo: espera a Pietro.

Se levanta a las siete, prepara la escaleta de un guion para Maddalena, el nuevo rostro de *Todas las familias felices,* una chica de veinticinco años con los ojos violetas y el chiste siempre listo, que ha trabajado siempre en la redacción del programa y que todavía no se puede creer que lo esté presentando.

Lidia le manda el guion, lo comentan por Skype, estudian juntas las fichas de los miembros de la familia protagonista del programa para decidir el orden de las entrevistas.

Y a mediodía Lidia apaga el ordenador, hasta la mañana siguiente.

Precisamente ella, que no puede pasar una hora sin conectarse, sin enviar un mensaje o escribir un correo a un animal del Arca, sin controlar la página Facebook del programa y responder a los fanes, uno a uno, personalmente.

Ella, que no puede estar sin su trabajo.

Ella, que se deja la piel con tal de engañar la insensatez del mundo.

Ella, que primero hace algo, y después lo piensa.

Ella, que prefiere ser libre a feliz.

¿Dónde están esas Lidias?, piensa la Lidia que desde hace un mes recorre de arriba abajo las calles de Milán.

Se para delante del escaparate de un herbolario en Porta Venezia y estudia a la chica que está en caja: tiene dos tetas realmente descomunales.

Lleva las sábanas a una lavandería autoservicio y se queda obnubilada mirando las vueltas de la lavadora.

Entra en una tienda y estudia qué vestido podría ponerse para salir una noche sin bragas, porque, quién sabe, si se arma de valor le gustaría darle a Pietro esa sorpresa.

Se sienta en un restaurante y pide un carpacho de atún, un vaso de vino blanco. Ella, que para almorzar siempre hacía que comía, con un yogur o un *cappuccino*, corriendo más rápido que Atalanta y siempre sin dirección.

Termina de comer y vuelve a pasear.

Arriba y abajo por corso Buenos Aires.

Por los callejones de Brera[2].

Piensa en cosas como: aire. Aire incondicionado. Y sonríe.

O también: quién sabe cómo seríamos los seres humanos si, en lugar de dientes, tuviéramos pelos, y en lugar de pelos, tuviéramos dientes.

O también: *Planet Earth is blue and there's nothing I can do*, canta para sí misma.

Y piensa en Pietro, sobre todo piensa en Pietro. Se pregunta por qué, cada vez que terminan de hacer el amor, él saca a relucir un recuerdo lejano. «Qué bonito era, en verano, ir a casa de mis abuelos, en Favignana. Desde Palermo, donde me crié, se tardará una hora, poco más, y aun así a mí me parecía un viaje increíble», le dijo ayer, entrelazado a ella y todavía desnudo, en lugar de decirle: «Ha sido bonito, ha sido increíble». O también, la primera noche que pasaron juntos:

«Cuando nos mudamos a Milán, mi madre me llevó el primer día a las agujas del Duomo para que, asomándome, me hiciese una idea de la ciudad: todo era tan nuevo y extraño», le susurró al oído. En lugar de susurrarle eres tan nueva, eres tan extraña.

Para acceder a una emoción, evidentemente, necesita ir a pescar otra, pero que se encuentre a una distancia de seguridad, piensa Lidia.

Después piensa en Lorenzo, a saber lo que está haciendo, a saber en lo que está pensando, piensa.

Piensa en los pezotes, extraños animales de Costa Rica, piensa en Pietro, piensa en una familia de coleccionistas de moscas que conoció en Suecia.

Piensa en Lorenzo, piensa en Pietro, piensa en Lorenzo, piensa en Pietro.

Piensa en Pietro.

Piensa en Tony, en Pietro, en Greta, en Pietro, en Elisa, en Pietro, en Michele y en Pietro: desde que llegó a Milán no habla mucho con los demás animales del Arca, ni siquiera a ellos les ha dicho la verdad sobre su traslado, hasta a ellos les ha contado la bola del documental sobre las tres familias, y eso que los tiene tan presentes, continuamente tan presentes.

Incluso si al pensar en ellos se entrecruza siempre el pensamiento de Pietro.

Y precisamente porque se entrecruza, le permite nuevos puntos de vista.

Cree intuir mejor cuáles son los motivos que mantienen en el Arca a cada uno de ellos, cuáles las lisonjas de la Vida Imaginada, cuáles las promesas de Aquella Vida Verdadera.

Y los quiere aún más, desde hace un mes.

Desde que el tiempo, ese perrito faldero y fiel que es el tiempo, la ha perdonado y la deja en paz.

Parecía un viejo demente.

Un niño descarado.

Un adolescente insolente y consentido.

Y de pronto es suyo, la sigue con sus cuatro patitas y mueve el rabo como diciéndole ¿y ahora? ¿Qué hacemos, ahora?

Ahora compro una planta crasa y le digo al florista que me explique cómo debo regarla.

Ahora leo este libro.

Ahora escucho esta canción.

Ahora voy a un multisala y de tres a cinco veo una película, de cinco y media a siete otra película.

Ahora estoy a disposición de aquello que me está sucediendo.

Así que vuelvo a casa y la desordeno un poco, antes de que Pietro llame al telefonillo.

Porque Pietro llama al telefonillo casi todos los días.

Directamente, después del colegio, para decir hola, o por las tardes, mientras Marianna está en patinaje, y el jueves algunas veces llega por la noche, porque la niñera puede quedarse a dormir.

Pietro llama al telefonillo casi cada día y encuentra el estudio manga por hombro, colillas rebosando del cenicero, platos que Lidia nunca ha usado flotando en el fregadero, para que ella pueda resoplar: «¡Los dos guionistas que trabajan conmigo en el documental hoy estaban muertos de hambre!». O: «La familia de Nueva Delhi me está volviendo loca, pretenden que su abogado esté en la grabación y en el montaje».

Para que la Vida Verdadera sea también un poco Imaginada y le dé menos miedo.

Para que a él no le entre la más mínima duda de que ella se ha mudado a Milán porque debía.

Y no porque quería.

No para estar a disposición de lo que le está pasando.

Que les está pasando a los dos, mientras un momento se convierte en un periodo: pero un periodo con forma de momento.

«Hasta de niño soñaba con ser arqueólogo, para que al menos un pedazo de mundo, un simple jarro desconchado, llevara un día mi nombre. Iba por buen camino, pero… Digamos que el ambiente universitario empezaba a cansarme. Y dejé la investigación. Por eso, hoy, como mucho, mi nombre lo porta una circular».

«Me cansa una barbaridad no cansarme nunca».

Prefieren hablar de otra cosa, mejor que de lo que sucede.

«¿Me pasas el aceite?».

«Me he despertado con dolor de cabeza y no se me va».

Porque solo hablando de otra cosa sucede.

Sucede que entre todas las personas que corren y se acaloran y hablan por los codos en el metro y te obligan a tomar conciencia de la absoluta falta de sentido —suya y, por tanto, también tuya— una te convence de que, sin embargo, sí que tienes sentido.

Sucede que entre todas las personas sin sentido, te parece que una sí lo tiene.

Pero debes darle tiempo, debes darte tiempo.

Debes coger el tiempo y pedirle ahora basta, quédate tranquilito aquí, no te muevas, sentado, túmbate, eso es: toma, hay tres manzanas de oro, míralas, juega con ellas, déjame tranquila, chist.

—Déjame tranquila, papá, por favor. ¿No ves que la lluvia centellea?

Resopla Marianna. No le apetece para nada apartar la nariz de la ventana de su habitación e irse a dormir.

Pietro se le acerca y mira con ella cómo estalla el temporal:

—Es verdad, Colibrí. La lluvia centellea.

Se pegan juntos a la ventana, hasta que Marianna no se mueve y se mete en la cama. Siempre es así, reflexiona Pietro: si le ordenas que haga algo, no hay manera de conseguir convencerla; pero si es ella sola, lo hace.

—¿Jugamos un poco a «Si fuera…»? —le pregunta bajo el edredón nórdico, de donde solo sobresalen el seto de rizos y las orejas de un conejo de peluche con el cual se empeña en dormir. Pietro se tumba a su lado.

—Venga, Colibrí, empieza tú. Piensa en alguien.

—Lo tengo. Es una mujer.

—Si fuera… ¿Si fuera un color?

—Mmm. Sería el azul. Claro.

—¿Si fuera un animal?

—¡Una foca!

—¿Si fuera un personaje de un cómic?

—Sería Ranma. ¿Sabes quién te digo? Ese que es chico, pero también chica.

—¡Demasiado sencillo!

—Venga, ¿quién es?

—Es la madre de tu amiga de patinaje, esa con bigote.

—Has ganado. —Marianna aprieta contra sí el conejo y le

da la espalda.

—¿Apago la luz, Colibrí?

—Sí, pero tú no te vayas.

—Claro que no.

Desde que Betti se trasladó a la hospedería de la parroquia, cogieron esta costumbre. Marianna se mete en la cama y él se queda ahí, en silencio, hasta que nota que su respiración se hace más lenta, y entonces se levanta, despacísimo, para no despertarla.

Tiene el sueño tan ligero que también por esto la rebautizó Colibrí. Porque siempre ha sido más baja que las de su edad, más pequeña y presa de un perenne estado de nerviosismo. Empieza a estudiar, se distrae, abre el frigorífico, coge un zumo, no lo bebe, se sienta, se levanta, baja al patio a patinar, pregunta, pregunta.

—¿Mañana se decide si viviré contigo o con mamá? —le ha preguntado en la cena.

Y Pietro le ha explicado que sí, que mañana será la última audiencia, pero que no, que no se decidirá nada porque ya se ha decidido todo: él y mamá ya no se pelean más, y ella simplemente tendrá dos casas.

—Esta, donde estarás conmigo de lunes a viernes; y aquella, donde se ha mudado mamá con las señoras simpáticas que conoció.

—¿Y cuándo podré conocer también a los hijos de esas señoras?

—No creo que esas señoras tengan hijos.

—A lo mejor alguna sí.

—No creo.

Con Marianna hay que estar muy atentos, y él lo sabe: tiene una memoria portentosa, y las mentirijillas que se dicen para ayudar a los otros a soportar mejor la realidad, con ella nunca han funcionado, ni siquiera cuando iba a la guardería. El primer día con Betti y sus hermanas de hábito, si esta tarde él le hubiera hecho creer que encontraría otros chicos, no habría soportado descubrir que no era así. Y aunque no hubiera habido forma de hacérselo reconocer, aquella desilusión, al menos durante dos días, no le habría dejado espacio para nada más.

Lidia se parece en esto a Marianna, se sorprende Pietro

pensando cuando enciende el televisor, en el salón, pero mientras sigue mirando la lluvia desde la ventana.

También ella parece agotarse completamente con las emociones que vive.

Ayer, mientras hacían el amor, por ejemplo: él empezó a besarle la barriga, despacio, y ella cerró los ojos. Los mantuvo cerrados todo el tiempo, como si quisiera abandonar toda posibilidad de resistencia para entregarse por entero a los besos de Pietro, a sus manos.

Pero a diferencia de Marianna, Lidia está deseando confesarle lo que siente. Como hace unas tardes, mientras hablaba de su matrimonio. Con cuánto ímpetu, con cuánta sinceridad le dijo: «¿Ves? Antes de encontrar a Lorenzo, yo solo sabía seducir. Me lanzaba a por los demás para ensordecer el vacío que sentía en mi interior, gracias al subidón de la conquista. Con Lorenzo, sin embargo, fue diferente: en el subidón de aquel lanzamiento se anuló el vacío. Porque a Lorenzo yo lo quise de verdad. El problema, quizá, es que siempre le he pedido demasiado al amor. ¿Entiendes?».

«No. Yo al amor le he pedido solo y únicamente que me permitiese estar tranquilo», admitió él.

Y en ese preciso instante, lo descubrió.

Descubrió que mucho antes de conocer a Betti, incluso antes de que su padre le gastara aquella broma de pésimo gusto, quizá desde que su madre enfermó y él intuyó que la vida, toda, es una broma de pésimo gusto, solo había pedido a los demás que se lo tomaran con calma.

Que no molestaran.

Por este motivo, en definitiva, también el abandono de Celeste, a la larga, le había parecido un alivio.

Y ahora, ¿qué hace? ¿Piensa en Celeste? No debería pensar en Celeste: esta es la regla.

Pero mientras la lluvia cae y repiquetea y centellea y Marianna duerme en su habitación, Pietro en ese sofá no solo piensa en Celeste.

En ese sofá, a pocas horas de que termine el juicio, Pietro descubre que, después de la tragedia que la había traumatizado de niña, Betti buscaba precisamente esto en él: la posibilidad de no molestar a nadie. Y precisamente esto,

hoy, es lo que no le perdona.

No le perdona haber secundado su renuncia a existir, y ahora pide a Dios que anule el vacío que siente dentro, como diría Lidia, y que él nunca se molestó en escuchar.

No le perdona haber evitado el subidón de la conquista.

No haberse nunca apasionado con ella.

Porque lo importante era no hacerse daño.

Sobre todo después de la historia con Celeste.

Lo importante era mantenerse quietecito en su sitio.

Jugar con ventaja con los caprichos de la vida.

Que, sin embargo, es realmente incorregible, si ahora va y trae a esta mujer extraña, esta mujer nueva en Milán, que viene a rodar un documental.

Y si esta mujer tiene una piel que le gusta tanto.

Si lo anima a hacer cosas que en cuarenta y cinco años no había hecho nunca.

Pensar dónde se equivocó, ante un temporal.

Tocarla y tener la impresión de aprender a tocar cada día mejor un instrumento precioso.

Salir del colegio e ir a su encuentro, aunque solo sea para pasar juntos media hora.

Contarle que, una tarde, Marianna se encerró en su habitación para hacer los deberes, y que se puso a llorar despacio, y después más fuerte, cada vez más fuerte, como si quisiera llamar su atención, y claro que la llamó, entonces él agarró el picaporte, pero después se quedó delante de aquella puerta, inmóvil y gilipollas, buscando el valor para entrar.

Admitir que no lo encontró.

En resumen, volver a sentirse arqueólogo, de nuevo y por fin, pero en busca de aquello que él mismo enterró.

Sentir que algo se mueve, bajo las costillas, a la altura de la barriga: algo que no reconoce y que, a saber por qué, le hace pensar en la mermelada de limón que preparaba su abuela o en la primera vez que se emborrachó en una fiesta, en fragmentos así, fragmentos perfectos, lejanos.

Algo que no le deja quedarse quieto en su sitio, mientras ella fibrila y se agita y después cierra los ojos y se abandona.

Algo que, más bien.

Le da como ganas de correr.

[2] Barrio de Brera: barrio bohemio de Milán.

Pero ¿por qué ahora?

Porque ahora llega, ahora hace todo solo: es verdad.

Pero apunta a tu parte más expuesta.

Aquella donde siempre hacía frío, hasta que por primera vez se acercó una mano caliente.

Aquella donde, desde que la mano caliente se apartó, hace todavía más frío que antes.

Aquella donde desde hace un año, dos, tres, todo está helado, muerto, atontado hasta más no poder.

Nada puede alcanzarte y, si alguno lo intenta, su tentativa no te parece un regalo, sino un atentado: y lo gruñes y lo muerdes.

Mientras aquel viejo niño de catorce años continúa a dispensar días.

Largos, vacíos: todos iguales.

Cortos, llenos: todos iguales.

No tienen sentido y te parecen enemigos.

No pretenden tener sentido y son tus cómplices.

Es gracias a ellos que el hielo comienza a derretirse, por dentro.

Es por su culpa que una mano puede aventurarse otra vez hasta allí.

¿Quiere hacerte una caricia?

Sí.

¿Te parece, acaso, que quiera darte una bofetada?

Sí.

El hecho es que permites que esa mano entre.

No te das cuenta, pero se lo permites.

Y permites a aquel adolescente tan inmaduro de cien años que se vaya a dar una vuelta.

Pero ni siquiera de esto te das cuenta, ni siquiera esto sabes.

Son otras las cosas que, en este punto, sabes.

Debe de ser él, piensa Mina cuando lo ve colocando los libros de las cajas en la mesa de novedades. ¿Luca? Le parece que se llama así.

Le había hablado de él una de sus pacientes, una mujer rendida a las pasiones fuertes y aterrorizada por la realidad, pero con la cual Mina cree haber hecho un recorrido interesante. «Además de su matrimonio, usted está abandonando la Vida Imaginada, es por eso que sufre tanto», le repetía siempre a aquella paciente. Que en determinado momento, se había convencido de que se había enamorado de un hombre que se había quedado viudo a los pocos meses de casarse, que a su vez seguía enamorado de su mujer y vinculado a ella bajo la promesa de no volver a tocar nunca más a otra mujer.

«Su apasionamiento es solo un movimiento aparente fuera de la Vida Imaginada. No está enamorada de este hombre, sino del desafío imposible que representa».

Pero la paciente se había lanzado igualmente a declararse: para ser rechazada, como es natural.

—¿Puedo ayudarle?

Es justo él quien interrumpe los pensamientos de Mina.

—Gracias. Buscaba *Las manos del dios vivo*, de Marion Milner[3]. No consigo encontrarlo, es como si se lo hubiera tragado mi casa.

—Sucede —dice él. Sonríe, pero no con los ojos.

¿Y Mina? Y Mina siente que se mueve algo, a la altura de la barriga. Bajo las costillas. Algo que no debería sentir, algo que no debería moverse. Una bolita. Ya. De vez en cuando le pasa que encuentra hombres intrigantes, en los congresos o incluso en los chats, pero este no es solo intrigante. Es… Este hombre es emocionante. Así es como es. Sí. ¿Sí? Dios mío, no. No, no. ¡No! Incluso si… Incluso si, admitámoslo, yo tengo

recursos que a mi paciente no le hubiera importado tener, y seguramente podría conseguir… No. No y no. Se repite. Mientras la bolita continúa moviéndose. Y ella no sabe cómo pararla.

Sigue a Luca hasta la sección de Psicología. Querría poder pensar algo, lo que fuera. No puede. En lugar de pensar, pregunta:

—Y *Escritos sobre la pérdida*, de Freud, ¿lo tenéis? Tampoco encuentro ese. —Él mira detenidamente en las estanterías, le da la espalda. Pero en esa espalda ella advierte un escalofrío. Entonces insiste—. Un libro fundamental… ¿Lo ha leído?

Luca se da la vuelta, ha encontrado a Milner o a Freud.

—Sí. Lo he leído —responde. Con una voz diferente a la que había tenido hasta ahora. Una voz que debería alejar, pero que, sin embargo, la acerca. Y desencadena la bolita en la barriga.

—¿He dicho algo que le haya turbado?

—No.

—¿Seguro? Soy psicoanalista, no querría ser invasiva. Es solo que determinadas cosas las intuyo.

—Perdí a mi mujer hace seis años. Nos acabábamos de casar. —Su voz ahora está rota. Pero ya no aleja.

—Lo siento. De verdad. Aunque bueno, seis años…

—Son muchos, lo sé… Y desde hace poco me doy cuenta de que vuelvo a mirar a mi alrededor, ¿sabe?… Vuelvo a mirar a las mujeres como mujeres. Sin embargo…

—¿Sin embargo?

—Sin embargo solo veo claramente sus defectos.

—¿Su mujer no tenía defectos? —Mina se lanza. No piensa, se lanza.

—No sabría decirle. Antes de casarnos habíamos estado juntos solo un año, todavía estábamos tan alucinados por habernos encontrado… O quizá los haya olvidado, quién sabe. La cuestión es que los defectos de Federica han desaparecido.

—Mmm.

Luca se rasca la cabeza, agacha la mirada. Sus ojos son tan negros, tan tristes. Se parecen a los de un gorila herido. Finalmente, Mina consigue formular un pensamiento.

—Doctora, disculpe si aprovecho, pero ya que estamos…

No entiendo cómo esta conversación ha podido llegar a este punto, pero ya que estamos, y…

—Dígame. O mejor dicho: dime. Podemos tutearnos, ¿no? Yo me llamo Mina. Y tú debes de ser seguramente un Aries.

—Soy Sagitario. El caso es que…

—¿Sagitario? Todo cuadra, porque según Jung, que tenía en gran consideración la Astrología…

—… el caso, doctora, es que cuando pedí a Federica que se casara conmigo, le prometí que nunca en mi vida tocaría a otra mujer. Hasta hace poco tiempo no me ha costado nada mantener la promesa, pero en los últimos tiempos noto que algo cede dentro de mí, y no entiendo si está bien o mal, porque…

—Escucha: tengo una Polaroid original de Francesca Woodman que estoy segura de que te reconfortaría enormemente. ¿Por qué no te pasas por mi casa esta noche, sobre las nueve?

—No sabía que ustedes, los psicoanalistas, trabajaran hasta tan tarde.

—…

—En cualquier caso, tiene razón. Mis amigos siguen insistiendo en que tendría que pedir ayuda a alguien que no sea y que no pueda convertirse en íntimo, que no tenga un vínculo personal con mi situación… Siempre me he negado, pero ahora nos hemos puesto a hablar y, honestamente, he descubierto que todavía tendría que echar fuera un montón de cosas…

—Alguien que no sea y que no pueda convertirse en íntimo suyo. Eso es.

La bolita. La bolita se detiene. Se bloquea ahí, donde hasta aquel momento se movía. En la barriga. Y se convierte en una pequeña piedra. En un cálculo renal.

—Pues entonces, si esta noche a las nueve usted está de verdad disponible, lo intentaría. ¿Qué tal si probamos una sesión y vemos cómo va?

—Claro que sí. —Mina le pasa su tarjeta de visita—. Si a usted le va bien, yo preferiría que para esta sesión nos viéramos mañana a mediodía.

Y la voz que corre el peligro de romperse es la suya.

[3] Marion Milner: psicoanalista británica. El libro al que se hace referencia, *The Hands of the Living God*, no está editado en España.

A estas alturas, los dos saben que la vida une y que la vida separa.

El hoy y el mañana, las casas y las cosas, los amigos y los amigos, los padres y los hijos, tú y ella, él y tú.

Los corazones, sobre todos los corazones: músculos involuntarios, moluscos rojos, invertebrados bufones.

Los dos saben que, si tienes el corazón partido, intentas serrárselo también a los desgraciados con los que te encuentras. Y ni siquiera te das cuentas.

Ellos querrían reconstruir el tuyo, tú sierras el suyo: los dos lo saben.

Los dos saben que hacer daño a quien no tiene nada que ver hace daño.

Y los dos se han visto obligados a absolverse por haberlo hecho —a un francés que conoció en Santa Cruz, a una herborista con las tetas descomunales, a un estudiante que había llegado solo cinco minutos tarde al colegio, a un cámara que había llegado solo cinco minutos tarde al plató.

Porque a estas alturas los dos se han dado cuenta de que los otros no son realmente los otros, en ese momento no son nada, tú no eres nada, eres un contenedor de reciclaje en el que pone «orgánico», pero donde todo el mundo tira plástico y cristal.

Pietro no sabe qué se siente cuando estabas seguro, absolutamente seguro de haberla encontrado, tu «personacasa», era indudablemente aquella, pero después te viste obligado a elegir: o tu «personacasa» o aquello que necesitas para no volverte loco, o tu «personacasa» o tú.

Mientras, Lidia sabe que se vuelve imposible estar juntos, amar no sirve de nada: es más, empeora las cosas.

No sabe, sin embargo, qué se siente cuando una niña tiene tus rizos y los ojos de otra mujer, para siempre alejadísima, pero en cualquier caso los ojos de tu niña.

Sabe que pedirle todo al amor hace que, cuando el amor vacila, no haya nada más a lo que agarrarse: esto sí, Lidia lo sabe.

Como Pietro sabe que no pedirle nada al amor hace que el amor no te perdone que no le hayas dejado participar.

Los dos saben que si se venga de ti, el amor, porque le has dado demasiada responsabilidad o porque no has confiado para nada en él, puede ser realmente feroz.

Puede hacerte hablar durante toda la noche con tu «personacasa» sin que os digáis nada, porque cada uno de los dos agrede al otro para defenderse, sois dos gatos panza arriba.

«Lorenzo, me cago en la leche, dime: ¿por qué ya no me deseas?».

«Lidia, ¿te estás oyendo? ¿Por qué te has vuelto tan poco deseable?».

Puede empujarte a usar como un arma las heridas abiertas que la «personacasa» te había pedido por favor que cuidaras, que acariciaras y que probaras, quizá, quién sabe, a cerrarlas juntos.

«Es culpa de la cabrona de tu madre».

«Es culpa del burgués de tu padre».

Puede levantar muros invisibles y altísimos entre lo que querrías pedir al otro y aquello que, en su lugar, le pides.

«Esta noche le he prometido a Marianna que pediríamos *pizza*. ¿Te parece bien a ti, Betti?».

Muros entre lo que te responde el otro y la necesidad de protegerte de su repuesta.

«Claro que me parece bien, Pietro. ¿Sabes?, cuando vuelvo de las reuniones con don Emanuele, me siento… No sé bien cómo explicártelo… Satisfecha, eso es, plenamente satisfecha. Es una sensación que no había sentido hasta ahora y que querría…».

«Entonces llamo a la pizzería. Marianna y yo tomaremos una margarita, ¿y tú?».

Los dos conocen el ruido que hace una puerta cuando se cierra y, que estés dentro o estés fuera, sigues estando dentro o sigues estando fuera; conocen el ruido que hacía aquella puerta cuando al principio se abría y tú estabas en la cocina y pensabas: por fin él ha vuelto, por fin ella ha vuelto; el ruido

que hacía aquella puerta cuando se abría y tú, tumbado en la cama, mirabas al techo y pensabas: Dios mío, no, él ha vuelto, Dios mío, ella ha vuelto. El ruido que hace el silencio, sobre todo conocen esto: el ruido que puede hacer el silencio.

Los dos saben que puede volverse una costumbre decir una mentira. Decir otra. Otra más. Y saben lo fácil que puede ser traicionar. Incluso más fácil que ser traicionados, aunque solo sea porque una cosa puedes tener la suerte de no saberla nunca. La otra no, la sabes.

Y los dos lo saben.

Los dos saben que para una separación hay que presentar:

a) el certificado del acta de matrimonio (que se tiene que pedir en el ayuntamiento donde se celebró la boda),

b) el certificado de residencia y el estado de familia de ambos cónyuges,

c) la declaración de la renta de los últimos tres años de ambos cónyuges,

d) la copia de un documento de identidad de ambos cónyuges,

e) la copia del NIF de ambos cónyuges.

Saben que, una vez en el tribunal, te dan un número: a Lidia y a Lorenzo les había tocado el 38; Pietro no puede recordar el suyo porque el día de la primera audiencia, mientras esperaba a entrar donde el juez, estaba demasiado concentrado en repetir con su abogado lo que tenía que decir y lo que no se le tenía que escapar. Pero también él sabe a estas alturas que ese número no te está diciendo solo que esperes tu turno.

Te está diciendo: ¿pero tú qué te piensas? ¿Que tu amor iba a ser diferente, que iba a ser el primero en nacer o el último en terminarse? Mira que eso lo hacen todos. También el amor 39, entre aquella pelirroja encabronada, con los labios brillantes e hinchados, que continúa poniéndose y quitándose la pulsera en forma de trompa de elefante, y aquel tío con las cejas depiladas que le da la espalda y grita por teléfono joder, te había dicho que uno no se puede fiar de los somalíes, dame máximo dos horas, vuelvo a la tienda y a ese le doy por culo yo pero bien, ¿vale? También el suyo, claro está. Exactamente igual que el vuestro. Había nacido en el cálido viento de un verano, en una barbacoa en Lunes de Pascua, en el

aparcamiento de una discoteca, en el sofá de unos amigos, en Facebook, y ahora termina en los tribunales.

Los dos saben que mientras miras cómo mira al juez, ese peligroso ser sentado a tu lado, te resulta imposible, absolutamente imposible, concebir que pueda reír, que pueda confiarte una anécdota fundamental de su infancia, desnudarse ante ti. Todas las cosas que en realidad ese ser extraordinario ha debido de hacer al menos una infinidad de veces. Pero los dos saben que en ese momento no se te ocurre ni siquiera una.

Y los dos saben que un dolor así exige una explicación.

Saben que aquella explicación no llegará nunca.

Llegarán preguntas, esas sí.

¿Dónde?

¿Cuándo?

¿Por qué?

Nos hemos encontrado, nos hemos perdido.

Así, lo que los dos tienen perfectamente claro es que ahora, ahora, su prioridad debería ser solo una: evitar que esta tortura vuelva a repetirse.

La única solución lógica, por tanto, sería rechazar el amor que se disfraza de magia cuando nace, para no descubrir, cuando termina, que en realidad era solo un número.

Lo saben.

Y a pesar de ello.

Y a pesar de ello, están a punto de caer en la trampa de pensar que esta vez y precisamente a ellos les ha tocado una magia no falsificada.

¿Entonces?

Entonces sería necesario ser más listos, buscar nuevos métodos de prevención. Por ejemplo, intercambiarse un currículum sentimental mientras se esté a tiempo.

Cada uno debería tenerlo siempre al alcance de la mano, para sacarlo en el momento oportuno y entregárselo al otro.

Podrían hacerlo, los suyos serían:

CURRICULUM VITAE AMATORIAE
de
LIDIA FREZZANI
nacida en Pescara el 7 de marzo de 1978
residente en vía Grotta Perfetta, 315, Roma
335/301340
lidia.frezzani@tin.it

Traumas

Diciembre 1988. Divorcio de los padres.

Diciembre 2000. Muerte por accidente de tráfico de Maria, administradora de la finca en la cual la Candidata todavía reside, e íntima amiga suya.

Abril 2011. Abandono violento e imprevisto por parte de su exmarido, Lorenzo Ferri.

Infancia

Marcada por un fuerte, pero indistinto, sentido de extrañeza con respecto a sus coetáneos, que la lleva a considerarse, a fases alternas, vertiginosamente inferior o vertiginosamente superior. En cualquier caso, diferente. Como diferente se siente con respecto a ambos padres y a la hija que está convencida que ellos esperaban.
«¿No te parece impresionante esta puesta de sol?». En el paseo marítimo de Pescara, la Candidata, a la edad de cinco años, se dirige así a su madre, quien, presa de un doloroso estupor, responde: «Venga, vamos a tomar un helado». Esta anécdota la cuenta sistemáticamente la Candidata en la fase de conquista de una potencial pareja, ya que ella la considera sintomática de ese ansia de compartir lo

incompartible que aún no la abandona (y que la potencial pareja de ese momento debería sentir el deseo de ser el primero en aplacar). Altas probabilidades de que la vuelta por el paseo marítimo nunca tuviera lugar, dada la tendencia de la Candidata a retocar la realidad para aguantar mejor su peso, siendo la fantasía la única portadora de la llave que da acceso a la comprensión del mundo. Tendencia a la que, inconscientemente, la Candidata se siente autorizada desde el divorcio de los padres, que le demuestra de forma precoz y definitiva cómo aquella que un día definirá como Aquella Vida Verdadera es un lugar maligno, donde no sucede nada bueno. Un lugar, en resumen, mucho más engañoso que sus fantasías.

Problemas adolescentes

Agosto 1992 – febrero 2004. Graves trastornos ligados a la alimentación, con alternancia de fases anoréxicas y bulímicas.

Agosto 1991 – actualidad. Tendencia a considerar interesante a un hombre solo en la fase de conquista, por miedo al apego al que la condenan los abandonos que ha sufrido bajo diferentes formas (ver entrada «Traumas»).

Madre
Luigia Cocciolone (Moscufo, 1946)

Nacida en una familia de pasteleros en un pueblecito de la provincia de Pescara, obtiene el graduado escolar y desde ese momento ayuda a sus padres en la tienda. Allí conoce a Giuseppe (ver entrada «Padre»). Los dos se casan y se trasladan a Pescara debido al floreciente negocio de Giuseppe, el cual progresivamente lleva a la pareja a disfrutar de un bienestar económico muy superior al que ambos habían imaginado. Bienestar al que Luigia nunca terminará de acostumbrarse, consagrada

íntimamente al sacrificio, decide contribuir a la economía familiar con un empleo en Ferrovie dello Stato[4]. Convertida en madre, esta característica se ve acentuada por el temperamento de la Candidata, francamente incomprensible para Luigia. En efecto, soñaba con una niña a la que enseñar a extender la pasta o a hacer ganchillo, pero se ve obligada a gestionar una hija que tiene problemas con la comida, con el sueño y que quiere hablar con ella de temas abstrusos: esto la turba y la induce, por reacción instintiva, a ser con la Candidata todavía más coercitiva de lo que lo es consigo misma.

Cuando Giuseppe le confiesa que siente una fuerte atracción por otra mujer, su vocación punitiva encuentra en la evidencia de los hechos la primera oportunidad para que se autocuestione de manera proficua; oportunidad que Luigia rechaza, prefiriendo alejar al marido de casa, en lugar de reconocer que desde la maternidad nunca se había entregado a él, y de dar a Giuseppe la posibilidad de expresar su límites con igual sinceridad.

Y, por tanto, sin ningún intercambio efectivo de emociones y pensamientos, los dos se separan, y en 2010 los dos se vuelven a juntar, a raíz del infarto que sufre Giuseppe y que lo constriñe a una larga convalecencia, durante la cual Luigia demuestra al marido que una mujer poco proclive a la pasión puede resultar un problema con cuarenta años, pero una bendición con setenta.

Naturalmente, nunca habla con la Candidata de temas tales como el sexo, la desesperación, la felicidad. En su lugar, le transmite un cariño incondicional y visceral, que la Candidata, según crece, aprende cada vez mejor a reconocer, traicionada como se encuentra por su cónyuge Lorenzo Ferri (ver entrada «Experiencias sentimentales significativas»), representante de un mundo intelectual y artístico en el cual, hasta de niña, había volcado todas sus esperanzas y que, sin embargo, le demuestra que saber usar palabras para acceder a temas tales como el sexo, la desesperación y la felicidad, no significa necesariamente vivir a fondo estas dimensiones. Al contrario.

Padre
Giuseppe Frezzani (Moscufo, 1944)

Nacido también en el pequeño pueblo de Moscufo, de padres obreros, Giuseppe pone todo de su parte, incluso de niño, para mejorar su condición económica. Gracias a una beca, se licencia en Medicina en la Universidad La Sapienza de Roma y se especializa en lo que en aquel momento se proyecta como una frontera nueva y rentable: Odontología. Durante una pausa estiva en Moscufo, conoce a Luigia (ver entrada «Madre»).
Se trasladan juntos a Pescara, donde Giuseppe abre su propia clínica. A esta le sigue otra en Roma.
Aunque su nivel de vida aumenta, Giuseppe nunca llega a considerarse una persona pudiente: es más bien un pobre con dinero, que continúa considerando su empleo como el único instrumento para defenderse del caos que percibe en el mundo y en su interior. A diferencia de su mujer, en efecto, bajo su apariencia castigada esconde una personalidad pasional e inquieta, personalidad que creía haber domado, pero que el nacimiento de la Candidata, inesperadamente, reaviva. Si Luigia es incapaz de entender a su hija, Giuseppe es demasiado apto para hacerlo. Cada deseo de la Candidata, cada duda precoz, los tuvo también él, pero las estrecheces entre las que se crió le impusieron ignorarlos. Aliviada gracias a él de la angustia de esas estrecheces, la hija es, sin embargo, libre de escuchar el desmoronamiento de su ánimo controvertido, hasta lo persigue con furiosa decisión.
También porque inconscientemente contagiado por tanto descubrimiento emotivo, Giuseppe, con cuarenta y cuatro años, en lugar de enfrentarse a las intemperancias del propio ánimo libertino, después de haberlo ahogado, lo sufre y lo impone: encuentra a Helena (higienista dental, 32) y decide contárselo a Luigia (ver entrada «Madre»).
El sentimiento de culpa por haber abandonado a su familia, acentuado por el sordo rechazo de la

Candidata hacia Helena —rebautizada con el poco amable apelativo de «Maléfica»—, no permite a Giuseppe seguir con la relación. Desde ese momento no hay constancia de ninguna otra mujer a su lado, hasta su vuelta con Luigia en el 2010 (ver entrada «Madre»).

Mientras que una renuncia temporal al autocontrol conllevó resultados desastrosos a su vida, es con una mezcla de admiración y terror que asiste al creciente éxito de la Candidata, que incluso consigue transmutar en una profesión el descubrimiento emotivo de más arriba, y mantenerse gracias a lo que él no puede evitar juzgar, sin andarse con demasiados miramientos, como enormes gilipolleces.

Con la misma admiración y el mismo terror, Giuseppe asiste al recorrido personal de la Candidata: sus desórdenes alimentarios indignan, y al mismo tiempo fascinan, a quien, como él, cuando era niño no podía contar más que con una comida caliente al día; y su matrimonio por amor con un hombre aún más insensato que ella le conduce a reflexiones incómodas sobre su relación con Luigia y, en general, sobre el sentido de la existencia. Reflexiones que, sin embargo, Giuseppe se las guarda rigurosamente para sí: siendo, en el fondo, el único hombre capaz de resistir —a través del escudo de una racionalidad vuelta aún más inflexible desde la ruptura con Helena— al huracán emotivo con el cual la Candidata corre el riesgo de envestir a cualquiera que se le avecine.

¿Y es también para derribar ese escudo que la Candidata, hasta el penoso desastre de su matrimonio por amor, siempre ha tenido propensión a acoger en la incomprensibilidad de un hombre un motivo de apego en lugar de una invitación para desistir?

Probablemente sí.

¿Es, por tanto, la Candidata tan banal como para poderla definir desde hace tiempo como afectada de un insidioso complejo de Electra?

Lo es.

Experiencias sentimentales significativas

Febrero 2001 – abril 2011. Convivencia y matrimonio con Lorenzo Ferri.

Experiencias sentimentales marginales

En la media (18 ca.).

De cierta importancia, en la marginalidad:

Filippo Bernardi (30 marzo – 10 abril 1996). Compañero de clase de la Candidata, es el hombre con el que descubre el poder de la vasta gama de fenómenos ligados a los órganos de la reproducción, también conocidos como «sexo». Ella advierte, inmediatamente, lo mucho que el abandono puede servir como prodigioso remedio para el cansancio de existir. Mientras tanto, no obstante, descubre también lo sumamente difícil que le resulta identificar como un cómplice, más que como enemigo, al que le permite ese abandono. Pasadas dos semanas, en efecto, habiendo explorado con Bernardi numerosas modalidades para acceder al milagroso abandono, empieza a encontrar insoportable la forma en que él arrastra la erre. Y lo deja (ver entrada «Modalidad genérica de salir de una relación»).

Gunther Bloch (agosto 1998). Corresponsal de guerra de un diario alemán. La Candidata lo conoce en Shimla, Tíbet, en el primero de los numerosos viajes en los cuales su alma en pena nota que obtiene beneficios (solo similares a aquellos que le aporta el milagroso abandono antes mencionado). Habiendo partido ambos de vacaciones en solitario, los dos se encuentran, afrontan juntos el arduo excursionismo por el ascenso del Himalaya y viven días tan sublimes que empujan a la Candidata a acariciar el proyecto de continuar los estudios en la Universidad de Berlín. Proyecto que se esfuma en el preciso instante en que su avión desde Nueva Delhi despega para volver a Roma: la Candidata encuentra en el monedero una apasionada carta de

Gunther, acompañada de un billete para Berlín, y sufre un ataque, que un médico presente a bordo, después de haberla socorrido y reanimado, diagnostica como ataque de pánico.

Riccardo Cordaro (junio – octubre 2006). Biólogo, especializado en el estudio de relieves oceánicos. Es el primer hombre con el cual la Candidata se encuentra traicionando a Lorenzo Ferri, para defenderse de las extenuantes provocaciones a las cuales amarlo y ser por él correspondida la someten. Los encuentros con Riccardo se limitan a seis, pero la Candidata se queda embarazada. Perderá el niño pasadas cinco semanas, sin tener la oportunidad de ser ella la que decida seguir adelante con aquel embarazo.

Formación

Once años de psicoterapia con la doctora Mina La Scala.

Conocimiento de lengua extranjera de los otros seres humanos

Sobresaliente en teoría, tanto como para volverse el punto fuerte de una actividad profesional basada precisamente en la capacidad instintiva de la Candidata para crear un contacto con las intenciones y las debilidades de las personas que entrevista. Comprometida en la práctica, donde la teoría resulta con demasiada frecuencia ofuscada por la excesiva pasión de la candidata, cuando una situación no prescinde de ella, sino que la implica directamente.

Modalidad genérica de entrar en una relación

Impetuosa y marcada por una especie de arrobamiento sensorial y/o intelectual.

Modalidad genérica de salir de una relación

Impetuosa y marcada por la vuelta de la Candidata a las propias facultades racionales, que de repente desconocen y sustituyen el misterio del susodicho arrobamiento con la alarma de la posibilidad de nuevos sufrimientos, a excepción del tormentoso final del matrimonio con Lorenzo Ferri (ver entradas «Experiencias sentimentales significativas» y «Afectos colaterales»). Ferri, a raíz de una prolongada crisis, en lugar de afrontar pródromos y degeneraciones, una mañana abandona el techo conyugal (ver entrada «Traumas»), convencido de que su gesto pueda incluirse simplemente entre las innumerables provocaciones que los dos están acostumbrados a hacerse. Para la Candidata no es así: acostumbrada, hasta su encuentro con Ferri, a salir de una relación incluso antes de empezarla realmente, en nombre de la salvaguarda del propio equilibrio (ver entrada «Experiencias sentimentales marginales»), queda aniquilada por la imprevista deserción del único hombre que, en lugar de darse en préstamo, se había entregado. Le ruega a Ferri que sea él el que aporte nuevas motivaciones para seguir juntos: Ferri responde con una larga disertación, tan inútil como objetivamente genial, sobre la incompatibilidad entre compromiso y amor, de modo que la Candidata no logra confiar en la consecución de la relación. Pero tampoco a romper con ella de manera definitiva (ver, una vez más, entrada «Afectos colaterales»).

Hijos

Ninguno.
Del 2006 al 2008, con su excónyuge Lorenzo Ferri y los otros vecinos de su inmueble, participa en una especie de adopción colectiva de Mandorla, la hija de Maria (ver entrada «Traumas»). En sus evidentes aspectos controvertidos, la adopción se revela eficaz también debido a los esfuerzos de la Candidata: hoy Mandorla tiene veintidós años y

trabaja en una editorial especializada en cómics en Lisboa, donde reside con su novio Matteo Barilla. Felizmente.

Afectos colaterales

Una relación difícil de definir con el excónyuge Lorenzo Ferri, con el cual, una vez firmada la separación, no es capaz de pasar a la fase de divorcio. «Es mucho más que amor lo que ha habido entre nosotros, así que, por tanto, con el fin del amor no puede acabar», afirma, en referencia a esto, la Candidata. «Lorenzo soy yo», añade, por esa confianza ciega en la fantasía (ver entrada «Infancia») que a veces la lleva a parafrasear a los personajes de sus escritores preferidos (en este caso, a Catherine, de Emily Brönte), para dar voz a lo que más la emociona y que, de otra forma, no sería capaz de expresar con tanta precisión.

Tony, 35; Elisa, 39; Greta, 42; Michele, 46: forman con la Candidata un grupo de amigos profundamente unidos entre sí, que ella rebautiza como el Arca sin Noé, por el extravío que los acomuna y por una grotesca resistencia que, a pesar de la edad, oponen a asumir responsabilidades y, por tanto, a crecer.

Referencias

«Lidia es la única persona que consigue interesarme casi tanto como mis propios asuntos. Esto no quita que considere su continuo fibrilar muy dañino para los demás y para sí misma. Pobrecita, sufre de una voracidad de amor que nunca nada saciará. Personalmente, confío en que, con la edad, se convenza de que no está hecha en absoluto para esa vida en pareja de la cual con mis comportamientos, sin duda un poco cabrones, la he puesto al resguardo» (Lorenzo Ferri, escritor).

«*Une fille totalement dangereuse. ¡Loca!*» (André

Copienne, surfista).

«Una persona auténtica, sinceramente inconformista y muy compleja, capaz de una extraordinaria volubilidad, pero, con demasiada frecuencia, víctima de miedos ligados a la intimidad que la llevan a precipitarse, a ser presa del más absoluto desconsuelo y de un insidioso narcisismo decepcionante» (Mina La Scala, psicoterapeuta).

«Es una cabrona niña de papá: primero te arremete con un torrente de pasión y te hace sentir un dios. Después, en cuanto eres suyo, te deja» (Gunther Bloch, periodista).

«A veces es un poco bestia cuando te dice lo que ella está convencida de que es la verdad. Lo hace por tu bien, pero con todo y con eso… Podría hacerlo de otra forma. Pero, en realidad, nadie como ella te hace sentir tan comprendida» (Greta Aquilano, profesora de guardería).

«Es la primera víctima de sus cambios de humor y de su necesidad de entusiasmarse» (Tony Santini, director de programas de radio y televisión).

«Una especie de *hippy*, muy generosa (también en la cama), aunque habla demasiado» (Frank Peperoni, cámara de la segunda edición de *Todas las familias felices*).

«Con Lidia en casa nunca corría el riesgo de sentirme sola. Lidia siempre hablaba. Ininterrumpidamente. Y tenía la sensación de que no era porque tuviera tantas cosas que decirme a mí, sino más bien porque tenía que sacar demasiadas de su interior. Como si teniéndolas dentro sintiera que fuera a estallar» (Mandorla, ver entrada «Hijos»).

---

[4] *Ferrovie dello Stato*: servicio nacional de trenes del Estado italiano.

CURRICULUM VITAE AMATORIAE
de
PIETRO LUCERNARI
nacido en Palermo el 20 de octubre de 1969
residente en vía Federico Ozanam, 10, Milán
348/316842
direccion@liceosocrate.eu

Traumas

Junio – noviembre 1984. Enfermedad con rápida evolución y muerte de su madre.

Octubre 1985. Suicidio del padre.

Septiembre 2002. Brusco final de su relación con Celeste Troise.

Febrero 2014. Crisis mística de su excónyuge Elisabetta Verde.

Infancia

Marcada por la promesa de que la vida puede ser una experiencia extraordinaria, promesa que el Candidato recibe rápida e inconscientemente de la dedicación exclusiva y apasionada, instintiva e intuitiva, también llamada «amor», entre sus padres. Pasa los primerísimos años de su vida entre Palermo, donde el padre está terminando sus estudios universitarios, y Favignana, la isla donde ha nacido la madre y donde dejan al Candidato, durante las vacaciones del verano, para que se ocupen de él con todo el amor sus abuelos maternos. «Yo soy un niño de carácter alborozado», escribe, invitado por la maestra de primaria a describirse

en una sola frase. Este es el único documento del que queda huella para testimoniar el estado de ánimo del Candidato que, a pesar de la gracia que demostró de niño, hasta en la más tierna edad muestra una evidente reticencia a expresar lo que siente y/o piensa. El documento también evidencia la propensión del Candidato a favorecer términos inusuales frente a otros más corrientes. Son siempre los abuelos maternos, ella soprano de discreta fama y él eximio latinista, los que estimulan al nieto con sugestiones lingüísticas que no prevén forma alguna de descuido o banalidad. Una vaga nostalgia de ellos es el único atisbo de sombra que se proyecta en los días en los que el Candidato, con ocho años, se traslada a Milán con sus padres por razones ligadas a la actividad del padre. Pero la armonía que respira en casa se mantiene inalterable, como inalterables se mantienen su progreso escolar, claramente superior a la media, y la apacibilidad de un carácter que, aunque introvertido, hace que sea fácilmente aceptado y querido por sus coetáneos.

Problemas adolescentes

Septiembre 1986 – junio 1997. Dependencia sexual, masturbación compulsiva y priapismo.

Junio 1984 – actualidad. Tendencia a evitar el sufrimiento, en lugar de afrontarlo; actitud que progresivamente lleva al Candidato a cortar el contacto con sus otras emociones, a excepción de breves y/o ilusorios periodos (ver entradas «Experiencias sentimentales significativas» e «Hijos»).

Madre
Clelia Grammatico (Favignana, 1949 – Milán, 1984)

Hija única de una de las familias más respetadas de Sicilia, Clelia crece en Favignana en una evocadora morada encaramada sobre la bahía de Cala Azzurra.

«He conocido a una chica bella como una diosa, espontánea como un chico y amable como un ángel», escribe en su diario Salvo (ver entrada «Padre»), la noche de junio de 1967 en la que la ve sentada en una mesa de un bar de vía Libertà, en Palermo, quedando inmediatamente prendado. Después de un perseverante cortejo, que Clelia nunca juzga como invasivo, en la noche del 14 de septiembre, durante las fiestas del Santísimo Crucifijo en Favignana, ella se le entrega y, pocos meses después, acepta casarse con él. Por tanto, los dos se establecen en Palermo, en el palacete familiar que los padres de la chica dejan a su disposición. Sin darse cuenta y de manera progresiva, los jóvenes esposos pierden en su unión sus propias identidades, hasta compartir características que deberían coexistir en cada ser humano: el equilibrio, del cual se hace garante el futuro padre del Candidato; y la vitalidad, de la cual se hace garante la futura madre. La primera foto en el que el estado de buena esperanza de Clelia se hace evidente viene disparada en el patio de la Universidad de Palermo, donde ella y Salvo se encuentran como promotores del movimiento de ocupación estudiantil. Pero, una vez madre, Clelia traslada la entera exuberancia de sus energías al mantenimiento del buen humor del núcleo familiar. De esta forma, transmite al Candidato el placer por el aire fresco de la mañana, el gusto por la música y la atención que para ella merece todo lo que es efímero, confiando al marido y a los padres la gestión de las cuestiones sustanciales de la educación del pequeño. Una vez trasladados a Milán, no pierde en modo alguno su *joie de vivre*, que de hecho viene estimulada por museos, galerías, librerías y amistades que la gran ciudad ofrece y que a ella le gusta compartir con el Candidato, según este se va haciendo adolescente.

El amor por el hijo, en su fisiológica inefabilidad, sin embargo, no pone en peligro distraerla de aquella que se mantiene como su verdadera, única pasión: el marido. Es en él que piensa, incluso antes que en sí misma o en el Candidato, cuando, con treinta y cinco años, se le

diagnostica un cáncer de huesos en estado avanzado. Y es en él que piensa, incluso antes que en ella misma o en el Candidato, cuando cierra los ojos para siempre, en una fría tarde de noviembre.

Padre
Salvo Lucernari (Palermo, 1947 – Milán, 1985)

Nacido en una familia de la media burguesía palermitana, Salvo demuestra desde el principio una firmeza de pensamiento y de opinión poco común, que si bien no le impide tener la mente muy abierta, garantiza equilibrio y serenidad a quien le rodea.
Dicha cualidad lo conduce a la conquista de la única mujer (ver entrada «Madre») que, para utilizar una expresión tan usada como eficaz, ama y amará en el curso de su, por desgracia, breve existencia.
Desde el 14 de septiembre de 1967 (ver de nuevo entrada «Madre»), para Salvo no solo se inicia una relación, sino también y sobre todo una nueva modalidad de relacionarse consigo mismo y con el mundo, también conocida como «condición de simbiosis».
Estudiante brillante de Arquitectura, abraza los ideales comunistas con la cauta pasión del soñador realista que es y, hasta los primerísimos años de vida del Candidato, le transmite la importancia de valores como el respeto, la igualdad y el cuidado a los débiles. Las comodidades del palacete familiar en Palermo y de la casa de veraneo de los Grammatico en Favignana (ver entrada «Infancia») no le permiten al pequeño Pietro una comprensión real de las enseñanzas paternas, que, a pesar de ello, las tendrá siempre presentes bajo la forma de una amabilidad difusa, e inútil, y una marcada curiosidad por toda expresión de diversidad, verdadera característica del Candidato.
En Milán, a pesar del incremento de su actividad profesional, Salvo no descuida sus deberes de padre e intenta fortalecer el carácter del Candidato, en apariencia altivo, pero en realidad reprimido, frente a una exagerada discreción.

Sin embargo, con los primeros síntomas de la enfermedad de Clelia, a la cual sigue su inapelable diagnóstico, la fuerza de ánimo de Salvo vacila, y sin el contrapunto del vitalismo de la mujer, su equilibrio revela su propia inanidad. La madre de Clelia, la abuela del Candidato (ver entradas «Infancia» y «Madre»), viene a ayudar a la joven familia y se traslada a Milán. Mientras tanto, el abuelo del Candidato, confundido por los acontecimientos, encuentra consuelo en el póker. Consuelo que, a la muerte de Clelia, Salvo no encuentra en ninguna parte. Ni siquiera en el cariño al Candidato, que en aquellos meses se le pide que acepte, contemporáneamente al terrible luto, la evidencia de valer muy poco. Aún más después de la mañana de 1985 en la que se levanta y encuentra al padre en el garaje, sentado en el sitio que solía ocupar la mujer en el coche, sin vida. En la mesa de la cocina, Salvo deja una nota: «Te amo». Lo escribe segundos antes de dirigirse al garaje, y su última esperanza es que su hijo piense que la nota es para él. Su última conciencia es que la ha escrito para Clelia.

Experiencias sentimentales significativas

Junio 1994 – septiembre 2002. Relación con Celeste Troise. El Candidato, a raíz del suicidio del padre, es atendido por la abuela materna, trasladada de manera estable a Milán. Para completar la doble tragedia, se suma para Pietro la necesidad de hacer frente al brusco cambio de estatus económico y social impuesto por las deudas de juego que el abuelo materno contrae en pocos años: se vende el palacete familiar en Palermo y, seguidamente, la casa de Favignana (ver entrada «Infancia»). El Candidato se matricula entonces en la facultad de Filosofía y Letras, y vive en una residencia de estudiantes. Si bien su rendimiento escolar continúa siendo superior a la media, su conducta moral, hasta el momento intachable, se vuelve descuidada. En lugar de aceptar la sensación desconocida y terrorífica de desconcierto y

angustia —comúnmente conocida como «dolor»— de la que es preso, el Candidato opta por la distracción garantizada por la vasta gama de fenómenos ligados a los órganos de la reproducción, comúnmente conocidos como «sexo». La rabia indiscriminada que siente por la existencia la desfoga, por tanto, en una larga y obsesiva serie de experiencias con el género femenino, destinadas exclusivamente al disfrute físico. Disfrute que, año tras año, deja su lugar a una compulsión privada de finalidad facultativa.

Tal preámbulo se ha vuelto necesario para la comprensión del encuentro del Candidato con la susodicha Celeste Troise, compañera de doctorado en Arqueología. Celeste, joven de extrema sensibilidad, entrevé en los comportamientos del Candidato los síntomas de un sufrimiento profundo, y no un desinterés por el prójimo. Gracias a ella, lenta, pero progresivamente, Pietro no solo aprende a racionalizar y dirigir sus propios impulsos, sino que también experimenta aquello que el vínculo entre sus padres le impidió experimentar en su infancia, es decir, encontrarse como objeto privilegiado de atención. La tentación de abandonarse a sus sentimientos desconocidos y profundos es fuerte para el Candidato, pero exclusivamente con Marianna (ver entrada «Hijos»), años después, se encontrará cediendo a dicha tentación. Con Troise, de hecho, el Candidato es llamado a bajar la guardia que su vida solitaria opone a nuevos apegos (y nuevos, relativos, potencialmente trágicos resultados), pero, concretando, niega a esa relación el desarrollo natural que, después de casi diez años, la convivencia entre sujetos prevería.

Al igual que el padre, también Celeste se despide entonces del Candidato con una nota, en este caso dirigida a él, sin lugar a dudas, y acompañada de una llave: «Esta es la llave de mi casa. Nuestra, cuando te decidas de verdad a estar conmigo. En ese caso, sabes dónde encontrarme. En caso contrario, yo no puedo seguir siendo cómplice de tus obsesiones». Permanece ignota incluso para el propio Candidato su reacción inmediata frente a

esta nota. Pero después de ocho días, toma la decisión de poner fin a su carrera universitaria y a la investigación histórico-arqueológica que hasta ese momento había compartido con Troise y en la que tanto se había implicado. Se dirige al ministerio para compilar los módulos para el examen de habilitación para ser profesor de secundaria, y en la cola encuentra a Elisabetta (Betti) Verde. Desde aquel día, no buscará y no volverá a tener noticias de Troise, imponiéndose no dedicarle ni un solo pensamiento y no mencionarla a nadie. Nunca.

Septiembre 2002 – febrero 2014. Convivencia y matrimonio con Betti Verde, ella también precozmente huérfana de ambos padres, y perfecta cómplice del Candidato en la persecución de una cómoda desesperación, para ambos más soportable que una accidentada felicidad. A la que, sin embargo, ahora el Candidato, aunque sea inconscientemente, se encuentra apuntando después de la crisis mística que abruma a Verde, demostrándole a ella y al excónyuge cómo el latir de la existencia —se le llame Dios o no— abruma a todos. De cualquier manera.

Experiencias sentimentales marginales

Numerosas (300 ca., ver entrada «Problemas adolescentes»).

Formación

Dos meses de psicoterapia impuestos por la abuela materna después de la tragedia familiar que lo embiste (ver entradas «Traumas», «Madre» y «Padre»), interrumpidos por el Candidato, que prefiere hacer frente a sus propias turbaciones de otro modo (ver entrada «Problemas adolescentes»).

Conocimiento de lengua extranjera de los otros seres humanos

El Candidato muestra en teoría una buena predisposición, aunque en la práctica no pone empeño, preocupado como está en defender su propia lengua de una eventual contaminación (ver entrada «Traumas»).

Modalidad genérica de comenzar una relación

Ciega: tanto en la constructiva relación con Celeste Troise, como en su fallido matrimonio con Betti Verde (ver entrada «Experiencias sentimentales significativas»), el Candidato no decide arriesgarse, sino que se encuentra, por una inconsciente necesidad de dar un giro a su propio destino, en el primer caso; y por una inconsciente necesidad de paralizarlo, en el segundo.

Modalidad genérica de salir de una relación

Aparentemente y en ambos casos (ver siempre entrada «Experiencias sentimentales significativas»), el Candidato sufre el abandono. En realidad, resulta demasiado obvio, teniendo en cuenta los sujetos involucrados, que es él el que lo provoca: por un inconsciente miedo a vivir y a querer plenamente, en el primer caso, y por un inconsciente miedo a morir sin haber querido plenamente, en el segundo.

Hijos
Marianna (Milán, 31 de julio 2003)

Dando respuesta a las incipientes preguntas del Candidato sobre el sentido de su matrimonio con Betti Verde, a los pocos meses de su primer encuentro llega el evento capaz de penetrar, día a día y de manera inexorable, la coraza solipsista que Celeste Troise había empezado a arañar: el nacimiento de su hija Marianna. El Candidato, siendo una persona comprometida y una pareja discutible, se revela como un padre atento y

curioso, aún más después de la separación de Betti Verde y del penoso proceso por la custodia de la menor.
Marianna hereda del Candidato una reticencia a expresar sus emociones, pero, a diferencia de sus padres, más bien como reacción a ellos, muestra un claro frenesí por vivir; característica que lleva al Candidato a sentirse misteriosamente protegido por la niña que protege. Sin embargo, alertado sobre los peligros de una relación simbiótica entre familiares (ver entradas «Madre» y «Padre»), él, una vez que Verde se muda a la hospedería de las hermanas donde todavía reside, no cede a la tentación de sustituir a la excónyuge con la hija, y se muestra abierto a encuentros con exponentes del otro sexo. Encuentros que resultan, hasta este momento, episódicos y sin perspectiva alguna, por una falta de interés que el Candidato nota en sí desde la primera cita y por cierto escrúpulo que, a pesar de las intenciones, él siente hacia la hija, cuyo equilibrio, en cualquier caso, sigue siendo para él su absoluta prioridad.

Afectos colaterales

Los tres fantasmas de quienes, a su pesar, lo abandonaron, cuya desaparición el Candidato, en lugar de trabajar, ha borrado:
1) La madre.
2) El padre.
3) Celeste Troise.

Referencias

«Pietro es un hombre egoísta, pero en el fondo bondadoso. Dios me ha permitido perdonarlo, también por la serenidad de nuestra hija, por todas las veces que no me escuchó cuando lo necesitaba, y por todas aquellas que hizo el amor conmigo cuando a mí no me apetecía» (Betti Verde, laica consagrada).

«Tendría que odiarlo. Pero lo he querido demasiado,

hasta el punto que he llamado como él al primero de mis cinco hijos, esperando que, junto al nombre, fueran suyas la ternura de los modales y de los pensamientos de Pietro, la curiosidad, la capacidad de escucha y la profundidad de sus sentimientos, solo igualables, pobrecito, al trabajo que le costaba demostrarlos. Se dice con demasiada frecuencia que los hombres no cambian: Pietro no. Pietro sabe cambiar. Lo he visto pasar de un compulsivo maníaco sexual al más apasionado y fiel de los amantes. Su enorme problema es que, aterrorizado como está por la vida, considera esta tendencia innata suya al perfeccionamiento no como una ventaja, sino como un límite. Si simplemente dejara salir aquello que lleva dentro, tendría muchísimo que ofrecer a quien tiene a su alrededor y, sobre todo, a sí mismo» (Celeste Troise, profesora de Arqueología en la Scuola Normale de Pisa).

«Tiene buenos modales y no te hace sentir como un objeto, como hacen todos los demás cuando tienen sexo contigo. Siempre está el típico cabrón que te dice que está pasando una crisis con su mujer, pero que nunca la dejará, y que en las otras mujeres busca solo y únicamente ese mínimo de consuelo para tirar adelante» (Valentina Cervoni, herborista).

«Como director es el no va más, desde que llegó él, el colegio funciona de maravilla, y está abierto a un montón de nuevas iniciativas. Como hombre, sin embargo, es sin duda interesante, con esas manos grandes y esa mirada inteligente… ¡Pero en el fondo me parece tan triste! Es precisamente por eso que, cuando me entró, yo no accedí (pero también porque estoy felizmente comprometida). En cualquier caso, he apreciado el hecho de que, después de mi negativa, él no haya cambiado su comportamiento conmigo y que haya continuado siendo correcto y respetuoso» (Kate Wright, profesora de inglés).

«Mi papá es totalmente desordenado y yo por eso lo quiero» (Marianna Lucernari, estudiante).

Podrían intercambiárselos, sí.

Pero ni siquiera esta sería una garantía para no volver a hacerse daño.

No les bastaría para protegerlos de la altísima probabilidad de que un día el amor se termine y el número se revele.

La única garantía sería, precisamente, parar de inmediato.

Sobre todo para dos traumatizados como ellos, dos que además son hijos únicos, dos que en el futuro todavía estarán convalecientes.

La elección correcta sería despedirse afectuosamente, desearse buena suerte y no tener que ver nunca más el uno con la otra, si no es quizá para felicitarse el cumpleaños, un mensaje de vez en cuando, un saludo, espero que todo vaya bien, pásalo bien este verano, gracias, igualmente.

Entonces, ¿es inconsciencia? O valor, lo que ahora no les hace sentirse un potencial número, sino finalmente otra vez Lidia y otra vez Pietro, estúpidamente Pietro y estúpidamente Lidia, y los mete en una cama, de noche, entrelazados, después de haber hecho el amor una vez, haber hecho el amor otra vez, y les hace caer en el sueño y dormir, ¿pero dormir hablando?

—… entonces mi madre me respondió: «Vamos a tomar un helado, venga».

—¿Y tú?

—En ese momento descubrí que siempre me sentiría sola. Y que la única solución sería casarme con mi padre…

—… Pero la solución se convirtió en el problema.

—Exacto.

—Pero en *Todas las familias felices* la línea que separa la solución del problema es más bien fina. ¿No te parece?

—Probablemente sí. Entonces esa expresión es realmente solo un oxímoron.

—¿Por qué «solo» un oxímoron? ¿No está todo en un

oxímoron?

—Eso es…

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Hubo una chica. Se llamaba Celeste. Creo que la quise.

—…

—…

—Es brutal que las personas que amamos se conviertan en pasado.

—…

—Es de Javier Marías.

—…

—…

—¿Ves? Tras la muerte de mis padres desarrollé una necesidad extrema de rutinas, y cuando Betti se fue, en ese momento pensé volverme loco, sin el ritmo que aquella situación imponía a mi día a día.

—Mi drama, por el contrario, es que me drogo con emociones fuertes, y Lorenzo y mi programa me las aseguraban. Estaba segura de no poder resistir sin ellas, y sin embargo desde que me he trasladado aquí, a Milán, y me encuentro cada día haciendo las mismas cosas, los mismos estúpidos pequeños rituales… Tachán. Es como si se me estuviese curando por dentro.

—… Pero en realidad lo que me faltaban eran las emociones fuertes que no había vuelto a sentir desde que se terminó con Celeste.

—¿Pietro?

—¿Sí?

—Me estás dando una especie de centro.

—¿Y tú dónde has escondido mi armadura? Ya no la encuentro. «Me protege, me defiende un poder mayor que el suyo. Es su pensamiento lo que adoro».

—…

—Felice Romani. Segunda escena del primer acto de *Norma*.

—Venga, no me toques así, que sabes que si me tocas así después…

—Es lo que quiero.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

Otra vez.

—Había llegado a parecerme que tenía el cuerpo lleno de arena.

—También a mí.

—Y no era así.

—Y no era así.

Ya van dos años seguidos que mis compañeros me la juegan. Se pasan una semana en una capital europea, y a mí me cuelan los de primero para la excursión de dos días en Roma, piensa Kate.

Pero, a fin de cuentas, es la demostración de que llevo una vida con la que me siento satisfecha, mientras que ellos no ven el momento de evadirse, concluye, cuando finalmente, después de una cola interminable, le toca a su clase entrar.

—Chicos, ahora prestad bien atención: esta es la maravilla de Miguel Ángel. No todos los días uno se encuentra ante algo parecido.

—Profesora Wright, ¿podemos hacer una foto?

—No, ¿no ves lo que está escrito en el cartel? Además, venga, intentad concentraros en lo que estáis viviendo.

Kate no logra comprender esta manía de vivir siempre fuera de tiempo: o un momento antes, o un momento después. ¿Por qué sacar rápidamente una foto, en lugar de disfrutar del tú a tú con esa obra maestra? ¿Para mirarla el día de mañana, cuando el día de hoy parezca mítico, gracias al simple mérito de haberse convertido en ayer?

Pero también en este caso tiene que darle las gracias a Tommaso: es su historia con él la que le ha permitido descubrir el valor del aquí y ahora. Se lo permite día tras día, año tras año.

—Profesora, ¿por qué la Virgen, a pesar de ser la madre, parece una niña, y Jesús un viejo?

—Porque las personas vírgenes, sin contaminar, se mantienen y conservan el aspecto de su rostro por mucho tiempo, sin mancha alguna; y a los sufridores, como Cristo, les pasa lo contrario. —A Kate no le ha dado tiempo a responder: ha respondido por ella un tipo canoso, elegante, con unos ojos despiertos que brillan—. No son mis palabras, como es obvio. Lo escribe Vasari —explica.

—¿Es usted guía?

—Soy solo un apasionado que con frecuencia siente la aspiración de establecer contacto con la belleza que asume como axioma. Pero me dedico a algo totalmente diferente: soy científico.

—El arte debería ser enemigo de la ciencia… —«¿Qué estoy haciendo, por qué me ha salido esta voz?», se pregunta Kate. ¿Qué voz? Esta—: ¿O me equivoco? —Una voz tonta.

—Da la casualidad de que esta es una visión un tanto simplista de nuestro trabajo, profesora. En cualquier caso, para ser exactos, yo estudio el dolor. Entenderá que no se puede prescindir de ciertas tensiones de la escultura de Miguel Ángel.

—Claro…

—Claro. Buena continuación.

Y se aleja. ¿Dónde? ¿Dónde va? Y a quién le importa. ¡A quién le importa dónde va! Kate lo único que tiene claro es dónde le gustaría estar a ella, ahora: en el tren de regreso a Milán. Porque es feliz con Tommaso, está profundamente enamorada de él y sabe que nunca hará que le falte nada.

Nada.

Nunca.

¿Y entonces? Entonces tiene que liberarse inmediatamente de esta inoportuna y mentirosa bolita que de pronto siente cómo se mueve bajo las costillas. A la altura de la barriga.

Hasta que, si ahora es ahora, llegan ellas. Palabras nuevas, palabras nunca usadas.

Se escriben de camino al trabajo, por la mañana temprano.

De: direccion@liceosocrate.eu
Fecha: 10 mayo 2015 07:16
Para: lidia.frezzani@tin.it
Asunto: Estrella

Te he dejado todavía durmiendo, y estoy en el metro sentado al lado de un chico de mi instituto que está todo concentrado en escribir complicadísimas fórmulas matemáticas. Le he preguntado y me ha respondido que estaba repasando, para el control de Geografía astronómica, el equilibrio hidrostático de una estrella. Creo haber comprendido que a este equilibrio, lo que le impide romperse en mil pedazos en el espacio es algo muy delicado. Y no sé con exactitud qué tiene que ver, pero ahora me parece entenderte algo mejor.
Pasa un buen día,
P.

Se buscan para decirlas a los amigos con los cuales no hacías otra cosa que hablar de cuándo y cómo sería el ahora. Pero, ahora que es ahora, ya no sabes qué decir.

De: lidia.frezzani@tin.it
Fecha: 24 mayo 2015 15:30
Para: tony_santini@outlook.it
Asunto: Sin Noé

Tony mío:
Te lo digo ya: este es un correo de amor. En el sentido de que es de amor de lo que querría hablar,

incluso si el amor no tiene palabras, justo porque no las tiene. Es precisamente de las palabras que me faltan de lo que tengo precisamente necesidad de hablarte. Porque ayer me escribiste: «¿Dónde te has metido? ¿Te han abducido los extraterrestres? El Arca sin Noé no se abandona así. ¡Por lo menos nos deberías conceder una ceremonia de despedida!». Y sé que bromeabas. Pero también sé que no, que en el fondo no bromeabas. De hecho, tienes razón: no estoy en otra galaxia, estoy simplemente en Milán, a tres horas en tren de Roma. Pero la cuestión es que a mí me parece de verdad haber sido abducida: si no por los extraterrestres, por algo que igualmente no reconozco, que no tengo los recursos para entender. Tengo la cabeza embotada, este rojo bufón dividido. En resumen, Tony, entre tú y yo, esta historia con Pietro puede que se esté convirtiendo en algo de verdad.

Y conocer REALMENTE a otra persona es un jaleo tremendo… Precioso. Pero un jaleo tremendo. ¿Cuántas veces los del Arca nos hemos imaginado la vida, cuando por fin nos tocara de nuevo a uno de nosotros? ¿Cuántas? Pues bien, hoy sé que, incluso hablando tantísimo del amor, del amor no se puede saber nada. Al revés, se corre el riesgo de perder de vista aún más sus reglas: y la única válida es que dichas reglas no existen. O mejor dicho, hay tantas como somos nosotros. Y es justo esto lo que me ha dejado maravillada, ¿me explico? Me ha dejado maravillada el esfuerzo que estoy haciendo para comprender cuáles son las reglas con las que juega Pietro. Y él se está esforzando en comprender las mías.

Es una aventura apasionante, es un cansancio monstruoso que se lleva todo: las horas que estaba acostumbrada a dormir, los pensamientos que solía tener, las convicciones con las que contaba, las llamadas de teléfono. Y además de llevarse todo, se lleva también las palabras para decirlo.

Incluso ahora, que querría con todas mis ganas explicarte cómo estoy, me doy cuenta de que se me escapa el sentido profundo de lo que me está pasando. Se escapa a este correo, por fuerza tan caótico, pero sobre todo se me escapa a mí. ¿Cómo

decirlo, mi Tony? Bajo los andamiajes de aquella que fui hasta hace unos meses, se está construyendo la impresión de que Pietro y yo podríamos salvarnos. Pero no el uno al otro. Cada uno a sí mismo, gracias al otro.
De vez en cuando (la última vez justo ayer, mientras me duchaba) me pregunto: «¿De verdad? ¿De verdad he encontrado un hombre que si le hablo de mi absurda relación con Lorenzo intenta comprenderme en lugar de juzgarme?». Y me respondo: «¿Pero por qué? Nosotros, que no hemos tenido la suerte de conseguirlo a la primera, nosotros los aplastados, nosotros los del Arca, ¿no podemos encontrar una persona que nos haga sentir un poco menos extranjeros, un poco menos perdidos? ¿Y por qué todos los demás sí pueden encontrarla y, de hecho, la encuentran? ¿Qué clase de racismo sentimental impide que también a nosotros nos pueda ocurrir algo simplemente justo?».
Que mi silencio de estos meses, por tanto, no te llegue a ti y a los otros como una deserción, sino como una promesa: aquello que nos empeñamos en preparar, con todos nuestros discursos, puede suceder en determinado momento. Y nos puede suceder también a nosotros, animales a la deriva. Sobre aquel Arca que no debe siquiera atreverse a organizarme una ceremonia de despedida, porque, entre las infinitas revelaciones de este periodo, se encuentra también la certeza de que renunciar a Noé no es una condición temporal, sino una condición del espíritu. Con el cual también tienen que vérselas aquellos con quienes nos encontramos, justo como está haciendo Pietro conmigo, mientras yo pruebo a vérmelas con la condición de su espíritu. Me acuerdo de ti, me acuerdo de vosotros. Siempre os llevo conmigo, en esta travesía que parece solitaria, pero en la cual necesito más que nunca saber que estáis ahí.
Tuya,
L.

Las ha escrito un desconocido con un espray naranja fluorescente en el muro de enfrente al instituto del cual eres director, llevan allí años, pero, quién sabe por qué, solo ahora

te parecen escritas para que tú, precisamente tú, puedas pasar por ahí y leerlas:

«ÉL SE ENAMORÓ DE SUS FLORES Y NO DE SUS RAÍCES, Y EN OTOÑO NO SUPO QUÉ HACER»

Te las dijo tu padre el día de tu separación, y solo ahora te vuelven a la cabeza.

«Lidia, que sepas que si de ahora en adelante insistes en buscar la felicidad en pareja, seguramente te volverá a salir mal».

Te las suelta tu hija, un lunes como tantos otros, mientras tú te afeitas y ella se seca con el secador su seto de rizos delante del espejo del baño.

—Papá, ¿estás saliendo con la presentadora de televisión?

—¿Por qué, Colibrí?

—Porque cada vez que llega un mensaje a tu móvil siempre aparece escrito su nombre en la pantalla. Y, además, porque estás muy diferente.

—¿Cómo diferente?

—Diferente.

—¿Pero diferente bien o diferente mal?

—Diferente extraño.

Se tartamudean a los ex.

—¿Diga?

—Pietro.

—Betti.

—Quería solo preguntarte si esta semana podrías traerme a Marianna el jueves por la noche, en lugar del viernes. Habrá una fiesta en la parroquia con los niños de la casa de acogida con los que nos iremos este verano, y me gustaría presentárselos.

—Claro.

—Entonces, nos vemos el jueves.

—… ¿Betti?
—¿Sí?
—Per… Perdona.
—¿Perdona?
—Sí. Perdona, Betti.
—¿Por qué?
—Por todo.
—No te preocupes, Pietro. Yo rezo por ti. Pasa buen día.
—Pasa buen día tú también.

Se soplan a los «amoreternos».

—¿Stitch?
—Lilo.
—¿Cómo está Efexor?
—Se le está poniendo el hocico cada día más blanco. Y te echa de menos.
—Yo también le echo de menos. Y te echo de menos a ti.
—Pero yo siempre estaré, Lilo.
—Entonces, ¿es realmente por eso por lo que nos dejamos? ¿Para no dejarnos nunca? ¿Porque el amor pone todo en peligro cada día, y decir «basta» al amor, como dijiste tú, es la única garantía para no perder nunca a la persona que amas?
—Al final lo has pillado también tú, increíble…
—Entonces, ¿el amor no es más que una desgracia? ¿Y lo que nos ha pasado no nos ha pasado solo a nosotros dos, ocurre siempre, les ocurre a todos, porque está en su naturaleza, está en la misma naturaleza del amor el virus asesino?
—¿Pero qué mosca te ha picado?
—Lo que me ha picado es que quizá, por primera vez, entiendo lo que tú siempre has defendido. Y entiendo por qué me hacía sufrir tanto: porque los dos somos iguales, Lorenzo. Ponías voz a convicciones y miedos que eran y son también los míos; pero si tú hacías el papel del que escapaba, yo podía hacer el papel de la que iba detrás de ti, la que no oponía ninguna resistencia, total, ya estabas tú para arruinarlo todo… Mientras que ahora, ¿sabes cuál es la novedad? Ahora es que ninguno escapa, y si alguno escapara, sería yo, como

profetizaste la noche de Navidad, ¿te acuerdas? Y no quiero escapar, porque…

—¿Va todo bien, Lilo?

—Va todo estupendamente. Pero también mal. En resumen, hay momentos en los que ya no entiendo nada.

—¿Quieres contarme lo que está pasando, en tus vibrantes y lejanas tierras?

—…

—…

—¿Te acuerdas del padre separado de aquel programa de *Todas las familias felices*?

—El espárrago con la exmujer monja.

—Se llama Pietro. Pietro Lucernari.

Se escriben de noche, porque no consigues dormirte.

De: lidia.frezzani@tin.it
Fecha: 15 junio 2015 01:33
Para: direccion@liceosocrate.eu
Asunto: Dos cosas

1) No es verdad que me haya trasladado a Milán hasta diciembre por ese documental sobre las tres familias. Es más, de hecho no existe ningún documental. Me he trasladado a Milán por ti. O mejor: para dar la oportunidad de que suceda entre nosotros aquello que podría suceder. Y de hacerlo más allá de los confines de la que siempre he llamado Vida Imaginada, donde ahora me sentía prisionera, pero al mismo tiempo protegida. Quería entender si, en Aquella Vida Verdadera, con todas sus insidias, había algo que tuviera que ver conmigo. Que tuviera que ver con nosotros.
En estos momentos seguramente estarás pensando que soy una acosadora, o te sentirás agobiado por mi presencia en Milán. Pero confía en mí, te lo pido por favor: yo no quiero nada que tú no quieras darme, e incluso así no sé si lo querría… Estoy al menos tan hecha un lío como tú. Si tuviera que ser la Vida Verdadera, sentía la necesidad de confesarte también la única mentira que te he dicho. Perdóname, pero era la única manera de que

nuestro encuentro no acabase en el montón de las posibilidades y se convirtiera en lo que se está convirtiendo. Que, por cierto, no tengo ni idea de lo que es.
2) Creo que me he enamorado de ti. De hecho, no. Estoy bastante segura.

Palabras nuevas para que le hables de ti a él, a ella, a todos.
A ti.
Antes que a todos, las palabras nuevas hablan de ti a ti.
Por esto invocamos: ahora.
Por esto, ahora, llega el miedo.

Desde que terminó el juicio por la custodia, hace ya dos meses, Pietro lleva cada viernes a Marianna donde Betti, a la hospedería de la parroquia, y se instala en casa de Lidia hasta el domingo.

Tiene una copia de las llaves, y cuando Lidia las oye en la cerradura, incluso si lo estaba esperando, o quizá precisamente por eso, siempre siente un pequeño sobresalto. También a Pietro hay algo que le oprime por dentro cuando abre la puerta y se encuentra con aquella cara que tiene todo el día en mente, que de verdad tiene todo el día en mente.

Siempre, el viernes por la mañana, se llaman por teléfono.

«¿Vamos esta noche al cine?».

«¿Vamos mañana a ver esa exposición increíble que termina la semana que viene?».

«¿Nos levantamos temprano y hacemos una excursión por Liguria?».

Pero luego, cuando están juntos, solo son capaces de hablar y de tocarse, de hacer el amor y de hablar. Comen, duermen: totalmente al azar. Y la tarde del domingo se los encuentra así.

Desnudos, en la cama.

—… entonces la primera mujer de Michele vino a Roma para darle una sorpresa, y es evidente que es la única mujer que siempre le ha interesado, pero precisamente para superar su dependencia, como ella ahora está casada con otro y no consigue dejarlo, esa tarde él salió con una tipa; y cuando la primera mujer llamó al telefonillo…

—Lidia.

—¿Te estoy aburriendo? Mira que es una historia graciosa, ahora viene lo bueno.

—No lo dudo.

—¿Y entonces?

—Ves, yo no soy tan bueno como tú en mostrar lo que

pienso.

Que sí, que sí que lo eres, le dice Lidia. Y para decírselo, le besa un ojo, le besa otro. Que sí que lo eres. Es solo que lo haces a tu manera. Como todos. Con la diferencia de que tú piensas cosas diferentes a los demás. O, en todo caso, que a mí me lo parecen. Lo que, para el caso, las hace diferentes.

—Y cuando digo «pienso», quiero decir lo que tú definirías como «siento». Lo has entendido, ¿verdad?

Verdad, Lidia lo ha entendido. Lo que, sin embargo, no entiende es por qué ahora Pietro se ha sentado. Por qué se ha deshecho de su abrazo, especialmente de aquel tierno y atontado de la noche que acaban de pasar y del de esta mañana, y ha adoptado un tono tan serio. Una expresión tan seria.

—Escucha.

—Te escucho siempre, Pietro. Dime.

—Tu correo de la otra noche me emocionó.

—Venga, eran solo un par de pensamientos sueltos, no tienes que sentirte en la obligación de añadir nada, es que ya no podía seguir con la payasada de lo del documental y entonces…

—Yo también.

—¿Qué?

—Yo también me he enamorado de ti. —Necesita mirar el armario empotrado de delante de la cama. Luego le coge una mano, le besa uno a uno los dedos. La mira a los ojos y repite —: Yo también.

Lidia aparta la mano, se la pasa entre los rizos, mira el armario empotrado, a él, el armario empotrado. ¿Y luego?

Dice:

—Siempre me hace gracia.

Simplemente esto: siempre me hace gracia, dice. Y continúa:

—Siempre me hace gracia que los hombres reconozcan lo que vale una mujer cuando empiezan a hacer el amor con ella con cierta regularidad. La mujeres, sin embargo, tienen rápidamente bien claro quién es el hombre que les gusta. De hecho, hacen locuras, se trasladan de Roma a Milán para estar junto él, y justo cuando empiezan a hacer el amor con cierta regularidad… ¡tac! Le parece más y más indefenso. Más

improbable. Mientras que a ojo de los hombres, las mujeres son más y más creíbles.

—¿Por qué haces esto ahora, Lidia?

Ya: ¿por qué hace así, ahora? No sabe por qué. Además, ¿así cómo? La suya era solo una broma. Solo quería desdramatizar, porque las grandes escenas no están hechas para mí, soy demasiado emotiva para soportar sus cargas: pero tendrá claro que lo que me acaba de decir me ha dejado sin habla, ¿no? Como ella tiene claro que ahora Pietro se ha quedado chafado por su reacción. Y Lidia descubre, de golpe con cierto terror, que hay una parte de ella que lo siente. La otra no.

—Perdona. En serio, perdóname. Era solo una broma. Una estupidez de las mías. Cuando hay algo que nos afecta, tú te quedas callado, y yo hablo demasiado y sin sentido. Ahora lo estamos comprobando… Ven aquí.

Lo aprieta contra sí, se aprieta contra él.

—Te quiero.

—Te quiero.

—…

—¿Lidia?

—Pietro.

—Me gustaría que una tarde vinieras a cenar a nuestra casa. A la mía y a la de Marianna, quiero decir. Cada día me pregunta más por ti, y quizá haya llegado el momento de hacerla partícipe de nuestro cariño.

Ha llegado el momento. Nuestro cariño: esto también le hace gracia a Lidia. Pero Pietro habla como un libreto de Verdi, ya se sabe. Y, en cualquier caso, más allá de la forma, le ha dicho algo importante, ¿no? Algo muy importante. ¿No?

—No, Pietro. O sea, lo estoy deseando, ya lo sabes… Pero habíamos decidido que iríamos con cautela hasta después de las vacaciones, y sigo pensando que es mejor así. Ya va a ser bastante chocante para Marianna el primer verano con la comunidad de Betti. —Se enciende un cigarro, aunque a Pietro le moleste que fume en la cama. Pero esta vez él no parece ni darse cuenta—. Solo falta que se haga un lío y me vea como una madre alternativa o, lo que es lo mismo, como una amenaza, porque ella ya tiene una madre…

—Mmm.

—Sin embargo, sería bonito que el día de mañana me viera como… yo qué sé. Como una prima. Una amiga mayor. O quizá más pequeña, dependiendo del día. —Pietro sonríe finalmente—. No demos un paso en falso.

—Tienes razón, Lidia.

—…

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú qué planes tienes para este verano?

No tengo planes, solo ganas: ganas de que, una vez Marianna se haya ido al campamento y hayan emitido el último de los programas de esta edición, tú y yo nos escondamos del resto del mundo y durante dos semanas seamos nosotros mismos, finalmente nosotros y punto, da igual dónde, pensaba Lidia desde hace meses y hasta hace solo un momento.

Pero: ir a la casa de campo de Lorenzo, se encuentra pensando, ahora. Y después, como de costumbre, alquilar una casa en cualquier rincón de Grecia con Tony, Elisa, Greta y Michele.

—Todavía no se me ha ocurrido nada.

—Me gustaría ir contigo a Favignana.

—…

—No he vuelto desde que se vendió la casa donde me crié… Ni siquiera fui a los funerales de mis abuelos.

—¿En serio?

—Sí. Las primeras veces, cuando hacíamos el amor, siempre necesitaba agarrarme a un recuerdo relacionado con ellos para expresar lo que estaba viviendo. ¿Lo tienes presente?

—Claro.

—Me he percatado de que me comportaba así porque tú me causas el mismo efecto que, de niño, me causaba el verano en aquella isla.

—¿Y este es?

—Y este es que esperaba que no se acabara.

—Ven aquí —repite Lidia—. Ven aquí.

Vuelve a besarlo, despacio. Querría decirle realmente tantas cosas, pero no le viene a la cabeza ni siquiera una. Bueno, una sí: el final de la historia sobre la sorpresa que su

primera mujer le hizo a Michele.

No tiene ni idea de por qué es solo de aquella gilipollez de lo que le apetece hablar, ahora.

Porque, después del primer impacto, le habíamos cogido gusto.

Es verdad.

Ahora vuelvo a sentir moverse una bolita, bajo las costillas, a la altura de la barriga.

Ahora le confieso quién soy.

Ahora intento descubrir quién es.

Ahora uso palabras nuevas.

Ahora lo toco como nunca he tocado a nadie.

Ahora me dejo chupar donde nadie, nunca.

Ahora soy nuevo, soy nueva.

Perdona, ¿qué haces?

A lo mejor cambio.

¿Cambias? ¿En serio?

Sí. Ya no me aguantaba más.

… ¿Y nosotros?

¿Qué?

… ¡También estamos nosotros!

Perdonadme, es que me estoy enamorando, tengo la cabeza embotada, el cuerpo que antes estaba lleno de arena, ahora está lleno de sí mismo, y el rojo bufón está dividido: ¡no os oigo!

¿Cómo que no?

¡Hablad más alto! ¿Quiénes sois?

SOMOS TU INFINITA ADOLESCENCIA, TUS VÉRTIGOS, EL VACÍO, LOS VICIOS DE TU PENSAMIENTO, TU MADRE, TU PADRE, LAS EXCUSAS, LOS ESQUEMAS DE SIEMPRE, SOMOS TUS APEGOS PERVERSOS: ¿DE VERDAD QUIERES RENUNCIAR A NOSOTROS? SI NOS HAS DEJADO MANDAR DURANTE TANTO TIEMPO, SERÁ POR ALGO, ¿NO? Y LO SABES, ¿CUÁL ES EL MOTIVO?

EL MOTIVO ES QUE NOSOTROS SOMOS TÚ.
TÚ ERES NOSOTROS.

No nos lo esperábamos, en este periodo en forma de momento, en este ahora.

No nos esperábamos que fuera tan débil como para que oyéramos todavía esas voces.

Pero, sin embargo, es precisamente porque ahora es ahora, porque ahora es fuerte, que no puede renunciar a aquellas voces.

Porque vencer fácil no le divierte.

No le sirve, no le basta.

Y es entonces que empieza a jugar duro: y el hombre extraordinario, la fabulosa mujer que un momento antes sacaba lo mejor de nosotros, lo nuevo, ahora de golpe nos parece un monstruo, nos parece una serpiente. Porque saca lo mejor de nosotros. Lo nuevo.

Gracias a su historia, que no tiene nada que ver con la nuestra, pero nos concierne.

Defenderse, defenderse.

Hay que defenderse.

¿Enviamos un correo al francés que conocimos aquel verano en Santa Cruz, cuando creíamos estar desesperadas y, sin embargo, pensándolo bien, éramos solo jóvenes y estupendas?

¿Llamamos a aquella profesora de inglés que en su día nos rechazó, pero que desde hace unos días tiene una mirada diferente, menos segura, y a lo mejor esta vez cae? ¿O a aquella psicóloga que conocimos en un chat, que rechazamos, pero que, pensándolo bien, no estaba nada mal?

No, venga, hagamos algo mejor: torturemos a aquel monstruo, aplastemos a aquella serpiente.

Hagámosles ver quiénes éramos antes de su llegada, antes de su emboscada.

Demostremos por fin quiénes somos y quiénes seremos siempre: ¿estás contenta así, mi infinita adolescencia? ¿Estáis

contentos, vértigos y vacío? Vicios del pensamiento, mamá, papá, excusas, esquemas de siempre, ¿está bien así? Miedos, yo no os abandono.

Pero vosotros no me abandonéis a mí.

Cogedme de la mano.

Si no, me termino cayendo.

¿Y qué pasa si te caes?

Pasa que, a lo mejor, cambio.

«… *Excuse-moi*… Yo pensaba que, por lo menos por la mañana, lo *conseguía*… *Mais non*…».

Mina se enciende un cigarro y sonríe como diciendo «no te preocupes» al tipo de ojos transparentes y músculos marcados del que no recuerda el nombre. Se acaba de despertar a su lado en el hotelito de la Lorena donde ha venido a pasar su primera semana de vacaciones. Para una pequeña exposición sobre Francesca Woodman a la que la ha invitado una amiga de Metz que conoció en un chat de amantes de la fotografía, pero fundamentalmente para cambiar de aires, para liberarse de aquel pensamiento prohibido, del deseo que no debería sentir, y sin embargo siente, hacia un hombre que no solo está desesperadamente ligado a la mujer que desde hace seis años ya no está, sino que, como si no bastase, es paciente suyo. En la última sesión le aconsejó que se lanzara, no toca a una mujer desde que se quedó viudo, le empujó a que probara con la primera que encontrase, que separara la necesidad de reconquistar los confines del propio cuerpo de la posibilidad de reconquistar un sentimiento. Para eso ya habrá tiempo, le ha explicado, ahora lo que es necesario para él antes de nada es volver a sentirse hombre. Como para ella es necesario volver a sentirse mujer: por eso, ayer por la noche, mientras paseaba por la orilla del río junto a su amiga de chat, se ha encontrado con aquella mirada azul y ha dejado que se le acercara.

«¿Italiana?», le ha preguntado él. Que, sin embargo, vive aquí, en Metz. Durante un tiempo vivió en California, en Santa Cruz, donde había ido para hacer surf, pero donde en determinado momento conoció a una americana, una tal Rosemary, a la que dejó embarazada. De golpe esperaba un niño que no deseaba de una mujer a la que no quería y a la que además traicionaba continuamente, porque él es así. Hasta que, en el séptimo mes de embarazo, ella le pilló una

noche con la chica de la caja en el baño del restaurante donde trabajaba, y le ordenó que desapareciera inmediatamente, al instante, que no volviera a hacerse ver ni oír.

Todo esto lo sabe Mina porque él comenzó a desnudarla en el ascensor del hotel, incluso antes de llegar a la habitación, pero, una vez allí dentro, no consiguió hacer nada. Nada. Y se echó a llorar. «Porque el sexo siempre ha sido mi fuerte», sollozaba en una extraña mezcla entre italiano y francés. Pero desde que ha vuelto a Metz, cada vez que toca a una mujer se paraliza.

—¿Qué? ¿*Qué está sucediendo a mí*, ahora? *Pourquoi?* —ha preguntado a Mina, con los ojos transparentes desorbitados por la angustia.

—Tu inconsciente reclama atención. Como es más inteligente que nosotros, para hacerse notar no nos priva de algo de lo que podamos prescindir, como, qué sé yo, del helado de la primera noche. Pone en peligro lo que más nos interesa, y de esta forma nos obliga a admitir aquello que nunca admitiríamos. En tu caso, quizá te quiera sugerir que no es verdad que no quieras ser padre: quizá solo tengas miedo —le ha explicado ella, que con el francés simplemente quería volver a sentirse mujer.

Y en lugar de eso, ahora, una vez más se vuelve a encontrar como psicoterapeuta.

Aún menos mujer.

Aún más sola.

En el puente del transbordador a Favignana, Lidia podría perderse en el olor a mar y en el de Pietro, que le acaricia los hombros y le besa el cuello.

Y, sin embargo, lo que sube es el olor de los «y si…».

La persigue desde hace semanas, y en los últimos días se ha hecho cada vez más ácido.

Pero ahora le explota en la cara y lo impregna todo. El mar, Pietro, el horizonte, Pietro, la isla que empieza a despuntar en el horizonte: Pietro.

¿Y si esta fuera la enésima ilusión óptica?

¿Y si, una vez más, me hubiera lanzado de cabeza a esta historia con él solo para acallar, con el subidón de la conquista, el vacío que siento por dentro? ¿Y si hubiera sido tan atrevida al principio, si hubiera renunciado a presentar el programa y me hubiera trasladado a Milán simplemente porque me resulta fácil lanzarme, porque las emociones fuertes son mi especialidad, mi ecosistema, pero cuando llega el momento de pasar de algo emocionante a algo íntimo, es decir, ahora, me diese cuenta que no lo sé hacer, no me pertenece, no me apetece? ¿Y si, resumiendo, esto que llamo amor fuera solo una estratagema para sacar a empellones a la típica, a la rota yo, fuera de la puerta de la casa que no tengo, y si ahora —ahora— esa típica yo volviera, como un ladrón, por la ventana?

¿Y si mi parte que continúa pegada como una medusa a Lorenzo, y que no consigue divorciarse, fuera mi parte más auténtica?

¿Y si presentar *Todas las familias felices* fuera la única manera, alternativa y engañosa, pero, en cualquier caso, mía de poder asegurarme una?

¿Y si mi infinita adolescencia en el Arca sin Noé se convirtiera en un infinito lamento?

Observa a Pietro que, asomado al puente, absorto, observa

cómo la isla se va acercando cada vez más.

Qué sexi está cuando por fin se deshace de esos absurdos trajes de director y se pone unos vaqueros y una camiseta. Cuando deja esos zapatos de persona seria que, al principio, no me entraban en la cabeza. A los cuales ahora me he acostumbrado, es verdad.

Y si incluso.

¿Y si incluso, a la larga, una *hippy* y una persona seria tienen realmente algo que darse, algo que decirse?

¿Y si Pietro estuviera simplemente cegado por lo mucho que nos gusta hacer el amor? ¿Qué será de nosotros cuando no nos den ganas de saltarnos encima dos veces al día, y nos toque a nosotros practicar sexo en lugar de dejar al sexo que lo practique todo? ¿Y si solo en ese momento él descubriera quién soy, y si este no fuera un buen descubrimiento?

Y si. Y si, y si.

¿Y si tuviésemos asignado un único gran amor para cada uno, y el mío hubiera sido Lorenzo y el suyo la tal Celeste? No es por casualidad que, una vez acabada la historia con ella, Pietro conociera inmediatamente a Betti y se casara con ella sin ni siquiera haber pasado un año. En resumidas cuentas, que prefiriera hacer como si nada: como hace ahora con la cuestión de Marianna. Todo bien, dice él, «ha llegado el momento de hacerla partícipe de nuestro cariño». Pero ¿y si esta seguridad suya fuera, en realidad, inconsciencia, la misma que justo le hizo casarse con Betti exclusivamente para evitar el contacto consigo mismo? ¿Y si este hombre que ahora me está cogiendo de la mano y me está ayudando a bajar del transbordador y me dice bienvenida a mi isla, a nuestra isla, y si este hombre bueno, apasionado, este hombre original que habla escuchando y que escucha incluso cuando no hablo fuera en realidad un débil y, por tanto, como todos los débiles, fuera peligroso?

Porque ahora, además de tus miedos, están también los miedos de los miedos del otro.

La casa es un cubo en el interior de la isla, escondido entre agaves, pinos y algarrobos. Se la ha prestado a Pietro un tío de su madre, que le ha dejado las llaves debajo del felpudo y

ha preferido no presentarse, ni siquiera para un saludo rápido.

—Desde que murió mi madre y mi abuelo perdió casi todo, la familia se cerró en un terco silencio, y cada uno de ellos se la tiene tácitamente jurada al otro por no poder ya permitirse vivir despreocupado y rico —cuenta Pietro mientras cocina para ella. A Lidia le encanta cuando esto ocurre: nadie, antes que él, le había hecho sentirse tan querida y protegida, ni siquiera sus padres. Pero esta tarde está presente ese maldito olor. Más penetrante incluso que el del atún que han ido a coger al puerto, a un viejo pescador que ha abrazado a Pietro como si fuera un hijo—. Con la gente de Favignana, sin embargo, es diferente. Todos se han mantenido ligados al recuerdo de mis abuelos y de mi madre. ¿Has visto a Agostino, el pescador? Me ha reconocido de inmediato. Y eso que la última vez que me lo encontré debía de tener dieciséis años. Toma: espero que no haya espinas. —Lleva los platos a la mesa del patio. Hace buena noche, sopla un viento ligero y el silencio se acuerda con un concierto de grillos—. Mañana cogemos las bicicletas y te muestro la isla, ¿te parece bien?

—Pues claro que me parece bien.

—¿Te gusta el atún?

—Buenísimo, gracias.

—Lidia, ¿qué pasa?

—Nada.

Pietro deja caer el tenedor en el plato. No es un gesto agresivo, pero para alguien tan tranquilo como él, significa algo. Significa: Lidia, ¿por qué? ¿Por qué desde hace un mes, cada vez que busco tu mirada, tú la agachas o la levantas; por qué caes en pensamientos que no deben de tener nada que ver con nosotros, si te envenenan esa mirada siempre viva que tienes y te hacen apretar la frente con los dedos, justo como estás haciendo ahora? ¿Dónde vas cuando caes? ¿Dónde caes?

—¿Qué pasa? —repite.

Lidia continúa masajeándose la frente y tiene los ojos cerrados.

—No sé qué pasa, Pietro. Pero empiezo a cuestionarme cosas sobre nuestra historia.

—¿Y por qué?

—Las preguntas llegan por su cuenta. No hay para nada un por qué.

—A mí me parece que todo va bien entre nosotros.

—Pues claro que va bien. Claro.

—¿Y entonces?

Lidia abre los ojos y descubre que los de Pietro, ahora, están alarmados.

Se parecen a los de un niño. O mejor: se parecen a los que tenía ella cuando estaba con Lorenzo y él no podía evitar torturarla con sus dudas, con sus chantajes, con su divagación sobre la vida mejor que habría podido llevar si no la hubiese conocido. Se comporta así porque quiere provocarte, estar enamorado de ti lo hace sentir indefenso y necesita atacar: le había explicado la psicóloga en su día. Y Lidia se pregunta si ahora, quizá, no le ha llegado el turno de comportarse como Lorenzo, y de provocar a Pietro, porque estar enamorada de él la hace sentirse indefensa.

—Perdóname, Pietro. Lo sé, en este último periodo estoy insoportable.

—No tienes que pedir perdón por nada. Simplemente querría que me hicieras partícipe. Eres precisamente tú la que, cada día, me enseñas que compartir no es perder algo, sino ganarlo. Mi viejo yo nunca te habría pedido explicaciones. Menos aún sobre tu turbación.

—Sí. Pero yo soy buena con las turbaciones de los demás. Me cuesta más compartir las mías.

—No tenemos prisa: nos esperan dos semanas solo para nosotros. —Le acaricia las manos, los brazos.

—Pietro, la cuestión es… —Lidia necesita levantarse. Se enciende un cigarro, da tres caladas y lo apaga, da una vuelta al patio, la noche está oscureciendo y las estrellas parecen gigantes, cercanísimas—. La cuestión es que tengo miedo.

Pietro sigue mirándola con esos ojos que ella conoce tan bien y que le hacen pedazos el rojo bufón. No quiere hacerle sufrir, piensa. No quiero desgastar su amor por mí, como Lorenzo desgastó el mío por él: ¿y por qué? Porque tenía miedo. Y así me perdió.

—Pero no quiero perderte. Eso es, sí: tengo miedo, pero no quiero perderte. —Vuelve a su lado, se le sienta en las rodillas, enrosca un rizo alrededor de un dedo, juega.

Los ojos de Pietro vuelven en seguida a su ternura verde y profunda.

—¿Y por qué deberías perderme, justo ahora que nos hemos encontrado?

—¿Y por qué estás tú tan seguro, sin embargo? ¿Recuerdas la ansiedad que te entró después de la primera vez que hicimos el amor? Desapareciste dos meses…

Pietro sonríe:

—Cuando pienso en ello me parece gracioso, ¿a ti no? Estaba convencido de que una presentadora de televisión no daría un duro por un pobre desgraciado como yo, te imaginaba presa de una existencia rutilante, me parecía inverosímil incluso el solo hecho de que te acordaras de haber pasado una noche fogosa con un director que…

—No me refiero a gilipolleces de ese tipo, Pietro. —La voz de Lidia, que había vuelto a ser la de siempre, de niña que fuma, ha vuelto a desaparecer. Y de nuevo Pietro la mira de aquella maldita forma.

—Lidia, ayúdame a entender. Porque, de verdad, no entiendo.

—Es verdad. Es verdad que no entiendes. —Ni siquiera los ojos de Pietro, que fueron también los suyos, tienen el poder de parar aquella cosa negra y al mismo tiempo clarísima que le está subiendo por dentro—. Porque tú prefieres quitarte de encima las dificultades, llevas toda la vida funcionando de esta forma.

Se levanta otra vez y otra vez se enciende un cigarro.

Se levanta también Pietro, en esta ocasión. La coge por las muñecas, con su habitual delicadeza, aunque la obliga a mirarlo.

—Desde luego que me he portado así en el pasado, es verdad. Pero en estos momentos, francamente, no veo cuáles puedan ser las dificultades entre nosotros. Quizá, más que de mi apatía, es de tu incapacidad para disfrutar de la paz de lo que deberíamos hablar. De la necesidad que, evidentemente, tienes de un enemigo que no puedes encontrar en mí. Y entonces te las inventas.

El tono de Pietro es firme, pero calmo. El de Lidia no. Es rabioso y es frío:

—¿En serio? ¿En serio me estoy inventado yo el esfuerzo

que le costará a Marianna aceptar nuestra relación? ¿Y me estoy inventando el hecho de que me parece imposible, imposible, dejar que mi separación siga su rumbo natural, y pasar al divorcio, porque significaría divorciarme de mi parte niña que no puedo, y quizá tampoco quiero, aunque con casi cuarenta años sea patético, abandonar del todo? ¿Me estoy inventando este afán asesino de huir siempre, siempre, no importa exactamente dónde, lo que importa es que sea lejos, lejísimos de lo que me es más cercano? ¿Me estoy inventando también el riesgo de que antes o después ese afán vuelva y se lo lleve todo sin darme nada a cambio, porque así es como es? ¿Me estoy inventando la apatía con la cual tú reaccionarías ante todo esto, porque así es como eres, y prefieres terminar de golpe con una persona que iniciar una confrontación? ¿Me estoy inventando todos los motivos por los que tú, yo y, por consiguiente, nosotros somos frágiles, y quizá estamos solo corriendo el riesgo de infligirnos un nuevo dolor que esta vez sería irreparable, porque cuando nos encontramos éramos ya dos supervivientes?

Pietro espera que termine, después le da un beso suave en una mejilla, y entra en casa. Lidia se queda sola en el patio, se acurruca en los escalones de toba, aprieta las rodillas contra el pecho y empieza a llorar. Flojo, para que no la oiga nadie. Los grillos, los agaves, los pinos, la noche. Pietro.

Después de unas horas, se despierta ahí: el alba está apartando las últimas lenguas de oscuridad, alrededor el campo empieza a brillar. Descubre que él le ha echado una manta por encima, para que no cogiera frío. Y le ha dejado una carta, al lado de una cafetera ya lista para ser puesta en el fuego.

Los motivos por los que tú, yo y,
por consiguiente, nosotros somos fuertes

Tú
Tu increíble energía vital.
Tu fantasía.
Los animales del Arca.
La obstinación en no perder lo que de precioso te liga a

Lorenzo.
El conocimiento profundo que, después de todo lo que has vivido, tienes ahora de ti misma, y que te permite no engañarte y no engañar.
Lo que siento por ti.
Lo mucho que te gusta hacer el amor conmigo.

Yo
Mi curiosidad.
Mi paciencia.
Marianna.
Mi deseo de seguir en contacto con lo que siento, para no repetir nunca más errores que ya he pagado.
La pasión por los estudios que abandoné y que, de cualquier manera, querría retomar.
La seguridad de que la mejor parte de mi vida apenas ha comenzado.
Lo que tú sientes por mí.
Lo mucho que me gusta hacer el amor contigo.

Está terminando de leer, cuando le oye entrar en la cocina y acercársele por la espalda.

—Vayamos ahí y hagamos el amor.

—¿Quién?

—Tú y yo.

—¿Y cuándo?

—Ahora.

Como de una lámpara maravillosa, de aquella noche salen días fáciles, días felices. Favignana despliega sus alas de mariposa, parece hecha para ellos y ellos se dejan hacer. Se confían al aire fresco de las primeras horas de la mañana, cogen las bicicletas y se van, siguen las canteras blancas que les conducen a las grutas Bue Marino, se lanzan al agua cuando todavía no hay nadie en los escollos, y pueden nadar como les da la gana, sin bañador, después se tumban al sol, desnudos, se vuelven a vestir y llegan al pueblo, *brioche* y *granita*[5] de mora, hablan con un pastelero que recuerda a Pietro de cuando su abuela lo llevaba a que eligiera un dulce como premio por haber terminado los deberes, y Pietro siempre elegía la *cassatella*[6], o con la estanquera de *piazza*

Sant'Anna que es hermana de la profesora de piano de la madre de Pietro y si supiera qué chiquilla maravillosa era, una auténtica princesa, dice, con todos esos bucles y aquellos ojos de gato, después dan una vuelta por la almadraba, cogen el pescado para la cena donde Agostino, lo llevan a casa, querrían volver rápidamente al mar, pero empiezan a besarse en el patio y hacen el amor donde les pilla, así que cuando vuelven a coger las bicicletas por la tarde ya se está yendo, y se encaminan hasta el faro, hasta los precipicios de Cala Rossa o se tumban en Lido Burrone, junto a niños que montan escándalo y padres que para hacer que se callen gritan aún más fuerte, pero ellos dos ni los oyen, siempre tienen algo que contarse, un recuerdo, una idea, nada. Hasta que la puesta de sol da su espectáculo, se ponen en marcha hacia casa, Pietro cocina para Lidia, Lidia le dice enséñame, él le dice déjalo, ¿no te fías de mí en la cocina?, la verdad es que no, y una vez en la cama —cuando no tienen bastante con hablar y acariciarse, con descubrir un nuevo punto, de la historia o entre las piernas del otro— lo que son parece iluminado desde abajo y finalmente sale todo a la superficie.

Pietro, de vez en cuando, mientras pedalea al lado del mar, echa de menos, de golpe e irremediablemente, a Marianna: pero ella le llama por teléfono al menos una vez al día desde el campamento, parece pasárselo bien, y Pietro le promete que en agosto les tocará a ellos dos, irán al *camping* de siempre en Calabria, no se lavarán nunca y comerán solo helados.

Lidia, de vez en cuando, mientras se sumerge y se pierde en el rosa y entre los peces amarillos del fondo del mar, echa de menos, de golpe e irremediablemente, a Lorenzo y a los animales del Arca: pero, cuando Pietro esté de *camping* con Marianna, ella se irá junto a Lorenzo al campo, algunos días, y después con Greta, Elisa, Tony y Michele a Grecia, a Samos.

Y, no obstante, hablan de esto.

—¿Qué raro, no? De alguna forma, el espacio de la intimidad, en nuestro interior, se hace más pequeño según crecemos: es cada vez más difícil que se cuele alguien. Pero, al mismo tiempo, según crecemos, quizá tengamos que abandonar el sueño de que ese espacio pueda llenarlo una única persona —reflexiona Lidia, mientras mira cómo el sol

se hincha y se derrite también esta noche en el cielo, antes de colorearlo como le da la gana y, al final, lanzarse al mar.

— Así es —responde Pietro—. Precisamente por eso, en la lista de los motivos que nos hacen fuertes, incluí mi amor por Marianna y tu relación con los animales del Arca y con Lorenzo.

—Entonces, ahora, estar con una persona, ¿qué significa, si ya no significa tener un sitio que consideras tu hogar?

—Quizá significa precisamente presuponer nuestra complejidad y la de la otra persona. E intentar respetarlas.

—Qué jaleo, ¿no?

—Yo, en los últimos meses, intento razonar en términos de riqueza, más que de jaleo. Tenemos dos vidas ricas, Lidia. De errores y de heridas, claro está. Pero también de vínculos que han sobrevivido a esos errores y a esas heridas. Sería artificial y, por tanto, inútil liberarse de esos vínculos. Lo que supone un esfuerzo es mantenerlo todo junto.

—Pero es un esfuerzo. ¿Ves cómo también tú lo admites? Aquellos que se conforman con lo primero que se encuentran, que se hacen viejos con la única persona que, un día, cada vez más alejado, les puso una bolita a la altura de la barriga, a aquellos no debe costarles nada. Son unos oportunistas, porque tienen al lado o dentro de ellos, como si fuera una brújula, un hombre o una mujer: siempre el mismo, siempre la misma. Los hijos que, quizá, les han tocado. En resumen, un único lugar que considerar como su hogar.

—¿Y el esfuerzo para que la existencia con esa persona te sea suficiente? ¿Dónde lo pones? Yo, más que oportunistas, a aquellos que se conforman con lo primero que se encuentran, si los compromisos que aceptan no son excesivos, los considero de premio Nobel de la Paz.

—Oportunistas o premios Nobel, piensa qué aventura conformarse, en general, quiero decir, con la existencia.

—Nosotros también lo estamos intentando, Lidia. —El sol se despide, expande manchas fucsias a su alrededor, y se zambulle—. Quizá un poco tarde y con un pasado al que rendir cuentas. Pero lo estamos intentando.

—Quizá tengas razón, y de hecho… ¿Por qué te ríes?

—Porque en los últimos meses, desde que te conozco, me he ocupado más de dinámicas y alquimias humanas que en el

resto de mis cuarenta y cinco años.

—Y yo, sin embargo, no me he ocupado de otra cosa.

—Y, de hecho, cocinas fatal.

—Dame un beso.

Solo hay una cosa de la que no hablan. O, mejor dicho, Lidia lo ha intentado.

—¿Y la casa de tus abuelos? Está en Cala Azzurra, ¿no? ¿Cuándo vamos? ¿No sientes curiosidad por saber quién vive ahora en ella? ¿Por ver cómo se ha transformado? —le ha preguntado una de las primeras mañanas en las cuales la isla languidecía, todavía adormecida, y ellos montaban en sus bicis.

—Iremos antes o después —le ha cortado él. Y ha tomado la dirección contraria.

Desde ese momento se ha comportado así: Lidia lo sigue, él conoce todos los secretos de la isla, cada día le enseña un camino, un minúsculo quiosco donde preparan la mejor *granita* de limón de toda Sicilia, la ha llevado arriba, hasta el castillo de Santa Caterina que todo lo domina, destruido pero igualmente majestuoso, ha pedido a Agustino que les preste la barca y han ido a Levanzo, le ha ido enseñando, llamándolos por su nombre, todos los árboles, las flores nunca vistas que surgen, caprichosas, a lo largo de los caminitos de grava, los grafitis en la cueva del Genovese. Pero hacia el norte, hacia Cala Azzurra, nunca se dirige.

Y cuanto más se acerca la vuelta a casa, más pequeña se hace Favignana y más enorme aquella parte de Favignana.

Cuanto menos habla de ello Pietro, más se palpa el silencio.

Y Lidia, una tarde, vuelve al tema. Los dos tienen la mirada y la sonrisa boba gracias a una botella de Grillo y a un segundo vaso de *passito*[7].

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—¿Me llevas o no a conocer tus fantasmas? —Pietro da otro sorbo al *passito* e intenta meterle la mano bajo la camiseta de tirantes.

—Venga, Pietro.

—¿Y eso? ¿Ya no te gusta? —Insiste, deslizándole los dedos por la espalda. Lidia le para y entrelaza su mano con la suya

—. Estás encantadora esta tarde. ¿Qué puedo hacer?

—Tú tampoco estás nada mal. —Es verdad, la vida en la isla les está sentando bien a los dos: ha suavizado las facciones de Lidia, le ha desordenado el pelo, ha distendido la cara de Pietro, le ha sonrojado las mejillas y le ha dado un toque salvaje e irresistible—. Pero me gustaría de verdad saber por qué no te da la gana de pasar por delante de aquella casa. Hemos venido aquí precisamente por eso, ¿no?

—Hemos venido aquí para pasar nuestras primeras vacaciones juntos. —Pietro se levanta, empieza a quitar la mesa. Lidia estira las piernas encima de la mesa y enciende un cigarro. Está un poco borracha, está en un momento de rara armonía consigo misma y con el resto. En resumen, habla por no estar callada. No tiene ni idea, realmente no tiene ni idea de lo que está a punto de estallar, o quizá se esté apagando, en Pietro, que, detrás de ella, en el fregadero del patio, se ha puesto a lavar los platos. Y tampoco tiene ni idea Pietro. Pero algo, dentro, siempre ahí, bajo las costillas, está a punto de estallar. O quizá se haya apagado.

—Tenías tantas ganas de volver… Y siento tanta curiosidad por ver las habitaciones donde viviste lo que, antes de conocerte, a mí me parecía una quimera, un mito falso, algo como el triángulo de las Bermudas: ¡una infancia feliz! Mi amor, no sabes la de veces que me lo he preguntado… ¿Me ha ido mejor a mí, que desde el primer momento he tenido que lidiar con las contraindicaciones de venir al mundo, o a ti, que por lo menos has tenido la posibilidad de sellar un pacto de buena fe con el amor y la belleza? —Se para, mira un punto alejado, como si quisiera enfocar al Pietro niño. Pero el verdadero Pietro está detrás de ella, y ella lo está perdiendo de vista. Si no fuera así, no continuaría. Como, sin embargo, hace—: ¿Sabes?, me gustaría tantísimo poder consolar ese dolor imposible que llegó después y se llevó consigo todo el amor y toda la belleza, pero estoy convencida de que los veranos con tus abuelos, la luz de vuestros días perfectos, la comprensión inmediata y el cariño sincero y contagioso que tus padres sentían te protegerá siempre, porque…

—Para. —Se rompe un plato. Una voz que parece una cuchilla. Y que es la de Pietro. Lidia se da la vuelta de golpe, como si detrás de ella hubiera aparecido de pronto un jabalí,

un ladrón, la policía. Alguien que no esperaba. Y que, sin embargo, es Pietro, es su Pietro. Que acaba de tirar un plato al suelo, con un gesto brusco, y aprieta las manos en el borde del fregadero, mientras vuelve a ordenar—: Para.

—¿Pero qué mosca te ha picado? ¿Te has vuelto loco? Solo estaba hablando…

—Este «dolorismo» tuyo es inaceptable, Lidia.—¿«Dolorismo»?

—Sí. Esta manía tuya de buscar continuamente una explicación a tus comportamientos y a los de los demás. Y de encontrar, qué casualidad, una que tenga que ver con el dolor. —Continúa dándole la espalda, agarrado al fregadero.

Lidia se esfuerza en seguir tranquila, incluso si el alcohol se le ha subido a la cabeza y, en lugar de dejarle dar rienda suelta a los pensamientos y soltarle la lengua, ahora tiene que controlarlo.

—No soy fan del dolor, Pietro. Pero estoy convencida de que nuestros únicos maestros son precisamente el dolor y la felicidad: eso sí. Si no aceptamos sentirnos mal cuando nos toca, nunca sabremos realmente estar bien. Y, en este caso en particular, en el de la casa de tus abuelos, solo quería decir que…

—Me importa tres cojones lo que querías decir. —Coge otro plato, y esta vez lo lanza en el fregadero, siempre con un gesto brusco, y rompe también dos vasos que están en el agua.

—Ya basta, Pietro. —Lidia se levanta, lo agarra por un brazo para apartarlo de ahí, para hacer que se siente, para hacer que vuelva a ser suyo, para hacerlo volver en sí—. Basta. ¿Qué ocurre? ¿Es el dolor el problema? ¿Está todavía demasiado vivo lo que sientes? ¿Todavía no has perdonado a Dios, o a quien sea, no has perdonado a tu padre, a Celeste, a Betti? ¿No te has perdonado? ¿Pero no comprendes que era precisamente esto lo que, en el fondo, me turbaba cuando llegamos aquí? No comprendes que es justo el quedarte impasible ante todo lo que me desorienta, mientras que las crisis como esta son una bendición, porque si no fuera así también nuestra historia correría el riesgo de ser la enésima gilipollez que te cuentas, el enésimo expediente que pronto mostrará su miseria, y que acabaremos junto a tus estudios de

Arqueología y a todos los deseos que te requerían simplemente ser vividos y que tú, en lugar de eso, has preferido matar, hasta que…

Lidia siente una plancha que le llega directamente a la cara. No se da cuenta en el momento de que es una bofetada. Y de que el que se la ha dado no puede ser otro que Pietro.

—Lidia, perdona… Perdona… —balbucea él. Ahora la mira, pero con una expresión que nunca le había visto y que hace que le tiemblen los labios, que se le endurezcan sus ojos verdes, sus ojos amables—. Perdona —dice. Pero no con esos ojos. Con esos ojos parece decirle «que te den por culo».

Lidia se masajea la mejilla. El alcohol continúa latiendo en sus sienes y ahora ella le deja actuar. Hurga en su bolso para sacar el monedero, donde guarda la lista de sus motivos de fuerza con los cuales Pietro, hace solo diez días, la tranquilizó; la blande ante sus ojos y la rompe.

—Esta lista no sirve para nada.

Pietro está inmóvil, continúa balbuceando «perdona» con los labios y «que te den por culo» con los ojos.

—No sirve para nada —continúa Lidia—. Porque el único motivo real de fuerza de cualquier ser humano es tomar conciencia de su fragilidad. Yo te he revelado todos mis límites, pero tú no lo haces nunca. Nunca. Y es por eso por lo que luego te rebajas de esta forma: ni siquiera consigues confesar que no puedes acercarte a una casa donde están todos tus mejores y más tremendos recuerdos. Mejor vas y me abofeteas a mí, porque soy culpable de hacértelo ver, en lugar de secundar la vomitiva representación del respetable y seráfico profesor Lucernari, que está tan seguro de «seguir en contacto con lo que siente, para no repetir nunca más sus errores». Tú estás solo en contacto con lo que logras manejar, Pietro. Es decir, con nada que tenga vagamente que ver con el amor.

—Eres despiadada. —La voz vuelve a ser una cuchilla.

—Te trato solo como me trato a mí misma, y no estoy acostumbrada a andarme con miramientos porque me conozco bien, no me engaño y, por tanto, no engaño. Lo escribiste en tu lista, ¿no? Una lista falsa como falso eres tú. Por lo menos esta tarde ha quedado claro quién eres.

Pietro vuelve a agarrarse al fregadero. Sus músculos están

tensos, son el cable de un equilibrista, le tiemblan los hombros.

—Está bien, Lidia. Tienes razón. No me veo con ánimo de volver a ver esa casa, porque en estos días he descubierto que dentro de mí sigue habiendo mucha rabia por todo lo que sucedió. ¿Y sabes cómo lo he descubierto? Contigo. Porque lo que siento, ahora, me oprime en el mismo punto donde me oprime esa rabia. Una rabia que contaba con que estaría enterrada. Un dolor que congelé y del que esperaba que se hubiera encargado el tiempo. No vine al funeral de mis abuelos y nunca he ido al cementerio de Palermo a buscar a mis padres. ¿Contenta? Simplemente he tenido que admitir que ya no estaban, y en lo que respecta a mi padre, que contaba evidentemente muy poco para él, si no fui capaz de retenerlo. Hice lo mismo con Celeste: abandoné la universidad antes que confrontarme a lo que ella me constreñía. Es verdad. No soy un hombre valiente, Lidia. Pero tampoco soy un monstruo. Y tú eres la primera persona sobre la que he levantado la mano en mi vida. Esto no hace menos grave lo que acabo de hacer, ni a tus ojos ni a los míos. Pero nunca me había pasado y nunca más me volverá a pasar. Te lo juro por Marianna.

—Marianna… —Lidia se ha acurrucado en los escalones del patio, como la primera noche. Y, como la primera noche, se ha derrumbado y se ha puesto a llorar, despacio. Después cada vez más fuerte, hasta no poder parar—. ¡Marianna! Si no aceptas tus debilidades, Pietro, ¿cómo podrás comprender jamás las de tu hija? Las evitarás, hasta que te sea posible, y después las sufrirás, como has sufrido las de todos. Quizá ha llegado el momento de preguntarte dónde termina la profunda paciencia de la que tanto presumes, y dónde empieza una profunda indiferencia que agota toda emoción tuya, de Marianna, mía o de cualquier otro que encuentres.

Pietro se da finalmente la vuelta. Verla llorar le resulta insoportable. Además, por su culpa. Querría abrazarla, querría arrodillarse ante ella, repetirle perdóname, perdóname, amor mío, y llenarle las rodillas de besos. En lugar de eso, oye silbar una voz que es como una cuchilla y que, sin embargo, es la suya.

—Y tú qué sabrás de lo que significa tener un hijo. Eres

buena pontificando sobre el amor y el dolor porque afrontas la mal afamada vida real solo en teoría, como la eterna adolescente consentida que eres.

—Y tú qué sabrás, Pietro. Qué puedes saber tú de lo que significa, a mi edad, no tener un hijo.

---

[5] *Granita y brioche*: la *granita* es una bebida típica de Sicilia, parecida al granizado, pero de textura más fina. El sabor a mora al que hace referencia el libro se corresponde con la mora de la morera, no con la zarzamora. El *brioche* es un bollo circular que suele tomarse abierto por la mitad y con helado dentro.

[6] *Cassatella*: tarta hecha con masa quebrada, ricotta y café como principales ingredientes.

[7] *Passito*: vino de pasas. Una de las variedades más famosas es el *passito di Pantelleria*, originario de una isla de Sicilia.

El avión está a punto de despegar con destino a Los Ángeles, las azafatas acaban de pedir que se apaguen los teléfonos móviles y que se pongan los cinturones de seguridad, cuando Luca se fija en la mujer que está sentada a su lado. Tiene unos rasgos bonitos, pero, como de costumbre, lo que le salta a la vista son sus defectos: es demasiado rubia para su gusto y tiene cierto aire resuelto que no le inspira simpatía. Pero la doctora La Scala, en la última sesión, le ha convencido de que la promesa que hizo a Federica cuando todavía no se había convertido en su mujer y, sobre todo, cuando estaba todavía viva, ya no puede seguir definiéndose como una promesa, sino que se ha convertido en un bloqueo. Y sostiene que él, en este punto, tiene que desbloquearse, tomárselo como un deber, intentarlo con la primera que se le ponga delante y pensar que si no le gusta del todo es realmente una suerte, porque así le costará menos acercarse.

Así que:

—*Hello* —le dice a la rubita.

—Hola. Mira, soy de origen americano, pero vivo en Milán y hablo italiano perfectamente.

Su voz es metálica y cortante, pero Luca piensa en la doctora La Scala e insiste:

—Me llamo Luca. Soy de Roma y trabajo en una librería, ¿tú en qué trabajas?

—Me llamo Kate y soy profesora de inglés, pero la verdad es que no entiendo el motivo por el que tú y yo tendríamos que hablar. ¿O solo por el hecho de que una mujer viaje sola vosotros, los hombres, os sentís en el derecho de cortejarla? Di la verdad. Como si fuera una de esas a las que les basta con entrar en un museo, encontrar un científico fascinante que dice dos banalidades sobre una estatua, para poner en entredicho lo que siente por su novio… ¿Piensas que yo soy una de esas? —Luca se la queda mirando alucinado y dice

que no con la cabeza—. Pues eso. Yo no soy de esas. Tengo un novio maravilloso por el cual doy gracias al cielo continuamente. Él es un hombre diferente a todos vosotros. Porque ¿sabes, querido Luca el librero, de qué estáis hechos vosotros? Sois como ese cabrón francés que dejó embarazada a mi hermana Rosemary. Pues mira, estoy yendo a Santa Cruz para estar con ella en el hospital el día que dé a luz. Porque ¿dónde está el padre del niño? ¿Quieres saber dónde está? Ha vuelto a Francia a disfrutar de la vida, después de que Rosemary le pillara echando un polvo rápido con la chica de la caja en el baño del restaurante de mis padres. ¿Has entendido quiénes sois? Y no basta con decir dos tonterías sobre la *Piedad* de Miguel Ángel para ser un hombre diferente, del cual una se pueda fiar. Pues no, no basta. Sin embargo, de Tommaso sí que te puedes fiar. De hecho, yo soy súper feliz de estar con él y no tengo en la cabeza ningún estúpido científico conocido rápidamente, que ni siquiera se habrá dado cuenta de mi existencia. Ahora querría descansar: gracias—. Se pone el antifaz, se lo ajusta en los ojos y finge quedarse dormida al instante.

A Luca le dan ganas de reír un poco y de llorar otro poco.

De llorar porque, últimamente, desde que empezó la terapia con la doctora La Scala, le suele pasar que entra de golpe en resonancia con el dolor de los demás, y esta rubita tiene que tener mucho en su interior.

Pero también le dan ganas de reír, porque ha descubierto que es fácil intentar ligar con una que no te gusta: como mucho, te rechazan.

El avión toma velocidad en la pista, y en ese momento Luca descubre otra cosa. Descubre que no puede más con las cosas fáciles. Desde que Federica se fue, lo único difícil o, mejor dicho, imposible, ha sido olvidarla. No lo ha conseguido, pero ha aceptado no hacerlo más. Y esto, según la doctora La Scala, es ya una conquista.

Así que quizá ha llegado el momento de dejar de lado aquella promesa, incluso si aún no tiene claro dónde, y volver a empezar. Pero no de mentira, como con esta rubita: en serio. Este viaje, por otro lado, es una buena señal: desde que se fue Federica, nunca se había dado un capricho. Le había dado la idea el invierno pasado una clienta. Había entrado en

la librería para buscar la guía de Estados Unidos, quería hacer el *Coast to Coast* con Avventure nel Mondo. Y Luca había pensado que qué maravilla. No solo atravesar los Estados Unidos: para ser sincero, Luca también lo había pensado de aquella mujer. Qué maravilla. Trabajaba de herborista y tenía dos tetas descomunales. Pero no es en ellas en las que está pensando. Es en los ojos de aquella herborista en lo que piensa. Eran ojos buenos. Llenos de esperanza. Aquel día todavía no estaba preparado, evidentemente, para darse cuenta de que se había quedado prendado. Pero ahora sí. Ahora está preparado, por lo menos, para reconocerlo. «Apunté su número de teléfono para avisarla cuando llegara la guía», recuerda. Y decide que, en cuanto vuelva de estas vacaciones, le escribirá un mensaje. Pero no porque necesite desbloquearse. Simplemente porque le apetece conocerla.

Y así, mientras despega el avión, después de tantos años, tantos, tantos que a Luca le parece que fuera la primera vez, siente cómo se mueve algo, bajo las costillas.

Parece una bolita.

—… dónde termina la profunda paciencia de la que tanto presumes, y dónde empieza una profunda indiferencia que agota toda emoción…

—Colibrí, ¿nos damos una ducha?

—Pero, papá, ¡habías prometido que no nos lavaríamos en dos semanas!

Como de costumbre, Marianna no da su brazo a torcer.

Han llegado a Crotona hace unos días, ese *camping* en agosto es una tradición, aunque antes eran tres. Ahora son él y ella. Es precisamente ahí donde una noche, cuando Marianna finalmente se había separado de los otros niños que jugaban al escondite entre las tiendas de campaña y las caravanas y se había quedado dormida, Betti le había pedido que dieran una vuelta. Y le había hablado. Todo había terminado ya entre ellos desde hacía meses, incluso aquella cortesía que después del nacimiento de Marianna les había mantenido juntos se había condensado en un silencio hostil: ella pasaba todo el tiempo en la parroquia, él había comenzado a salir con otras mujeres, o a conocerlas por chat. Pero ninguno de los dos había encontrado aún el valor, o quizá simplemente el modo, de decírselo. Hasta que: «Don Emanuele primero me ha reconciliado con Dios, y después con mi verdadero yo, Pietro. Una mujer que no conocía y que tú no tienes las herramientas para interpretar: te perdono, eres un hombre egoísta, pero en el fondo bondadoso», había soltado Betti.

Después le había anunciado su decisión.

¿Qué había sentido él en aquel momento? Incredulidad. Pánico por el futuro de Marianna. Pero también una enorme sensación de liberación. Al menos eso le parece: porque en el momento no fue capaz de comprender qué le estaba sucediendo por dentro, en el rojo bufón. Le interesaba solo tomar constancia de lo que estaba sucediendo y actuar en consecuencia. Defenderse, como siempre había hecho: en esto Lidia tiene razón.

Lidia, Lidia. Lidia Lidia Lidia. Lidia.

También debería tomar conciencia de todo lo que ha pasado entre ellos, claro. Debería tomar conciencia de aquella noche que terminó así, ella hecha un ovillo en los escalones del patio, él tumbado en la cama mirando al techo. No se había movido ni cuando ella había entrado, había recogido su ropa esparcida por la habitación, la había echado en la bolsa de viaje y había salido. La había oído coger la bicicleta y marcharse, probablemente hacia el puerto, seguramente lejos de ahí. Pero no había conseguido decir ni una palabra. Debería tomar conciencia de que ni siquiera en los días sucesivos lo había conseguido. No la llamó, no la buscó: y tampoco ella se hizo oír. Sobre todo de esto es de lo que debería tomar conciencia. Y, sin embargo, esta vez no puede. Todavía más después de haber vuelto a casa de sus abuelos, donde al final, el último día que pasó en Favignana, se decidió a ir. Pasada la última curva hacia Cala Azzurra, se la había encontrado de frente, encaramada sobre los escollos, blanca leche, y rodeada de chumberas, idéntica a antes.

Cuando todavía no había sucedido realmente nada.

Cuando todo parecía posible.

Había llamado al telefonillo una vez. Dos. Había venido a abrirle el portón una señora envuelta en un pareo amarillo canario, con los brazos llenos de pesadas pulseras de marfil y piedras rojas, la piel quemada por el sol y los pómulos claramente retocados. A su espalda había aparecido un viejo alto, con un largo caftán azul, un marcado acento véneto y ese aire irremediablemente simpático, típico de determinados delincuentillos. Pietro había explicado quién era y la pareja lo había acogido con entusiasmo.

«Porque el nombre de sus abuelos continúa siendo una leyenda en esta isla».

«Porque el agente inmobiliario nos dijo de inmediato que los antiguos propietarios eran gente cultivada».

«Porque cuando uno se enamora de un lugar, se enamora también de los deseos de quien ha vivido en él: nosotros lo hemos dejado todo tal como estaba».

Es verdad: olía a casa ajena, pero aquella era su casa. Aparte de las fotos de los dos hijos y de los cuatro nietos de la pareja, que recorrían todas las paredes, y de un busto en mármol de Luciano Pavarotti —porque, le había explicado la

señora, era la pasión de su marido y ella le había querido sorprender con un regalo especial en su vigésimo aniversario de bodas—, aquellos nuevos ricos y entrañables paletos no habían tocado nada.

Ni siquiera el piano con el que había aprendido a tocar la madre de Pietro y con el cual todos los veranos se empeñaba, con escasos resultados, en enseñar a tocar a su hijo. Ni siquiera la mecedora, en la terraza, donde su abuelo se dejaba caer y preparaba sus clases para la universidad. Ni siquiera la cama de hierro forjado de la habitación donde dormían sus padres y donde Pietro se colaba cada mañana nada más despertarse.

—¿Desde hace cuánto no entraba aquí? —le había preguntado el viejo.

—Desde que se vendió.

—Eso es más de veinte años.

—Sí.

—Debe de ser un gran *shock*.

Seguro que lo fue: pero el verdadero descubrimiento había sido darse cuenta de que ni siquiera el efecto de aquellas paredes, de aquellos objetos —cada cual capaz de entonar una voz antigua y perdida para siempre, de reflejar un recuerdo—, era más violento que aquello que le mordía a la altura de la barriga.

Bajo las costillas.

Y le hacía pensar en Lidia.

En resumen, ni siquiera su pasado le asustaba ahora más de lo que le asustaba la idea de haberla perdido.

Y también mientras le habla Marianna, Pietro se pelea con ese mordisco.

—¿Qué has dicho, Colibrí? Perdona, estaba distraído.

—Menuda novedad. —Marianna levanta la vista al cielo.

—Anda, repítelo.

—Decía que, si tanto te apetece, tú te puedes duchar. Pero yo ahora tengo que ganar una apuesta que he hecho con Rosario.

—¿Y quién es Rosario?

Están volviendo de la playa, y es el único momento del día en que no están rodeados de los amigos con los cuales Marianna queda sin necesidad de quedar todos los agostos, y

con los cuales, sin darse cuenta, se está haciendo mayor. Año tras año, están un poco más entraditos en carnes, más delgados, un poco más descarados o más reservados. Pero todavía no son lo suficientemente mayores para tomar distancia del grupo que los protegió cuando gateaban y, apenas se vuelven a encontrar, vuelven a empezar por donde lo habían dejado el verano anterior.

—Es uno nuevo. De Salerno.

—¿Qué apuesta es?

—Al primero que se lave le toca un castigo. Él llegó ayer, está con sus padres en la penúltima caravana antes del bar. Yo hace ya cuatro días que no me ducho. Pero tú no te has apostado nada con nadie. Así que puedes lavarte.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿Colibrí?

—Sí.

—¿Pero a ti te gusta el tal Rosario?

Marianna se para, lo mira y ríe. A Pietro le gusta tanto cuando esto pasa, que la imita y se echa también a reír con ella. Incluso si no sabe por qué.

—¿De qué te ríes?

—Cómo te transformas cuando hablas de cosas de mujeres.

Para imitarlo, Marianna acelera el paso, saca chepa y hace pendular su cabeza llena de rizos.

—Además, yo ahora estoy con Pili.

—¿Pili?

—Lo he conocido en el campamento. Vive en Milán y su madre le ayuda todas las tardes con los deberes, porque todavía no habla demasiado bien italiano. Viene de Mali: es un sitio de África.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Han llegado a la tienda de campaña y Marianna levanta los brazos, porque todavía le gusta que su padre le ayude a quitarse la ropa, pero continúa con el mismo tono, el de alguien que ahora sabe cosas que él no puede entender—: No es que estemos juntos, Pili y yo. Pero lo quiero. Y yo creo que él también me quiere.

—¿Y de qué lo deduces?

—Siempre quería estar en mi equipo cuando jugábamos a

voleibol. Y también lo deducían los demás, que yo le gustaba.

—¿Lo deducían? Deducir es un verbo inusual en imperfecto y tercera persona del plural.

—¡Pero tú también hablas raro! Y, además, todos estaban seguros de que Pili me quiere. También mamá.

—¿Cómo está? —Es la primera vez, desde que Marianna volvió del campamento, que hablan de Betti.

—¿Quién, mamá? Está bien. Se ha cortado el pelo y ha aprendido a tocar la guitarra.

—La guitarra.

—Sí. —Marianna se tumba sobre la sábana saco y hace la posición de la vela. No consigue estarse quieta, piensa Pietro. Y, como de costumbre, esto le recuerda a Lidia. Sin embargo, en cortar por lo sano cuando corre el riesgo de que una discusión saque a relucir algo que la entristece, se parece cada vez más a él, tanto que, quitando los aspectos prácticos (¿Viviré contigo o con mamá? Además de dos casas, ¿tendré también dos vacaciones? Papá, ¿estás saliendo con la presentadora?), nunca expresa lo que siente por la separación o por la elección de Betti—. Papá, otra vez estás pensando en tus cosas.

—Es verdad, me he vuelto a distraer. —Pietro se tumba a su lado—. Pero no pensaba en mis cosas: pensaba en tus vacaciones. Has ido de campamento con mamá y sus amigas, y ha sido una experiencia nueva para ti, ¿no?

—Un poco.

—¿Y qué te ha parecido?

—Bonita. ¿Vamos al bar? Me apetece un helado.

Nada, no hay manera de sacar ese tema. Si no aceptas tus debilidades, Pietro, ¿cómo podrás comprender las de tu hija? Le vuelven a la mente las palabras de Lidia. O, mejor dicho, siempre están ahí: un instante antes de abrir los ojos, por la mañana, cuando una calma irreal, que pronto se ve rota por todas las voces, los gritos, por todos los anuncios del megáfono, envuelve todavía el *camping*. Un momento antes de dormirse, mientras el megáfono sigue anunciando a grito pelado a medianoche *anguriata*[8], a la una baño nocturno con luna llena, a la una y media zumba y bailes en grupo en la carpa de Información. Siempre allí. Flotan, flotan. Y, a veces, raspan: cuando se despierta por la noche, se gira hacia

un lado y espera encontrarla a su lado, dormida y desnuda, con su pelo largo que baña toda la cama. Pero ella no está. Cuando Marianna, en la playa, hincha con sus amigos una barca, y después se va, y él la mira cómo se convierte en un puntito en el horizonte y le apetecería y necesitaría a Lidia para admitir, primero con ella y después consigo mismo: «Mi hija se está haciendo mayor. Qué alivio. Qué angustia». Pero Lidia no está.

Y a saber dónde está.

A saber lo que piensa.

A saber qué faldita de adolescente lleva puesta.

Porque al acecho, escondidas entre las palabras duras, entre las palabras verdaderas de aquella última noche, están las caras. Tantísimas, y todas de Lidia. Está la cara que pone cuando él empieza a acariciarla y ella cierra los ojos. La que pone cuando él entra en casa y ella no veía la hora de que llegase —Pietro se da cuenta—, y, precisamente por esto, no logra sostenerle la mirada, sino que la baja y sonríe, misteriosa y mágica. La que pone cuando dice cosas inoportunas y es la primera en darse cuenta, pero aun así continúa. La que pone cuando lo escucha, cuando quiere convencerlo de algo a toda costa, cuando está concentrada escribiendo un guion para el programa. Aquella descarada y mentirosa que puso cuando le anunció que se trasladaba a Milán: uno se enamora también de los deseos de los otros… Qué razón tienen los propietarios de la casa de Favignana. Porque lo más seguro es que yo me quedara embelesado con Lidia al instante, en el mismo momento en que entró con la *troupe* en mi casa, pero si ella no hubiera dejado de presentar el programa, si no hubiera apostado todo a su deseo de dar una oportunidad a nuestro encuentro, si no me hubiera dado la posibilidad de reconocer lo que sentía, quizá me hubiera implosionado dentro. En lugar de haberlo dejado vivir, lo habría matado… Como cada uno de mis deseos. Cada uno de mis disgustos. Como ahora, ahora no lo consigo hacer con esta cosa que me muerde la barriga: porque de todas las caras de Lidia que, como mantas mojadas, me oprimen cada hora del día, la que más me atormenta es su cara después de la bofetada. Era una cara que decía: «No me creo que hayas sido tú». Ni siquiera yo me lo creía. Ni siquiera yo me lo creo. Y,

sin embargo, era yo. Si no aceptas tus debilidades, Pietro, ¿cómo podrás comprender las de tu hija? Sí, ¿cómo haré? Pero, sobre todo, ¿dónde? ¿Dónde se encuentra el valor para hacerlo? ¿Por dónde se empieza?

Lidia siempre me ha parecido más débil que yo, más expuesta al viento de sus inquietudes y del mundo. Sin embargo, a lo mejor el débil soy yo, porque yo desafío al mundo, desafío a las personas que me han abandonado —me he acostumbrado a olvidarlas—, desafío las dificultades que la vida me presenta, con tal de que desaparezcan antes de embestirme. Lidia no, no hace eso, ella se desafía solo y únicamente a sí misma: si alguien la hiere, si una dificultad la acomete, ella se deja embestir. Intenta comprender dónde se ha hecho daño, qué ha perdido y qué no perderá nunca: se derrumba, pero después se vuelve a levantar. Mientras yo no me derrumbo, pero tampoco me he puesto nunca de pie. Me arrastro. De un día a otro, de una relación a otra, de una decepción a un remedio. Y tú qué sabrás, Pietro. Qué sabrás tú de lo que significa, a mi edad, no tener un hijo. Es precisamente esto lo que quizá quería decir Lidia con ese llanto imparable que le llegó a él como una bofetada: qué sabrás tú, Pietro, de lo que significa no tener ni siquiera la excusa de un hijo, ni siquiera ese consuelo, ese santo conflicto en el que poder anularse y olvidarse de uno mismo, ni siquiera esa distracción a esta incesante guerra con los límites, con los miedos, en este desafío ridículo, pero necesario, por comprender qué es lo que podemos cambiar de nosotros, y qué no, qué no podemos cambiar, y, por tanto, con quién debemos reconciliarnos, incluso si quisiéramos ser diferentes, mejores de lo que somos. Pero de otra forma estaríamos condenados a estar solo en contacto con lo que podemos controlar, es decir, con nada que tenga ver vagamente con el amor. Sin embargo, *voilà*, si tenemos hijos, todos estos discursos podemos considerarlos gilipolleces, teorías de eternos adolescentes consentidos, el amor hacia nuestros hijos nos legitima y con ese amor se nos llena la boca. Pero si no aceptas tus debilidades, Pietro, ¿cómo podrás comprender las de tu hija?

—Me apetece un helado —repite Marianna.

—No, Colibrí. Vamos más tarde.

—¿Por qué?
—Porque ahora vamos a hacer un juego.
—¿Jugamos a «Si fuera…»?
—No. Intentemos hacer una lista.
—¿Una lista?

---

[8] *Anguriata*: bebida veraniega a base de sandía y otras frutas de temporada. Se suele usar la cáscara de la sandía como recipiente de la bebida.

—Entonces, ahora, estar con una persona, ¿qué significa?
—Quizá significa presuponer nuestra complejidad y la de la otra persona.

—¿Piensas que soy despiadada, Stitch?

—Bueno, Lilo. Digamos que eres una gran «tocapelotas».

Han bajado a pie por la colina donde vive Lorenzo, y han llegado hasta el lago de Bracciano.

Efexor brinca por la orilla, se moja el hocico, se atreve a meter una pata en el agua, la retira, se reboza en el barro, vuelve a brincar.

Ellos lo miran desde debajo de un plátano.

Lidia, al volver de Favignana, ni ha pasado por Milán, porque Milán sin Pietro no habría hecho más que recordarle todo aquello de lo que, ahora, quiere a toda costa tomar distancia. Y su casa de Roma está alquilada hasta diciembre.

Por eso ha venido aquí directamente. Con aquella noche todavía encima, como una fiebre. Con aquellas palabras, aquella bofetada, aquella rabia.

Los primeros días, lo único que ha querido es hartarse a manga y series de televisión, y Lorenzo, como siempre, se ha revelado como su más fiable camello de regresiones. Después, una tarde, mientras él sacaba del lector de DVD el último episodio de la segunda temporada de *House of Cards* y estaba a punto de meter el primero de la tercera, sin previo aviso, una tormenta se ha apoderado del verano, del campo, y ha hecho saltar la corriente. Lidia ni se ha inmutado: se ha encendido un cigarro y, ella también sin previo aviso, ha empezado a contarlo todo. Desde la grabación de aquel programa de *Todas las familias felices* hasta cuando se subió al tren camino a Milán. Desde la mentira sobre el documental sobre las tres familias a la muerte de los padres de Pietro, desde Marianna a Favignana. Y mientras la oscuridad avanzaba inexorable, se daba cuenta de que no estaba contando esa historia solamente a Lorenzo: también ella escuchaba por primera vez, tan empeñada como había estado en vivirla hasta ese momento.

—En resumen, ¿crees que tengo necesidad de un enemigo, incluso cuando no existe?

—Ya sabes lo que pienso. Y este espárrago de Milán podía desmentir mis teorías, pero es claramente un perturbado, no como nosotros, sino disfrazado del Míster Familia que te habías hecho ilusiones de haber encontrado. Así que sigo convencido de que, cuanto más te sirve de obstáculo un hombre para alcanzar la llamada felicidad, más te evita la molestia de darte cuenta de que el obstáculo eres tú. —Chupa un papel de fumar y empieza a prepararse un porro.

—Entonces, ¿por qué no funcionó entre nosotros? Un obstáculo a la felicidad más grande que tú no lo encontraré nunca, eso es verdad.

Lo besa en una mejilla y él sonríe, con sus ojos enormes, uno marrón y otro verde: están llenos de «amoreterno», pero se rasca la mejilla y la aleja, como hacía siempre, incluso cuando estaban juntos, como hará siempre.

—Nosotros dos nos parecemos demasiado, Lidia, y finalmente te estás dando cuenta. Es como si hubiésemos sido niños juntos, nos entendemos demasiado bien, nada de lo que el otro haga nos puede realmente sorprender u horrorizar. Incluso si yo no fuese el podrido galeón hundido que soy, entre nosotros no podía durar una historia ciega como el sexo.

—No es verdad. La cuestión es que debíamos crecer. Y tuvimos miedo.

—Yo no tengo miedo, Lidia. —Se enciende el porro y empieza a fumar—. Solo estaba cansado. Cansadísimo. El eros se nutre de misterios y de tensiones, y yo, cuando me pediste que encontrara una forma para que volviera a funcionar, no lo conseguí. Se puede considerar un fin, claro, pero para mí, simplemente, pasamos página. —Señala a Efexor, que ahora querría jugar con un pato, pero este huye aterrorizado—. Míralo: nunca se rinde. Tú eres como él y, sinceramente, no consigo entender por qué no te rindes, por qué no te das cuenta de que eres incapaz de vivir y no te estás quieta, en lugar de pelear, de recibir bofetones en el hocico, de buscar desanidar motivaciones recónditas, falsos «y si» u otras delicias por el estilo. En cualquier caso, si te gusta insistir, yo te animo. Mientras tanto, eso sí, permíteme que disfrute de tu

regalo: siempre te estaré agradecido por haberme conducido de la infancia al «demasiado tarde». Ahí en medio ya no queda realmente nada, nada que me interese.

Ahí en medio está ahora.

Y ahora Pietro se deja mecer en la hamaca que ha montado detrás de la tienda de campaña, y relee a Schliemann. Conoce de memoria ese libro, pero desde que dejó la universidad no lo había vuelto a coger.

—¿Qué haces, papá? —Marianna llega detrás de él.

—Estudio, Colibrí.

—¿Por qué? ¿Mañana, cuando volvamos a Milán, te examinará alguien?

—No. Pero este siempre ha sido mi escritor favorito, el arqueólogo más importante de la historia, y me ha entrado cierta nostalgia por lo que piensa.

La niña trepa por la hamaca, se le sube encima.

—Entonces no te molesto —dice—. Incluso si…

—¿Incluso si?

—La he terminado. —Saca del bolsillo de los pantalones cortos un folio arrugado—. ¿Tú has terminado la tuya?

Pietro no se lo esperaba, pero tiene su lista precisamente dentro del libro, y se la entrega a Marianna.

El juego que le había propuesto al principio de las vacaciones era escribir, cada uno por su cuenta, los motivos por los cuales tienen miedo. Y después intercambiarse las listas. Él la había escrito deprisa y corriendo esa misma noche, creía que Marianna habría hecho como hace siempre con lo que no le apetece, que a lo mejor habría fingido olvidarse de ella. Y en lugar de eso, aquí la tienes, abanicando su folio. Así que, piensa Pietro, quizá sí que le apetecía escribir. Es más, quizá no veía la hora de hacerlo, si desde hace unos días se aparta de sus amigos y se queda en la tienda cuando todos se van a la playa. Para hacer los deberes, pensaba él. Y sin embargo…

Se intercambian las listas y Pietro lee en voz alta:

Mis miedos
de Marianna Lucernari

Que este año Veronica me pida compartir pupitre con ella, cuando yo quiero estar con Laura.
Que Pili quiera a otra que no soy yo.
Que el lunes nos pongan dos horas de matemáticas y yo tengo que pasarme el sábado y el domingo haciendo fórmulas.
Que mamá quiera más a los niños de la casa de acogida que a mí.
Que Laura no me devuelva Los reinos de Nashira. Ella es la mejor amiga del mundo, pero a ese libro le tengo demasiado cariño.
Que también papá y la presentadora se van a vivir a una comunidad como mamá y que yo me quedo viviendo sola.
Que papá se queda para siempre triste, como lo está aquí en el camping.

Mientras Pietro leía, Marianna se ha tapado los ojos con una mano. Los descubre inmediatamente, nada más acabar el padre, y antes de que pueda comentar o preguntar algo, lo que sea, se pone a leer ella:

Mis miedos
de Pietro Lucernari

Que Marianna sufra por la separación entre Betti y yo, pero no lo manifieste.
Que Marianna sufra por cualquier motivo, pero no lo manifieste.
Que yo no sepa preguntar a Marianna si sufre, porque también para mí es más fácil ignorar lo que siento frente a una dificultad. De hecho, una vez la oí llorar en su habitación, y me entraron ganas de llorar a mí también, pero no pude abrir la puerta para ver qué estaba ocurriendo.
Que la presentadora no quiera saber nada más de mí: esto me dolería, porque estoy profundamente enamorado de ella.
Que Marianna pueda sospechar que mi amor por la presentadora resta algo a mi amor por ella. No es así y nunca lo será. Mi Colibrí es el bien más precioso que poseo y, si llego a ser feliz con la presentadora, seré incluso mejor padre. Porque seré un padre enamorado. Y, por tanto, feliz: como, desafortunadamente, ya no lo éramos su madre y yo

Marianna da vueltas a la hoja entre sus manos.

—¿Papá?

—Dime, Colibrí.

—A lo mejor podemos empezar a llamarla Lidia, a la presentadora. ¿Qué opinas?

—Me parece una buena idea. Una idea genial.

—Mmm. ¿Acaso la has cabreado?

—Me temo que sí.

—Espero que no sea demasiado tarde para pedirle disculpas.

Entre la infancia y el demasiado tarde: allí entre medias. Allí está ahora.

Y ahora Lidia está sentada en una taberna de Samos con los otros animales del Arca. Junto a ellos está también Igniatios, el cocinero de la taberna, en el que Tony se ha fijado desde el primer día y con el que ha pasado la noche, y la primera mujer de Michele, Carmen, que a principios de verano ha decidido dejar Barcelona y a su segundo marido.

Ya son las cuatro de la tarde e Igniatios sigue trayendo a la mesa albóndigas de calabacín, *feta* a la brasa, ensalada de pulpo y *musaka,* y sirviendo *ouzo* en los vasos: no habla ni una palabra de italiano y esta es su manera de mostrar a Tony cuánto le gusta. Pero Tony se abalanza sobre los platos y ni le dirige la mirada.

—¡Venga, dale una alegría! —le regaña Elisa. Antes de salir de vacaciones, ha aprobado también la última asignatura de Matemáticas, y durante el día, en lugar de descubrir barrancos desiertos con los otros, se queda en casa para preparar la tesis, porque quiere quitársela de encima lo antes posible. Para luego matricularse en Psicología y sumar a la lista la sexta licenciatura.

—Mejor evitarlo. Solo faltaría que Igniatios se pensara que soy uno de esos para los que una noche así ha sido algo especial —replica Tony.

—¿Por qué? —dice Greta—. ¿Cuánto hace que no pasabas

una noche tan hermosa?

—Ni me acuerdo —contesta Tony—. Por eso es mejor que no se dé cuenta tan rápido de que estoy tan necesitado, ¿no?

Los otros se ríen, Igniatios no ha entendido media palabra, pero se ríe con ellos.

—Yo, sin embargo, he preferido confesar de inmediato a la persona con la que salgo ahora quién soy y cuántos chascos he tenido que soportar —retoma la conversación Greta.

—«La persona con la que salgo»… —se burla de ella Tony —. Si dices eso es porque se trata del enésimo padre de uno de tus estudiantes.

—Así es —admite Greta—. Pero esta vez es distinto. Ya había iniciado los trámites de la separación antes de conocerme. De todas formas, por si las moscas, no quiero decir nada más.

—Cuidado, hay quienes han tardado ocho años en separarse —suelta Michele, mirando a su Carmen, que acepta la broma y sonríe.

—Da igual la situación en la que esté metida una persona cuando la conocemos —interviene Lidia. Todos se han dado cuenta, desde el primer día, de que está sorprendentemente silenciosa en este viaje. Pero también saben que aquel no es un silencio peligroso, aquel en el que se está perdiendo. Al revés: es un silencio en el que se está buscando—. Es decir, ¿qué quiere decir a nuestra edad estar con alguien? —A lo mejor significa presuponer nuestra complejidad y la de la otra persona, le había contestado Pietro en Favignana, hacía ni un mes, una noche que, sin embargo, a ella le parece ahora muy lejana—. Habría que preocuparse si conociéramos a alguien sin vínculos, sin sombras e inmediatamente disponible, ¿no?

—Exacto —repite Greta—. Un hombre que con cuarenta años no tiene un pasado invasor con el que medirse, o es un inmaduro, o un psicópata.

—¿Y por qué? Yo estoy totalmente libre desde hace ya diecisiete años, pero no me considero una psicópata. Solo estoy muy liada con mis estudios.

—Lo cual no es para nada inmaduro… —la provoca Tony.

—Quería decir —continúa Lidia— que la verdadera diferencia la hace la persona. No la situación en la que se encuentra. Eso es todo.

—De hecho, si tú te hubieras centrado en la situación de Pietro, entre la exmujer monja y la hija de la que debe ocuparse veinticuatro horas al día, a lo mejor ni te habrías acostado con él…

—Pues fíjate tú que, sin embargo, he empezado a admirar la elección de la mujer desde que ha dejado de exigir la custodia de Marianna. Me parece un intento real de exponerse… Y por la niña siento algo tan visceral, que me salía instintivo defenderla del impacto que habría podido producir en ella mi relación con Pietro. Si bien es justo a él, como persona, al que quizá no habría tenido que acercarme…

—Se jacta, aunque los otros animales no la siguen. Al revés, de golpe se ponen serios. Hasta Igniatios intuye que es mejor levantarse, volver a trastear en la cocina y dejarlos solos.

—¿Por qué dices eso, Lidia? —le pregunta Tony.

—Porque Pietro es un hombre tan difícil, tan marcado por todo lo que ha pasado… Lorenzo lo definió bien: es un perturbado disfrazado de Míster Familia.

—De hecho, te entiende —subraya Michele.

—¿Qué quieres decir?

—Lidia, entre nosotros tenemos que reconocerlo: somos cinco desgraciados.

—¿Y?

—Solo quien no puede permitirse el lujo de juzgarnos, puede vernos interesantes. Incluso querernos, y puede que hasta regalarnos una vejez dulce. Mira Carmen y yo…

Esta entra en la conversación y se dirige a Lidia y a los demás:

—¿Dónde encuentro a otro que no piense que estoy loca por haber deseado realmente a mi primer marido solo después del divorcio?

—¿Y yo dónde encuentro a otra que no piense que estoy loco por haber deseado realmente a mi mujer solo después del divorcio?

Lidia los observa: ambos están tan convencidos de encontrarse en el único lugar donde podrían y querrían estar. Pero han tardado casi diez años en admitirlo, tan ocupados como estaban en olvidarse, en lugar de buscar una manera de volverse a encontrar.

—Piensa en lo difícil que tiene que ser para un hombre

encontrar una solución a tu perversa mezcla entre la necesidad de independencia y la necesidad de atención —la apremia Michele.

—Quererse es, sin duda, una empresa, Lidia… Pero seguir cruzándote con personas sin que ninguna, y digo ninguna, encaje realmente en tu vida es una condena, es una alucinación. ¿Te acuerdas o no? —Greta suspira, y en su suspiro está el cansancio por todos los padres de sus alumnos a los que ha consolado, por todas aquellas noches durante estos años—. ¿Te acuerdas lo duro que es conocer a un hombre, y luego a otro, y luego a otro, pero que te siga pareciendo el mismo por la velocidad con la que llega y se va? ¿Te das cuenta de lo raro que es que justo mientras tú encajabas en su vida, él encajara también en la tuya?

—¿Y qué me dices de la paciencia que se necesita para aguantar tus estresantes cambios de humor?

—Por no hablar del vicio de usar la verdad como una maza, creyendo que a los otros les llega como un beso en la frente.

—¿Y la tentación que tienes de psicoanalizar hasta este *feta* a la plancha?

—¿Y tu constante e irritante insatisfacción?

—¿Y Lorenzo? Es socialmente inaceptable que no consigas divorciarte de tu exmarido y que sigas manteniendo con él una relación tan privilegiada…—¿Qué os pasa? ¿Por qué os ensañáis todos conmigo?

—No queremos ensañarnos —Greta se hace portavoz de todo el Arca—. Es solo que Pietro será también un hombre difícil. Pero por eso mismo se la trae al fresco lo que sea socialmente inaceptable y nunca te llamará al orden.

—Sin embargo, a lo mejor necesitaría justo a alguien que no se pareciera a mí, alguien que supiera llamarme al orden que yo sola, en mi interior, no consigo poner y que…

—¿Tú? —Michele no aguanta y la interrumpe—. ¿Te gustaría que te llamaran a un orden preestablecido? ¿Para qué? ¿Para decepcionar inevitablemente al desgraciado que te lo ha propuesto y que no te perdonaría nunca haber traicionado sus expectativas?

—A la mayoría de la gente le tranquiliza un orden preestablecido… —reflexiona en voz alta Elisa.

—Sin embargo, estar enamorado es ya una suerte para

Pietro. Como lo es para ti. Como lo es para nosotros —sigue Michele.

—Lidia, no es para nada obvia la comprensión que te ofrece este hombre —termina Greta.

—Tampoco es obvia la comprensión que exige.

—Si no, ¿dónde estaría la diversión? —pregunta Tony. Y todos se pierden, por un momento, en su propio pensamiento —. Ahora ya me habéis cansado. Me voy a la cocina a ver si Igniatios quiere que le eche una mano con la comida. O encima.

Se levanta, y en ese momento suena el móvil de Lidia. Se quedan todos esperando, esperanzados.

—¿Es él, es él? —pregunta Elisa y pregunta Greta.

—¿Es él? ¿Es él? —pregunta Michele y pregunta Carmen.

Lidia dice que no con la mano.

Es el director de la cadena.

—Buenos días, Lidia.

—Buenos días.

—¿Sigue fuera?

—Sí, estoy en Grecia. ¿Y usted?

—He vuelto hoy a trabajar. ¿Va todo bien?

—Bastante bien, gracias.

—Mire, no quiero quitarle tiempo a sus vacaciones. Quedemos en cuanto vuelva, ¿le parece bien? Necesito hablar con usted.

—Creo que Maddalena se ha apañado bien como presentadora, la audiencia ha sido buena.

—De hecho, me gustaría mantenerla. Pero querría saber también qué piensa hacer usted. Vale, *Todas las familias felices* necesitaba efectivamente renovarse, pero a lo mejor podríamos pensar en otro formato: me han propuesto uno interesante, un *reality* que trata de cuatro expresos que tienen que reinsertarse en la sociedad. Hay un expresidiario, una clarisa que ha dejado la clausura, un drogadicto que acaba de salir del centro de desintoxicación y el cuarto lo estoy todavía evaluando. Pero sé que usted sería la perfecta presentadora, porque…

—Gracias, gracias de todo corazón por haber pensado en mí.

—¿Entonces?

—Entonces no. Si fuera posible, me gustaría seguir trabajando de guionista para Maddalena.

—Vamos, Lidia. Ya basta con esta actuación. La televisión está hecha para usted. ¿No echa de menos toda aquella adrenalina?

—La verdad es que no. No la echo de menos. —Lidia se da cuenta de ello mientras lo dice. Al igual que descubre también lo que está a punto de decir—: Ahora, son otras las cosas que echo de menos.

Entre la infancia y el demasiado tarde, entre la travesía de un Arca sin Noé y el riesgo de un naufragio, hay un momento. No viene antes de una vejez dulce y tampoco después de una infancia horrible, no viene antes de nada y después de nada, solo es ahora, después del dolor, antes del dolor, finalmente es ahora, un momento en el que quedarse mientras esté, sin huir, porque es fuga en sí mismo, sin esperar, porque es en sí mismo esperanza, ¿yo? tú, no no, sí sí, no estoy listo, nadie lo está.

Quería convertirse en un periodo, pero un periodo con forma de momento.

Lo ha logrado.

¿Y luego?

Luego quiere convertirse en aquella cosa.

Una vida.

Ni imaginada ni real, real porque nunca imaginada, imaginada porque nunca podrá ser de verdad real: es simplemente la nuestra.

Pero hay que dejarle paso.

Solo así ahora podrá llegar donde debe. Esquivando las humillaciones, perdiéndose en una herida para reaparecer por un lunar, solo así se abrirá paso. Entre las barrigas de las personas que hemos visto desnudas, entre los amigos que hemos perdido, que hemos conquistado, entre quienes estamos convencidos de ser, entre quienes nos han convencido de ser —mujeres que necesitan un obstáculo a la susodicha felicidad, hombres perturbados disfrazados de Míster Familia, hijas no entendidas, hijos mal queridos—, entre una petición que se evapora en un silencio, entre los años, los rencores, el cansancio, los años, la nostalgia, entre

todos aquellos años, la miseria, todo aquel cansancio.

Aquel miedo.

Aquel miedo.

Aquel

MIEDO.

Solo así podrá abrirse paso.

Así como ahora, un ahora que lo había logrado, había llegado donde debía, había intentado echar abajo las rejas del momento: lo vuelve a intentar. Y echa abajo las rejas del periodo. Se convierte en un mensaje, sale desde un planeta Móvil como hay tantos —son las cuatro de la noche—, baila con el último aviso de la megafonía de un *camping* —son las cuatro de la madrugada—, se arrastra bajo el humo del primer porro enrollado durante un erasmus en el País de la Nada, se cuela en la barba de un Noé que no está, se desliza por el deseo, se desliza por un misterio, se desliza por un río de *ouzo*, y lo consigue, llega a otro planeta Móvil como hay tantos: «Hola, Lidia. ¿Qué haces? Siempre pienso en ti».

Bip bip.

Acaba de llegar un mensaje al móvil de Valentina.

—¿Quién te escribe a estas horas? —Le pregunta el hombre que se está volviendo a vestir en su habitación—. ¿Tu novio?

Entonces da por asumido que yo tenga mi vida y que lo nuestro no sea más que un polvo, concluye ella. Y también da por asumido que, cuando hayan echado el polvo, volverá a su hotel a dormir, en lugar de quedarse aquí, entre los brazos de ella.

Sin embargo, esta vez pensaba que realmente fuera todo diferente: este Roberto parece un buen tipo, un científico y, aparte de ser un buen tipo, debería de ser muy sensible, porque estudia el dolor. Se lo ha dicho desde el principio, en cuanto ha entrado en el herbolario: «Estoy en Milán por una conferencia y me he olvidado en casa las pastillas de Bioanacid. Y fíjese, con mi grupo de investigación estudio el dolor, pero no tengo defensas contra el ardor de estómago». Y a ella le ha parecido el principio de una conversación personal. Íntima. El hecho de que él le estuviese mirando las tetas podía ser un reflejo condicionado o quizá incluso una forma de ser caballeroso.

Valentina, para demostrar indiferencia, enciende la televisión. Echan una repetición de su programa preferido, *Todas las familias felices*.

El científico termina de abrocharse la camisa y echa un vistazo a la pantalla:

—¿Ya no lo presenta Lidia Frezzani?

—No.

—Iba a mi colegio, la volví a ver el año pasado en una cena con antiguos compañeros de clase. Una verdadera desesperada, y no lo digo por decir.

Valentina nota algo que la oprime fuerte, a la altura de la barriga: como un puñetazo. Y para defenderse del puñetazo,

dice:

—De todas formas, el mensaje que he recibido debe de ser de mi novio, sí. Se llama Max y es muy, pero que muy celoso.

—Entonces es mejor que me vaya corriendo— dice él. Ya tiene el picaporte en la mano, pero antes de salir le mira de nuevo las tetas—. Eres un bombón, ¿lo sabes? Te lo dice uno que a menudo siente la necesidad de establecer contacto con la belleza que se asume como un axioma.

Luego se va.

Sin haberle ni siquiera pedido el número de teléfono.

Valentina, todavía completamente desnuda, se queda un largo rato inmóvil, frente a la televisión encendida.

Luego va al baño y se mira en el espejo. Primero se centra también ella en sus tetas, es verdad que son descomunales, piensa, y se le escapa una sonrisa orgullosa, mientras empieza a acariciárselas. Pero vuelve a pensar en aquellas palabras: «una verdadera desesperada, y no lo digo por decir». Y nota de nuevo cómo le oprime ese puño, bajo las costillas. Entonces busca sus ojos. Para prometerse a sí misma, solemnemente: «Desde este preciso instante y en adelante, durante un año, no aceptaré ninguna invitación por parte de un hombre. Nunca más».

Vuelve a la habitación y se acuerda del mensaje que le ha llegado al móvil.

«Hola, soy Luca, el librero de Roma. Nos conocimos hace casi un año, no sé si te acuerdas de mí. Yo sí que me acuerdo. Me encantaría volverte a ver y conocerte mejor».

«Me gustaría conocerte mejor…», ríe con amargura Valentina. «No me la cuelas, ¿sabes? Hasta ayer me habría emocionado, volviendo a pensar en tus ojos de gorila herido: fíjate qué tonta. Pero ahora he cambiado. Por fin he cambiado realmente. Ahora reconozco a los cabrones».

Y borra el mensaje, repitiéndose a sí misma: «Ahora reconozco a los cabrones».

—Hola.
—Hola.
—Lidia, quiero que sepas desde ya que yo…
—¿Pietro?
—Sí.
—Vayamos allí y hagamos el amor.

Resulta que hay siete mil millones de personas en el mundo.

Pero se dividen fundamentalmente en dos categorías.

Están las que amamos.

Y luego están todas las demás. Que son muchísimas.

Las primeras, sin embargo, son pocas.

Las encontramos en la playa, en una exposición, en un avión, en un chat.

Quién sabe dónde las hemos encontrado por primera vez.

Hablan demasiado, hablan poco, tienen una infancia que arreglar, están asustadas, se equivocan en todo, no están listas (aunque nadie lo está).

Hablan demasiado, hablan poco, tienen una infancia que arreglar, están asustadas, se equivocan en todo, están listas (aunque nadie lo está).

No les perdonamos nada.

Podemos perdonarles todo.

Su historia no nos concierne.

Su historia se convierte en la nuestra.

Nos confirman que somos atractivos, que estamos solos, que tenemos dos tetas descomunales.

Nos obligan a cambiar lo que conseguimos cambiar, y a reconciliarnos con lo que nunca podremos cambiar: por eso amarse es una empresa.

Pero cruzarse es una condena, es una alucinación, es un programa de televisión donde el presentador cambia de casa en cada entrega para olvidar que él no tiene una.

Sin embargo, las personas que amamos y las demás tienen algo en común: hacen lo que les da la gana.

Pueden irse cuando quieran.

En un caso, nos dejan con un vago arrepentimiento.

Si las amamos, sin embargo, nos destrozan.

A pesar de ello, en algún sitio, debajo de las costillas, a la

altura de la barriga, se quedarán para siempre.

Entonces es mejor no pensar en el para siempre, y pensar más bien: él está aquí.

Ella está aquí.

Ahora.

Mientras llega otro otoño, otra factura, es otra vez miércoles por la noche.

Es otra vez Navidad.

Y Lorenzo despierta a Efexor, tira de él por la correa y baja del tren que los ha traído a Milán.

Los animales del Arca, así es como Lidia llama a esos cuatro amigos tan atontados como ella, han llegado la noche del día anterior y se han alojado en un *bed and breakfast*, pero él no ha decidido qué hacer hasta el último momento.

Después ha preferido contentar a esa «tocapelotas». Está tan nerviosa por conocer oficialmente, como novia del padre, a la hija del espárrago: «Venga, voy a apoyarte. Si no, quién te aguanta después, Lilo», le ha mascullado al teléfono. Pero la realidad es que la idea de aquella vigilia rara y llena de gente le gusta. Y, sobre todo, no le gusta la idea de una vigilia sin Lidia: pero esto no lo admitirá nunca.

Coge el metro y sigue las indicaciones para llegar a casa del espárrago.

En Milán hace frío y el cielo está despejado, sin una nube, como si por allí hubiera pasado un aspirador. Podría nevar, reflexiona Lorenzo.

Mientras tanto, con Efexor brincando a su lado, llega al portal de Pietro.

Hay una jovencita con la cabeza llena de rizos plantada delante del telefonillo, y Lorenzo cree haberla visto ya en alguna otra parte.

Pues claro: la ha visto en aquel episodio de *Todas las familias felices.* Es precisamente la hija del espárrago.

Se balancea sobre una pierna, delante de un jovencito con la piel color chocolate que sonríe nervioso.

Y le pregunta: «¿Entonces? ¿Es un sí o un no?».

Es evidente que la jovencita querría responder que sí, pero le da vergüenza. Y sigue balanceándose con la mirada baja, fija en las puntas de sus botines de borrego.

Cuánta mierda les tocará tragar todavía, piensa Lorenzo. Están solo al principio y no tienen ni idea de los líos que les

esperan, de las infinitas discusiones en las que cada uno querrá tener razón, pero nadie la tendrá, porque la razón no existe; no se imaginan las noches insomnes; los portazos que darán, las mentiras que dirán, las que se verán obligados a creerse para salir adelante, las bofetadas en la cara, los nudos en el estómago, los deseos inútiles de los que se aburrirán un instante después, pero por los cuales se arriesgarán a perder todo lo que tiene valor, las revanchas, los silencios.

Pobrecitos, piensa.

Pero, de repente, se le cruza otro pensamiento. Tampoco esto lo admitirá nunca, pero se le cruza. Qué suerte tienen.

…¿y ahora?